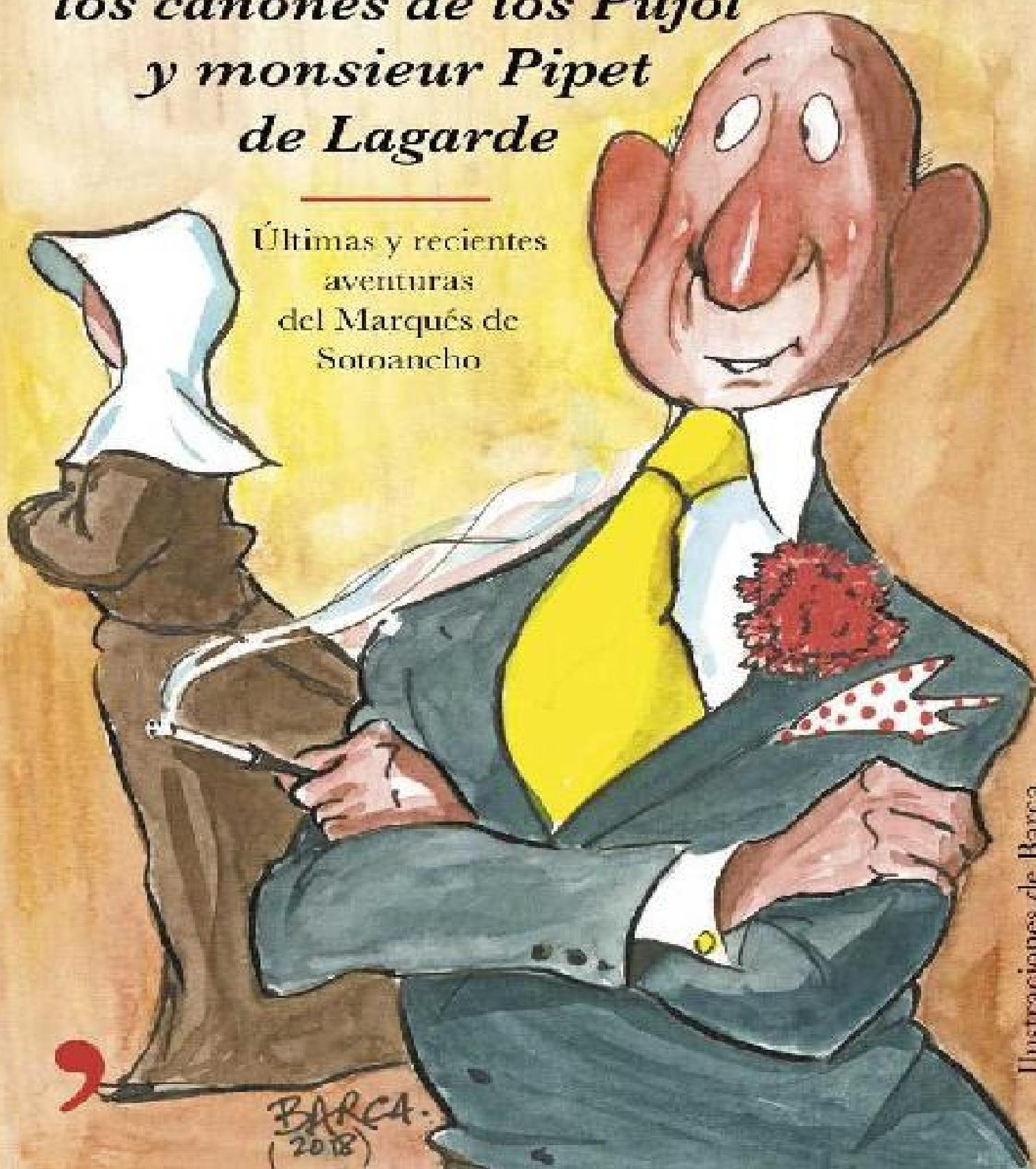


ALFONSO USSÍA

*El rapto de la novicia,
los cañones de los Pujol
y monsieur Pipet
de Lagarde*

Últimas y recientes
aventuras
del Marqués de
Sotoancho



BARCA.
(2018)

Ilustraciones de Barca

Índice

Portada

Sinopsis

El rapto de la novicia, los cañones de los Pujol y monsieur Pipet de Lagarde

Dedicatoria

Capítulo 1. Alarma roja

Capítulo 2. La capa

Capítulo 3. El pepinazo

Capítulo 4. Adiós, Rocío

Capítulo 5. El plan en marcha

Capítulo 6. Crece el amor

Capítulo 7. Rapto en la mente

Capítulo 8. Gumersinde

Capítulo 9. Negociación

Capítulo 10. Rapto

Capítulo 11. Mi amor, en casa

Capítulo 12. Pipet de Lagarde

Capítulo 13. Lo de siempre

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

El marqués de Sotoancho, Cristián Ildefonso Laus Deo María de la Regla Ximénez de Andrada y Belvís de los Gazules, un peculiar señorito de la Baja Andalucía al que Ussía sitúa en La Jaralera, una residencia ficticia ubicada entre las provincias de Cádiz y Sevilla, regresa con una nueva aventura. Dentro de una galería de personajes que incluye yihadistas, guardias civiles, monjas variadas y una madre superiora, aparece Paula, una joven novicia que en el convento lleva el nombre de sor Verónica, a la que desea raptar, muerto de amor por ella, junto con sus soldados yugoslavos, en una disparatada y divertidísima trama. Con estos elementos, Ussía no solo se ocupa de narrar una estupenda historia, sino que subyace en ella una ácida y certera crítica de muchas situaciones de la sociedad española.

ALFONSO USSÍA

EL RAPTO DE LA NOVICIA, LOS CAÑONES DE LOS
PUJOL Y MONSIEUR PIPET DE LAGARDE

Últimas y recientes aventuras del marqués de Sotoancho

Con ilustraciones de Barca



A mis nietos, por orden de edad:

Juan Aldaz Ussía.

Casilda Aldaz Ussía.

Pedro Ussía Pérez.

Guzmán Aldaz Ussía.

Santiago Ussía Borbón.

Tristán Ussía Borbón.

Claudia Ussía Pérez.

Con todo mi amor.

Y a Vladímir Putin,

con afecto.

El autor

CAPÍTULO 1

ALARMA ROJA

Ya no es un niño. Tomás necesita ayuda, si bien sus obligaciones se han reducido a servirme las copas y llevarme a la cama mi primer desayuno. También me prepara el baño y el patito de goma. Y sirve la mesa principal, que ocupamos don Práxedes, Rocío y yo. Para aliviarle el trabajo, hemos decidido contratar a un ayudante de confianza. Se presentaron algunos árabes, pero Miroslav se opuso con rotundidad.

—Hay que evitar al Estado Islámico, señor.

Le sobraba razón para oponerse. Uno de ellos, Abdul-Al-Samah —así constaba en su carné de identidad de la República de Yemen—, era sobrino en segundo grado del mulá Omar, el tuerto, miembro de la llamada cúpula de Al Qaeda e íntimo amigo de Bin Laden. Sin pedirme permiso, Miroslav se puso en contacto con el Ministerio del Interior y detuvieron al pájaro en un almacén de Guadalmazán del Marqués que le servía de mezquita a un grupo de musulmanes. Cantó la del Soto del Parral y reconoció que su objetivo no era otro que secuestrarme y trasladarme en un baúl a Nigeria con el fin de entregarme a los bestias de Boko Haram. En vista de ello, premié con un sustancioso complemento dinerario a Miroslav y de mutuo acuerdo decidimos contratar a un zaguanete de guardias, todos ellos provenientes del extinto Ejército yugoslavo. A saber, Tine, Slutar, Novak, Nicola, Serguei, Tramos y Walter, con una hoja de servicios impoluta, en situación legal y limpios de acciones brutitas.

Pero no encontrábamos al imprescindible ayudante de Tomás, que durante una cena, sirviéndonos una lubina fría en una bandeja de plata de López, experimentó un dolor renal que lo mantuvo en cama durante dos días. Y fue Rocío la que aportó la idea.

—Si hay que contratar a un extranjero, que sea sudamericano. Son leales y comparten nuestra cultura.

Miroslav estuvo de acuerdo con una sola reserva.

—Que no sea argentino. Los argentinos, al final, siempre la terminan liando.

Don Práxedes protestó con la boca pequeña:

—Su Santidad es argentino.

—Y la terminará liando —remachó Miroslav.

—Yo me encargo de la selección —se ofreció Rocío.

Rocío y yo nos amamos, pero ella se mantiene en el estricto y blanco umbral de la pureza. En más de un año, jamás ha permitido concederse un permiso de pernocta conmigo en mi cuarto. Me lo repite de continuo.

—No soy flor de un día.

Y me tiene tenso, acalorado y con afán de roedor. Al fin, encontró a la persona adecuada.

—Sotoancho, es guatemalteco, como Miguel Ángel Asturias, y ha servido en la Embajada de Guatemala en Madrid. Solo una objeción. Se llama Westing Ramírez. Cuando nació, sus padres adquirieron en su lugar de origen, Antigua, un frigorífico Westinghouse y le pusieron a su niño «Westing». Es muy habitual en aquellos lejanos parajes.

—Si te convence, me importa un bledo que se llame Westing.
—Llegará mañana en régimen de prueba.
—Tomás tiene la palabra. Si a él le gusta, lo contratamos. ¿Me decías que era como Miguel Ángel Asturias? Ahora mismo no caigo.
—No importa, Sotoancho.
He llamado a Tomás. Está celoso por la gratificación a Miroslav.
—Tomás, alegra esa cara.
—Estoy herido, señor marqués.
—Has dejado de renquear.
—Renquea mi sensibilidad, señor.
—Estamos buscando a un ayudante digno de ti y renquea tu sensibilidad. ¿Lo consideras justo?
—Agradezco los esfuerzos, señor marqués, pero así como Miroslav es premiado por cualquier bobada, mi trabajo de toda una vida no recibe otra cosa que la nómina mensual.
—Tomás, que eres rico...
—Lo sería más si...
—¿Gratificación?
—Bueno...
—La tienes prometida.
—En ese caso, debo reconocerle que mi sensibilidad ha dejado de renquear.
—Perfecto. La señorita Rocío cree haber encontrado a tu ayudante, guatemalteco, como Miguel Ángel Asturias. Pero tú tienes la palabra. Y si no te gusta, busquemos a otro, aunque no sea guatemalteco como Miguel Ángel Asturias. Se presentará mañana.
—Seré sincero y justo, señor.
—Eso espero, Tomás.
—Todavía... ¿nada con la señorita Rocío?
—Tomás, nada de nada.
—Ha perdido facultades, señor marqués. Un año y «bolo» me parece mucho.
—¿Quieres la gratificación?
—Perdón, señor. La había olvidado.
—Pues sí, «bolo».
—Que Santa Fermina de Espeluy nos ampare.
—Gran santa.
—Me la acabo de inventar, señor.
—No obstante, grande.

Rocío, en ocasiones y en algún detalle, resulta chocante. Todas mis mujeres me han llamado por mi nombre, pero Rocío se dirige a mí mediante mi dignidad nobiliaria. Me llama «Sotoancho», y eso establece distancias y resquemores. Menos mal que mi título es Sotoancho y no soy el marqués de las Altas Cumbres de Echezarreta. En tal caso, nuestra relación no tendría sentido: «Buenos días, Rocío», y ella: «Hola, Altas Cumbres de Echezarreta». Un amor imposible.

Tengo pensado mantener una profunda conversación con Rocío. Su comportamiento oscurece mis entendederas. Dice que me adora, que está enamorada de mí, que soy su vida y todas esas cosas. Pero rechaza el contacto sexual. «Estoy intacta y quiero llegar intacta al matrimonio». Hasta don Práxedes deplora su clausura inguinal:

—En estos tiempos, hay que reconocer que la admirable decisión de doña Rocío abre las puertas de la suspicacia.

Su pasado es una sombra. Se despidió de aquel médico que intentó seducirla, pero no reconoce ningún otro acercamiento físico. Cuando me besa, que es de Pascuas a Ramos, lo hace con la boca cerrada y coloca los labios como si fuera un colibrí. En nuestros largos paseos por el campo, he intentado toda suerte de añagazas y siempre he fracasado. Una tarde, en el lago, mientras ella tomaba el sol con un pudoroso traje de baño que bien podría haber pertenecido a Mamá, me refugié detrás de un arbusto, me quité el Meyba, lo puse sobre mi cabeza, y surgí desnudo con el traje de baño a modo de penacho apache al grito de «¡Aquí llega el Gran Jefe Pito Apetitoso!», travesura que no le hizo ninguna gracia. Se incorporó y me sopló una bofetada que aún me duele. «Estás muy confundido, Sotoancho, si pretendes seducirme con este tipo de porquerías».



"...ME QUITÉ EL "MEYBA", LO TUSE SOBRE MI CABEZA..."

De aquella Rocío deliciosa y receptiva de mi convalecencia a esta de la actualidad, nerviosa y hermética, dista larga distancia. Así que he decidido sorprenderla cuando menos se lo espere.

—A las seis, que ya empieza a refrescar, paseo.

—Paseo, pero solo paseo, Sotoancho.

Y a las seis en punto de la tarde se ha presentado en el *hall* vestida de caza al estilo del presidente Roosevelt, machota y contundente.

Ha rechazado mi brazo.

—Sotoancho, a los enfermos sexuales como tú conviene mantenerlos a raya.

Un paseo incómodo. Al alcanzar los predios del Soto de las Oropéndolas, irresistible a tenor de lo que allí ha ocurrido, Rocío se ha plantado.

—Sotoancho, no soy una putita como todas las que me han precedido.

Cuando he oído que llamaba «putita» a Marisol o a Marsa —el resto es discutible—, me ha invadido una indignación rabiosa. Y he cometido violencia de género. Con mucha medida, le he propinado un azote en el culo que me ha servido con beneficio doble. El placer del golpe y el análisis momentáneo y efímero de su composición glútea, a mi modo de ver perfecta, de melocotón temprano.

Ella no lo esperaba.

—Has llamado «putitas» a dos mujeres que lo dieron todo por mí.

—Sí. Una dio un braguetazo y la otra te dio veinte naturales en redondo pasándose tus cuernos por la taleguilla.

—Rocío, hasta aquí podíamos llegar. Si insistes en tu extraño proceder, nadie va a impedir que abandones esa casa. ¿Eres «vichisuás»?

—¿A qué llamas «vichisuás», Sotoancho?

—Como ahora está tan de moda jugar a los dos sexos...

—¿Me estás preguntando si soy lesbiana, Sotoancho?

—No. Te estoy preguntando si eres bisexual, es decir, «vichisuás».

—No debería hacerlo, pero te voy a responder. No soy «vichisuás» como tú dices. Soy una mujer hecha y derecha, que se mantiene entera porque así me lo enseñaron mis padres. Tengo tentaciones y arranques, pero reprimo mis impulsos. Creí enamorarme de ti, y ahora empiezo a dudar si aquello fue amor o misericordia. Te sirvo como enfermera, porque no estás para muchos trotes, y solo si me prometes que no vas a intentar romper mi virginidad por un capricho, seguiré en tu casa. De lo contrario, Sotoancho, tararé que te vi y vuelve a tus putitas.

Más que un paseo, esto es una tortura.

—De acuerdo, Rocío, lo pensaré.

—Pero si vuelves con tus putitas, visita previamente a tu cardiólogo.

Un golpe bajo, miserable.

—Gracias a tus cuidados, estoy curado.

Una observación rebosada de señorío.

—Cerdo.

Muy desagradable, en resumen.

El campo está seco, como mojama con su fecha de caducidad superada. Miles de kilos de maíz se reparten en las manchas y las dehesas para que las reses sobrevivan. El agua no es problema. El Guadalmeccín baja seco, pero los acuíferos no se debilitan. El Guadalmeccín, a su paso por el Puente de los Plumbagos, huele a cadáver de pez. De pez de río, que es peor pez que el de mar.

Mi charla con Rocío me mantiene alerta. Para mí que es «vichisuás», mitad trucha mitad salmón. Me he fijado por vez primera en su bigote, formado por unos pelitos rubios que se adivinan al contrasol. Y me estoy obsesionando. Amar a una mujer que me llama «Sotoancho» y que, superada la treintena, no ha conocido hombre es complicado. Cierto es que a mí me sucedió algo peor. Que estuve por primera vez con una mujer ya superados los cincuenta y bastantes, pero

posteriormente me resarcí. Para mí que más que «vichisuás» es fría como un bacalao. Fría y calculadora.

De aquella enfermera maravillosa y sonriente queda poco. Pero, a pesar de todo, su presencia me levanta el ánimo y la virilidad. Como sabe que me dan bastante asco, se ajusta unos sujetadores con unos tirantes que parecen los de un oficial inglés en la primera guerra contra los zulúes. Pero no va a conseguir zafarse de mi obsesión, que es enfermiza por su culpa.

Con independencia de todo eso, lleva la casa y la intendencia de maravilla, y prueba de su eficacia es haber encontrado a Westing, el futuro e inminente ayudante de Tomás.

No creo que Al Qaeda, o el ISIS, o como se quieran llamar esos sanguinarios berzotas, pretenda atentar en casa. Miroslav y su pequeño ejército están alerta, y hemos adquirido un lote de perros de presa que le quitan las ganas a cualquier invasor. Pero Miroslav no se siente del todo seguro y me ha propuesto adquirir en el mercado negro dos cañones de medio alcance para repeler cualquier ataque. Por supuesto, que se lo he autorizado. Se ofrecen a buen precio y con munición de garantía. Tine, su hombre de máxima confianza, viaja mañana a Barcelona para ultimar la compra. Los tienen escondidos en un lugar secreto para rechazar un hipotético ataque del Ejército cuando declaren la independencia. Pero en vista de que el Ejército no ataca, nos dejan los cañones y los torpedos a precio de saldo, aunque en la punta de los torpedos luzca una bandera separatista catalana y las inscripciones «Visca Catalunya Lliure», «Espanya ens roba» y «Messi es català». Me importa un bledo si cumplen con su cometido. Cuando lleguen aquí, los repintamos y ya está.

Situaremos un cañón en el Cerrillo de la Infanta Eulalia, apuntando al sur, y el otro en el Risco de los Muflones, con dirección al norte. Si los terroristas islámicos vienen del este o el oeste, serán repelidos por los hombres de Miroslav y los perros de presa. No hay grietas en el plan de defensa. En ese aspecto, total tranquilidad.

Mi guarda de la entrada principal, El Rastrojero, que fue del sindicato ese de Gordillo y Cañamero, y padre de mi adorada Carmela, embarazada por el primo de Miroslav, se ha comprometido a hacerse cargo de la Batería Sur por haber alcanzado en la mili el empleo de cabo artillero. Se lo he comentado a Miroslav y, por su gesto, es asunto a debatir. Mañana es el día. Tine se hará con la artillería independentista y llegará Westing.

Durante la cena, Rocío ha comentado que no todos los islamistas aprueban el terrorismo y que una buena parte de la culpa la tiene Occidente.

—Nuestro deber, Sotoancho, es responder a las acciones de los islamistas con una sonrisa y palabras de amor.

Don Práxedes y yo nos hemos mirado con consternación. Y a Tomás casi se le caen las patatas a la importancia con huevos encapotados de la gran bandeja de López.

Rocío se ha delatado.

Mañana de viento otoñal. Calor aún. En mi despacho, clasificando e introduciendo en sus tiras Hawid los sellos de Angola que me ha proporcionado mi filatélico Eduardo Escalada. No ha conseguido la serie de peces de Mozambique y me he mostrado muy distante con él en nuestra conversación telefónica.

—No están los sellos de los peces.

—Los tengo ya localizados, Cristián.

—Eduardo, Eduardo, que te la estás jugando.

No se puede consentir semejante despiste. Si no tengo los peces de Mozambique en diez días,

cambio de proveedor filatélico. Soy flexible al viento, pero duro en la trilla. Como el trigo.

Se abre la puerta del despacho y pisa la alfombra Rocío.

—Sotoancho, ha llegado Westing.

—¿Cómo es?

—Es natural de Guatemala, como Miguel Ángel Asturias.

—¿Buena facha?

—Profesional, Sotoancho. Lo demás son tonterías.

—Quiero verlo.

Dicho y hecho. Ha entrado Westing en mi despacho. Jamás había visto un individuo tan feo. Espeluznante. Mi casa siempre se ha distinguido por la estética, y este hombre me puede hacer la vida imposible.

—Mucho gusto, Westing, y ahora, si me lo permite, quiero hablar con la señorita Rocío.

Westing ha abandonado mi lugar de trabajo. Rocío me mira alarmada.

—Rocío, ponte en contacto inmediatamente con el administrador. Que Westing reciba una gratificación por su desplazamiento. Pero no lo puedo admitir en el servicio de casa.

—¿Cuál es el motivo, Sotoancho?

—Es muy feo.

—¿Cómo dices?

—Su insuperable fealdad. Lo siento, Rocío, pero no he visto nada igual en mi vida.

—¿Eres capaz de no admitir a un trabajador en tu casa por su aspecto físico?

—Muy capaz. Dinerito y corre-corre.

—Eres despreciable, Sotoancho.

—Y tú, una pesada. Eres un tostón, Rocío. Te soporto porque te quiero, pero te advierto que las nubes han aparecido en el horizonte. Y que se vaya el feo.

—Se lo dices tú.

—Ahora mismo. Que entre de nuevo.

Rocío no conocía mi firmeza en momentos y circunstancias difíciles. Westing se ha vuelto a presentar, y con todo el respeto y la buena educación posibles, le he explicado la causa de su inadmisión.

—Westing, sus informes son favorables. Usted no ha hecho el viaje en balde. El administrador le entregará un sobre con tres mil euros de compensación. Pero no puede trabajar en esta casa de ancestral devoción estética. Es usted muy feo, Westing, y perdone que se lo diga, pero tiene que sentirse afortunado. No todos los feos del mundo reciben tres mil euros por no ser contratados. Su fealdad es incompatible con el servicio en La Jaralera.

—Sotoancho, eres un clasista repugnante.

—Westing, hágame caso. Acuda al despachito del administrador. Le entregará un sobre con quince canarios. Aquí llamamos «canarios» a los billetes de doscientos euros, que son preciosos. Y le facilitará el AVE de vuelta. Es posible que en el retorno a Madrid le acompañe doña Rocío, que es la responsable de su frustración. Pero quiero que se vaya con un buen recuerdo de esta casa. Quince canarios y a vivir, que son dos días. Pero usted, y me permitirá que se lo diga por última vez, es demasiado feo para formar parte de esta casa. No hay clasismo ni otras bobadas en mi decisión. Es usted rematadamente feo, y lo siento, pero no soporto la fealdad.

—Le agradezco su sinceridad, señor. En Antigua, mi ciudad, me dicen el Pochomú. El Pochomú es un sapo granulado y de espantoso aspecto que por feo, recibe tres mil euros en concepto de compensación. Gracias, señor.

- Fuera, fuera, fuera de mi vista, sapo granulado.
—Gracias, señor.
—Fuera, fuera, fuera...

Se ha marchado el monstruo. Rocío se ha prestado a acompañarlo al despachito del administrador. Su última mirada ha sido de acero cortante. Me he permitido corresponder a su mirada con un gesto jocosos, una imitación de sapo que me ha salido muy divertida.

—Sjupup, sjupup.

Rocío —lo he leído en sus labios— me ha dicho «hijoputa». Y he soltado una carcajada de triunfo gozoso.

Miroslav y Tomás se han interesado. Les he contado el contenido del encuentro y mi decisión. Tomás, que no es Gary Cooper, ha admitido mi decisión. Miroslav la ha celebrado jubiloso.

—Señor, no he visto a nadie más feo en mi vida. No se puede ser débil con la fealdad. Un feo tan feo algo malo tiene que tener.

—Completamente de acuerdo, Miroslav.

—Señor, ¿una ginebrita?

—Sí, por favor, y cargada, Tomás, muchas gracias.

Aguardo con impaciencia a Tine. Hemos alquilado un enorme camión para transportar la artillería pesada y las cajas de los proyectiles. Según me informa Miroslav, Tine fue artillero en la guerra de Yugoslavia y donde ponía el ojo metía el pepino. El camión viaja camuflado en la razón social «Dona sangre, salva una vida» y simula ser un laboratorio rodante. La última noticia, buena y optimista, la hemos tenido desde Écija: «El laboratorio ha superado Écija y viaja hacia Sevilla».

Rocío no se ha repuesto aún de la no admisión del feo. Ya no me hace masajitos ni me ofrece su angelical sonrisa. Y usa frases de tópicos «progre», que no las soporto. Prefiero aquel lenguaje brutal y áspero de Carmelilla cuando militaba en Femen y cayó en mis brazos.

—Lo que has hecho con Westing es de denuncia.

—Era muy feo, y los feos me dan mucho coraje.

—Allá tú, Sotoancho. Ahora me preocupa otra cosa. Creo que no estás explotando La Jaralera como merece. Es rentable porque tiene muchas y variadas riquezas. Pero en mi opinión, harías bien en poner en marcha un plan de agricultura sostenible. Le encantaría al padre Ángel.

—¿Sostenible? ¿El padre Ángel?

—Efectivamente. Y ecológica. Melones ecológicos, remolacha ecológica, algodón ecológico y demás productos del campo.

—Oye bien, Rocío. La Jaralera pasa por momentos de alta tensión bélica. No te lo he dicho para no asustarte. Han intentado secuestrarme y llevarme posteriormente a Nigeria para entregarme a Boko Haram. Nada de agricultura ecológica. Estamos en el nivel de alarma rojo. Es más, te pediría que te ausentaras de casa hasta que el peligro haya pasado. No puedo invertir en melones ecológicos cuando nuestra integridad territorial está en peligro. Figúrate la risa que les puede entrar a los yihadistas si se encuentran con melones ecológicos. Por otra parte, ya me explicarás algún día la diferencia que existe entre un melón ecológico y un melón normal y corriente. Rocío, los terroristas islámicos violan a las rubias y se las llevan para divertirse. Un mes en Sevilla te vendrá muy bien. Te reservo en el Alfonso XIII, voy a verte de cuando en cuando, y de este modo escapas del peligro.

—Yo hablaría con los yihadistas y llegaríamos a un acuerdo de miradas, abrazos y sonrisas.

—Rocío, eres tonta del culo.

—Nunca me habías hablado así, Sotoancho.

—Porque nunca habías dicho tantas tonterías en tan poco tiempo.

—No creas que vas a vencerme con esas formas. Has adoptado esa falsa actitud de dureza porque te crees que voy a entregarme a ti. Estás muy equivocado, Sotoancho. A partir de ahora, ni besos de colibrí.

Me ha dado la espalda. Por mí... Solo me importa la llegada del camión bélico. Miroslav me regala la mejor noticia.

—Ya están en Guadalmazán. Tendremos los cañones aquí en cinco minutos, señor marqués.

Mi ejército aguarda con expectación la llegada del monstruo. Se han sumado a mis Fuerzas Armadas, en calidad de voluntarios: Pepillo, El Rastrojero, Modesto, los guardas, Carmela, María y el capellán. A don Práxedes le he concedido el empleo de comandante. Y he tenido que convencer a Carmela de que, por su embarazo, no puede hacer guardias. Rebajada de guardia. Gran ambiente. El camión ha llegado.



Las piezas de artillería son de lujo. Parece ser que las compraron algunos de los que trabajaban con los Pujol. No sabían nada de armamento y estrategia. Son piezas artilleras idóneas para defender una finca, no una región. Según mis noticias tienen escondidos dos aviones, y si los dueños de las farmacias de Cataluña siguen sin cobrar, será el momento de pujar por ellos.

Después de montar uno de los artefactos, hemos elegido el almacén de piensos derruido para probar la eficacia de los cañones. Miroslav distribuye las responsabilidades. Tine apunta. Slutar introduce el proyectil. Doy la venia. El cañón dispara, el campo se mueve, el aire retumba y del viejo almacén de piensos no queda nada de nada. Éxito total.

Separada del grupo, y con expresión de odio, Rocío.

Pepillo y Julio se han ofrecido a repintar los proyectiles. Los de una caja dicen «Espanya ens roba»; los de la segunda «1714»; los de la tercera «Messi es català» y los de la cuarta están sin garabatos. No les dio tiempo.

Don Práxedes ha bendecido las piezas y La Jaralera ha recuperado su plena normalidad.

Separada del grupo, Rocío.

CAPÍTULO 2

LA CAPA

Hasta que acordemos por unanimidad el emplazamiento de los cañones que compró la familia Pujol —en Andorra, con toda probabilidad—, mi única labor pendiente es convencer a Rocío para que se vaya. No la soporto. Está con el ecologismo, el sistema sostenible, las sonrisas a los terroristas y la defensa de los feos. Ella me ha reconocido su evolución ideológica y hemos llegado a un acuerdo digno. Le ilusiona instalar en Sevilla una tienda de productos ecológicos y he prometido correr con todos los gastos. Se va a Sevilla a buscar local y discutir precios. Su despedida, amable pero fría.

—Sotoancho, te voy contando.

—Suerte, Rocío. Seré tu mejor cliente. Pero no contrates a Westing como dependiente porque no vendas ni un frasco de mermelada de albaricoque ecológico.

—En ocasiones, eres cruel y deleznable.

Amor fallecido. Y por motivos y hechos que Rocío desconoce. Me pongo a ello. Hace quince días se celebró en un monasterio precioso de Manrique de San Lorenzo, una localidad perdida en la sierra norte, el Capítulo de Fundación de la Real Orden de Caballeros de San Lorenzo, entre cuyos fundadores me hallo. El único objeto de la nueva Real Orden es el de poder llevar una capa como las que llevan los Calabria a todas partes. No pude ingresar en Santiago, Calatrava, Alcántara o Montesa por mi cuarto apellido, Hending, muy inglés, pero según he sabido, bastante malo. Tampoco en la Orden de Malta, ni en la del Santo Sepulcro. Nos reunimos unos cuantos nobles sin derecho a capa y acordamos solicitar la fundación de esta nueva orden nobiliaria y religiosa y, sorprendentemente, obtuvimos el Real Pláacet. La capa es azul celeste ribeteada en negro y luce en su paño delantero una cruz amarilla bajo la Corona Real. Para ser testigo de una boda, una capa impresionante. Los fundadores somos doce, como los discípulos de Nuestro Señor, que así se disipan las dudas. Miguel Cerralbo y Huétor de Austria, conde de Alar del Infante; Fernando Tossa de Fernamental, vizconde de Entreluces; Horacio Miñana Mirapeix-Duró, conde de Papiolas y vizconde de Pirretas; Vicente González de Flandes y Rivera del Valdavia, marqués de Liborias; José Andrés Hornedo Bernabéu, conde de Labarces; Jaime Mauriño y Bará de Camprubí, marqués de Ramallets; Eduardo de Escalada y Estella, barón de Tafalla; Álvaro de Ussía y Muñoz-Dry, marqués de Las Candeledas; Alfonso López-Pelegrín y Scharfaussen, conde de Las Cuevas de Valdáliga; Luis de la Roca y Villaviciosa, marqués de los Horcajos del Guadalquivir; Ignacio María de Contreras y Gurugú, conde de los Álamos de Bularas; y yo, claro está, Cristián Ildelfonso Laus Deo María de la Regla Ximénez de Andrada y Belvís de los Gazules, marqués de Sotoancho. Presidió la solemne ceremonia S. A. R. el príncipe de Sotto Monte-Vecchio, duque de Fiumicino y Almirante Honorario de la Real Armada de San Marino, y el acto religioso y juramento de los nuevos caballeros fue encomendado al ilustrísimo señor obispo auxiliar de Luanda, monseñor Tutú Kasabubu. Actuaron de madrinas las señoras de Segrelles,

madre e hija.

Como noble suplente asistió Ramón Luis Perdicero Cavalcanti, Señor de Honrubia de la Cuesta, que terminó por tomar la capa al ser rechazado por unanimidad el aspirante Horacio Miñana Mirapeix-Duró, conde de Papiolas y vizconde de Pirretas, de quien se demostró que había falsificado su árbol genealógico en la trastienda de una peletería barcelonesa.

Y aquí viene lo bueno.

El monasterio de Manrique de San Lorenzo alberga a las monjas de clausura de la Orden de San Lorenzo, y las quince almas de Dios que conforman hoy en día la comunidad asistieron tras las rejas al acto ceremonial.

Me enamoré locamente de una de ellas, novicia aún, con la que intercambié ojitos durante la solemne celebración.

Supe, mediante soborno al monaguillo, su nombre de pila y su denominación religiosa. Paula y hermana Verónica, respectivamente.

Jamás había sentido, de golpe y de repente, nada parecido.

La hermana Verónica tiene unos ojos que parecen inventados. Es alta, con los huesos maravillosamente colocados, pies hechos, largos y finísimos, y unas manos de pianista austriaca. Según el monaguillo, experto en la materia, que no tiene aún decidida su vocación.

Insisto que nunca, nunca, había experimentado un vuelco en el corazón como el de aquel día.

Cuando me impusieron la capa y fui cruzado por la espada de San Lorenzo, me sonrió. Y recordé los versos del tío Pepe Pemartín, que escribió un soneto tremendo y delicioso a un señorito de Jerez de sus tiempos, que fueron los mismos tiempos que los de Papá.

Tengo mucho de lord y de gitano;
aunque a veces blasfemo, nunca miento.
A una monja rapté de su convento
y de diez hermandades, soy hermano.

Es mi capa la capa más raída,
y mi frac es el frac más elegante;
con todas las mujeres soy galante
aunque a veces le pego a mi querida.

A un marqués extranjero, mi pistola
defendiendo el honor de una española
dejó muerto en el patio de un castillo.

Y en los jardines de una venta maja,
a un gitano tendí con mi navaja
discutiendo no sé qué fandanguillo.

«A una monja rapté de su convento». Dios mío, qué trance. Perdóname, Señor.

CAPÍTULO 3

EL PEPINAZO

Mi amor sobrevuela las nubes y Miroslav me viene con bobadas.

—Señor marqués, creo que los cañones que ha comprado son una chorrada.

—Miroslav, en el disparo de prueba, el pepino destrozó el objetivo.

—Sí, pero he revisado. Después del pepinazo, el cañón se ha agrietado.

—Pues otro timo de los Pujol. ¿Quién nos ofreció los cañones?

—Nos los ofreció un sirio muy reputado que representa en Damasco a Cataluña.

—¿Cómo se llama el sirio reputado?

—Mohamed Bajamelá Alí-Kaidin.

—Nos la han metido doblada. Ningún sirio, por malo que sea, se llama así. Bajamelá Alí-Kaidin se llamaba un personaje de una revista de Zori, Santos y Codeso, que tuvo un gran éxito en La Latina. Fui a verla en diferentes ocasiones. Se llamaba «Lo Tengo Rubio».

—Pues nos la han endilgado. Son cañones de cachondeo.

—No me importan los cañones, Miroslav. Ahí tienes a los catalanes que han estado pagando a los Pujol durante años y todavía los aman. Nos olvidamos, y ya está. Para mí, ahora mismo, lo único importante es Paula.

—¿Paula, señor?

—Sí, Miroslav. Paula. Un amor sereno, místico, un atardecer dorado, un río tronante, un bosque frondoso, un milagro. No podemos recuperar el dinero de los cañones porque la adquisición de armas de guerra, aunque estén estropeadas, es ilegal. Pero prefiero olvidar lo que han costado a perder el rumbo de mi vida. Miroslav, entierra los cañones inmediatamente. O devuélvelos a Andorra, pero déjame solo en compañía de mis sueños.

—Señor marqués, la orden será cumplida. Pero no estoy tranquilo. Jamás lo había visto así.

—Te lo contaré, mi buen Miroslav, te lo contaré.

Tomás me cuida. Ya sabe de mi renuncia a defender mi vida con los cañones que nos encasquetaron los Pujol.

—Son muy malos, señor marqués, un disparo y se agrietan. Por otra parte, enhorabuena por haber renunciado a la señorita Rocío. Estaba pesadísima.

—Insoportable.

—De aquella enfermera a esta arpía...

—Largo trecho, Tomás, largo trecho.

—Animalista. Me intentó convencer de que descolgáramos los animales disecados del corredor de las monterías.

—Una decepción.

—Me dijo que deploraba mucho cada vez que usted llegaba con un conejito muerto en el morral.

—Una pesada, Tomás.

—Y que los cochinos son criaturas de Dios.

—Hasta ahí podíamos llegar. Dios no repara en esas minucias.

—Y que cada vez que usted abatía una perdiz, lloraban las estrellas.

—Una cursi.

—Y que los venados de la berrea de don Riquelme y el mío, al exhalar el último suspiro, prorrumpieron en inconsolable llanto.

—Podías haberme informado, Tomás.

—Le prometí no hacerlo.

—¿Dónde y cuándo?

—En mi cama, señor. Anteayer.

—No me hiere.

—Necesitaba contárselo, señor. No soy un traidor. Ella se presentó en mi cuarto de improviso, me dijo que usted no tenía el muelle engrasado, que no era de piedra, y que la tomase con ardor.

—Ella, una fresca. Tú, un desalmado. Pero no me hiere. Mi amor no pertenece a este mundo.

—¿Quién es ella, señor?

—La que va a llevarme de la mano a los azules infinitos sin pasar por las llamas del Purgatorio donde se está chamuscando Mamá. Pero no me olvido de tu deslealtad. El balón de regalo a tu sobrino por hacer la primera comunión, lo pagas tú. No me conoces, Tomás, no me conoces.

Increíble. Rocío con Tomás. Verlo para creerlo. Se va a enterar la muy pendeja. A Tomás, lo del balón le ha dolido, pero se lo merece. Para arreglar las cosas me pide audiencia don Riquelme. Audiencia concedida.

—Don Cristián, me siento abatido.

—Yo también, don Riquelme.

—Yo más que usted.

—Sé mucho.

—Cucurucho.

—Hablo en serio, don Cristián.

—Y yo, don Riquelme.

—Hace diez días que no asiste a la Santa Misa en su propia capilla.

—Acudo a los sagrados oficios a un monasterio que precisa de mis obras de caridad.

—¿Qué monasterio?

—El de Manrique de San Lorenzo. Soy caballero de la Real Orden de San Lorenzo. Tengo capa para lucirla en la primera boda que se tercié.

—Mi más cordial enhorabuena. Pero no entiendo sus ausencias.

—Don Riquelme, oiga bien. Los caballeros de San Lorenzo hemos procedido a jurar devoción al Altísimo, lealtad a España y fidelidad al rey. Y tenemos el privilegio de asistir a sus ritos y oraciones traspasando el umbral de sus clausuras. Es lógico que, recién adquirido ese privilegio, evite la pesadez de sus homilias y me acerque más a Dios orando con mis queridas monjitas.

—Me duele sobremanera que opine tan malamente de mis homilias.

—Muy largas, don Riquelme. Y frívolas. Lo que dijo hace quince días del camello y la aguja me produjo una enorme molestia.

—Es una metáfora, don Cristián.

—Es una barbaridad, don Riquelme. Soy bondadoso por naturaleza, y se me antoja terrible que para alcanzar el Reino de los Cielos me vea obligado, por mi incommensurable riqueza, a pasar por el ojo de una aguja. Me dejó usted una angustiada sensación.

—Si lo desea, rectifico en la próxima prédica.

—El mal está hecho, don Riquelme. Durante un tiempo cumpliré con mis obligaciones cristianas en el monasterio de Manrique de San Lorenzo.

—Me duele, pero si esa es su decisión...

—Lo es, mi respetado capellán.

Un pelmazo. No se mide. Y me escandaliza que no sepa lo de la nueva orden de caballería. Cuando le he mostrado mi capa, ha tenido la ocurrencia de establecer entre ella y la Orden de San Huberto una comparación nada amistosa.

—Se parece a la capa de los cazadores.

Canallesca ironía. La capa de los cazadores es verde con detalles sepias. Cuesta un congo y nadie la usa después de recibirla en los términos inmediatos a Oropesa. Mi amigo Javier Mendizábal, tío de una mujer maravillosa, no sabe qué hacer con ella. Se la acopló en una boda de la que fue testigo y terminó ingresado por un golpe de calor en el hospital de Talavera de la Reina. Recuerda que un médico comentó al verlo:

—Otro de la Orden de San Huberto, asfixiado.

Las capas, en ocasiones, no resultan provechosas.

Con mi venera de la Orden de San Lorenzo, asisto a la Santa Misa en el monasterio de Manrique de San Lorenzo. Voy en el Bentley de Papá y conduce Miroslav, al que encomiendo que se vista de coronel serbio. La madre superiora me recibe y anima a ocupar un lugar preferente. Traspaso la clausura y ocupó un sitio de honor. La novicia Paula, o sor Verónica, me mira aterrorizada por mi osadía. Es cierto que el lunes pasado, al día siguiente de la fundación de la Real Orden, le escribí unos versos que, mediante el monaguillo, tuvieron que llegar a sus manos. Los copié. No tengo la cualidad poética, pero leí esos renglones rimados preciosos una tarde de oscuridades en mi soledad. Son de un tal Dámaso Alonso, con el que no he coincidido nunca en la feria de Jerez, pero al que hay que reconocerle el buen gusto. Decía mi escrito:

Paula o Verónica, que lo mismo da:

Soy el marqués de Sotoancho y jamás he visto en mi vida a una mujer tan maravillosa como usted. No se confunda. Mi amor es platónico, etéreo y ajeno al pecado. Pero es amor. El que Dios agita en mi alma a pesar de mi avanzadísima edad. No hay lujuria, sino esplendor de vida. No hay fuego pasional, sino resplandor de atardecielo. Me he permitido escribirle un soneto, cuyos tercetos le regalo. No me atrevo a reproducirle el soneto completo.

Yo no sé si eres muerte o eres vida;
si toco Paula en ti, o toco estrella;
si llamo a Dios o a ti cuando te llamo.

Junco en el rezo o sorda piedra herida,
solo sé que la tarde es ancha y bella,
solo sé que soy hombre, y que te amo.

Y firmaba. El marqués de Sotoancho.

Paula o Verónica ocupaba el lugar más lejano para mi vista, pero ahí estaban sus pies, perfectos, desnudos en el frío de la clausura. Y sus manos, largas y musicales. Y su cuerpo

imaginado bajo el hábito marrón de las penitencias. Y sobre todo, sus ojos asustados pero no huidizos, firmes en el estupor, valientes en su alarma. Al llegar a casa, de nuevo los celos de don Riquelme.



"MI AMOR ES PLATÓNICO..."

—Un día más de mortificación, don Cristián. Un día más que elige a las monjitas lejanas en perjuicio de su cercano capellán.

—Solo será durante una breve temporada, don Riquelme. He contraído una obligación de la que no puedo ni debo desertar. ¿Alguna novedad en mi ausencia, reverendo?

—Se lo diré Tomás. Creo que le ha llamado la señorita Rocío. Los mercenarios están camuflando las piezas de artillería de la Generalidad.

—¿Dónde las están enterrando?

—Creo haber oído que en la barranca de Olivomuerto, en la falda de La Manchona.

—Cuando acabe con Tomás, me acompaña hasta allí, don Riquelme, siempre que sea de su gusto el paseo.

—Por supuesto que le acompañaré.

Timbrazo. Tomás.

—¿Novedades, mi fiel ayuda de cámara?

—Novedades, señor.

—¿Preocupantes?

—Para su economía, sí. La señorita Rocío ha encontrado el local adecuado en la plaza de la Contratación. Zona muy cara.

—Soy capaz de comprarle El Corte Inglés con tal de que me deje en paz con sus ecologismos sostenibles y sus sonrisas a los terroristas del islam.

—Visto así, las novedades son positivas. Me ha anunciado su visita mañana para informarle de las condiciones.

—Qué pereza.

—¿No siente nada por ella?

—Nada de nada, Tomás.

—Sospecho que me está ocultando algo nuevo.

—Tomás, he cumplido setenta y nueve años. La fuerza ha desaparecido. El amor ha cambiado. Busco la pureza de los sentimientos.

—Uyuyui, uyuyui...

—Te lo aseguro.

Con Miroslav y don Riquelme de paquete, me dirijo en la rana, hacia Olivomuerto. Modesto nos detiene en el carril de las Liebres. Tiembla.

—No sigan, señor marqués. El segundo cañón, inesperadamente, se ha disparado. Los Pujol se lo han vendido cargado y, al depositarlo en el suelo, por circunstancias que no nos competen, se ha deshecho del pepino de un pepinazo.

—¿Alguna desgracia personal?

—Por fortuna, ninguna. Pero sí vecinal. La condesa de Huertapina, la propietaria de Los Almendricos, ha llamado a la Guardia Civil. Parece ser que se hallaba paseando con sus perros cuando el proyectil ha impactado en su plantación de rododendros malayos y no ha quedado ninguno.

—¿De los rododendros malayos?

—Y de los perros. Lamentablemente, los caniches de la condesa estaban haciendo sus guarraditas entre los rododendros malayos. No obstante, una noticia buena. Entre los yugoslavos,

Pepillo, mi nuevo prometido y Julio el Rastrojero, han conseguido enterrar a tiempo los cañones. Y están de vuelta a casa por diferentes carriles para no ser sorprendidos por la Guardia Civil.

—¿Y la condesa sabe que el cañonazo provenía de mi casa?

—Se lo figura. Si bien no está segura del todo. Creo, señor, que haría bien en acudir a Los Almendricos y presentar otra denuncia por sobrevuelo de proyectil artillero en el espacio aéreo de La Jaralera. Yo me he adelantado y ya he hablado con el cuartelillo. En este momento no somos sospechosos.

—Gracias, Modesto. Le dices al administrador de mi parte que ingrese en tu cuenta una gratificación de dos mil euros. Te has comportado como un gran guarda mayor.

—Gracias de corazón, señor marqués, estoy *contenti, contenti*.

A Los Almendricos, no sin pasar por Olivomuerto. Extraordinario trabajo. No hay huellas ni vestigios de reciente presencia humana. Para llegar a Los Almendricos, tenemos que atravesar El Acebuchal, tomar la carretera de Granjalora y a dos kilómetros nos topamos con la entrada de la finca. Tres coches de la Guardia Civil en la casa. A la condesa, según me informa un número de la Benemérita, le están administrando sedantes. Se ha vuelto un poco tarumba. Amaba a sus caniches, que de acuerdo con su guarda, respondían a los nombres de Fifi y Potolo, Teté y Boluca de Nieve. Me llevo bien con la pobre condesa, que no merece un ataque de artillería como el que ha sufrido con sus cuatro bajas caninas y su jardín de rododendros malayos calcinado. Rectifico. Los Pujol entienden de cañones.

Un capitán dirige las pertinentes pesquisas.

—Mi capitán, soy el marqués de Sotoancho, propietario de las vecinas La Jaralera y El Acebuchal. Mi guarda mayor ha informado al cuartelillo de Guadalmazán del estremecedor silbido que ha sobrevolado mi casa y el posterior estruendo. Creyó, al principio, que se trataba de un avión a reacción por la estela que ha dejado en el cielo.

—Es un caso rarísimo. Se trata de un proyectil de guerra.

—Pudiera tratarse de un ataque islamista.

—Es la teoría que manejamos. De cualquier manera, revisaremos La Jaralera y El Acebuchal. Podría darse el caso de que los terroristas usaran su propiedad para proceder al ataque.

—Mi casa y mi campo están a su disposición. Y ahora, me gustaría saludar a la afectada.

—No lo haga. Se ha vuelto loca. Hace cinco minutos lloraba amargamente y ahora está bailando una jota aragonesa.

—En tal caso, me retiro.

—Recibirá nuestra visita. Y gracias por su colaboración.

Con el fin de no alarmar a la siempre temerosa ciudadanía, las indagaciones e investigaciones van a ser llevadas en secreto. Esa decisión me favorece, porque sería penoso que mi nombre y el de mis campos aparecieran en los periódicos y se oyeran en las radios y televisiones. Ya estuve en cierta ocasión en el papel de protagonista en la prensa, y recuerdo aquellos días con angustia. Cuando Alcoceba, mi anterior administrador (Q. E. P. D.), contrató para vendimiar mis viñas a un grupo de enanos y, sin mi autorización, solamente dio de alta en la Seguridad Social a la mitad. Según Alcoceba, en el caso de ser visitados por los inspectores laborales, los enanos podían camuflarse sin problema alguno detrás de los sarmientos. Pero nada. Me obligaron a pagar una cuantiosa multa y durante una semana dijeron cosas horribles de mí en los periódicos. «Explotador de liliputienses», llegaron a escribir los cronistas.

Llamo de nuevo a Tomás.

—¿Señor?

—Tomás, llamas a Rocío y le dices que me has contado lo tuyo con ella y que mi herida es tanta y tan profunda que prefiero que seas tú el que reciba la documentación precisa para analizar la oferta de su local.

—Señor, no me puede hacer eso. Rocío no se marchó del todo satisfecha. Me insultó. Y no era virgen como aseguraba.

—Tú has sido su último hombre y te corresponde llevar a buen fin el encargo. No te preocupes. Lo que quiera se lo aceptas y así nos olvidamos, al menos yo, de ella para toda la vida. Y si se marchó decepcionada de tu virilidad, no hay peligro de brasas peligrosas. Ya encontrará en Sevilla a un rojo sostenible con miradas de amor y dispuesto al abrazo con los terroristas musulmanes.

—¿Todo lo que me pida?

—Todo, Tomás.

Pienso en la novicia Verónica, nacida Paula, y me duele el aire que respiro. Allí, con la vocación confusa, en el monasterio, levantándose a las cuatro de la mañana, duchándose con agua fría y trabajando en labores de encuadernación —me lo han soplado—, entre oración y oración. Pienso en ella paseando por su recoleto jardín, cuando aquí tendría miles y miles de hectáreas solo para ella. Pienso en la puñalada del agua gélida, cuando aquí disfrutaría de un baño con *jacuzzi* y una ducha con una alcachofa más grande que el trasero de doña Fermina, la propietaria de los ultramarinos de Guadalmazán, que no puede viajar en avión porque no hay asiento capaz de cobijar su culo. Pienso en ella y en su comida frugal, cuando aquí se alimentaría como la amante de un magnate ruso. Y pienso en ella, en las charlas con sus hermanas de hábito, inocentes y reidoras, pero con temas de conversación muy limitados. Me duele el aire que respiro. He citado a las doce a Moranchel Expósito, el monaguillo soplón, al que voy a encomendarle un bien pagado trabajo de espionaje y engatusamiento, como hizo don Juan Tenorio con Brígida, la dueña de Doña Inés, que fue la causante del estropicio.

Moranchel Expósito lleva una carrera bastante modesta en la Iglesia. Es el monaguillo del monasterio y ha cumplido los treinta y cinco años. No ha hecho otra cosa en su vida que tratar a monjas y su experiencia es más que valiosa. Es fundamental para alcanzar mi santo proyecto, que nada tiene de lujurioso, ni de sucio, ni de pasional. Me he enamorado de un bellissimo ángel hasta las uñas de los pies.

Tomás se ha largado a Sevilla, a negociar con Rocío, que vaya fresca, vaya fresca, vaya fresca. Me engañó. En mis pocos ratos libres juego al golf en mi despacho. He adquirido un artilugio verdaderamente divertido; un chisme que simula un hoyo, y me entretengo con un *putt* y una bola. Estoy adquiriendo una maestría inigualable, tan suprema como en las canicas sobre alfombras de la Real Fábrica de Tapices, cuyo campeonato mundial se disputa este verano en casa de Jorge San Arévalo, un jovencito que se ha colado en el grupo, lo que no está mal del todo porque del contingente fundacional solo quedamos tres. Y me hallaba a punto de embocar una nueva bola, cuando María, la mujer de Miroslav, me ha roto la concentración.



- Señor marqués, un tipo muy raro que dice llamarse Moranchel Expósito pregunta por usted.
- Acompáñalo hasta aquí, María. Se trata de una visita de suma importancia para mí.
- Pues tiene una facha horrible.
- Pero es muy hábil en lo suyo.

—Ahora mismo se lo deposito aquí, señor.

—Gracias, María. Y perdona mi indiscreción. ¿Nada de embarazo?

—Nada, señor, Miroslav y esta servidora han decidido disfrutar del amor durante un tiempo. Tengo un DIU.

—¿Un DIU? ¿Qué es eso?

—Una cosita que el ginecólogo instala allá en el fondo de nuestro receptáculo e impide que la semilla masculina expanda su polen sobre la flor femenina.

—Pareces académica.

—Siempre he sido muy leída, señor. Le traigo al raro que pregunta por usted.

Formidable María. Es de esas que al principio parecen feúchas y van adquiriendo, con el paso del tiempo, un esplendor apetitoso. Por otra parte, plancha las camisas como nadie.

—El señor Moranchel Expósito, señor.

Moranchel Expósito es hombre de mirada al suelo y manos entrecruzadas. Pero no se le escapa una. Sin alzar la vista ha elogiado el retrato que me hizo Ferrer-Dalmau el pasado año con el uniforme y las condecoraciones de Papá. Se lo he agradecido.

—Moranchel, preciso de su ayuda.

—Me temo que sí, señor marqués.

—¿Ha leído usted *El Tenorio* de Zorrilla?

—En el monasterio el tiempo sobra. Y me lo sé de memoria.

—¿Se acuerda usted del papel de Brígida?

—Perfectamente.

—¿Se atrevería a ser mi Brígida con la novicia Verónica?

—Esa chica, señor, es maravillosa, pero intuyo que duda.

—¿Cuánto percibe usted por su encomiable labor monaguillesca?

—Setecientos euros al mes. Pero apenas tengo gastos. Vivo y como en el monasterio. Eso sí, deseo volar y conocer más mundo.

—Atienda bien, Moranchel Expósito, que, aprovechando que el Pisuerga pasa por Valladolid, le reconoceré que es un nombre rarísimo. Atienda bien. Si usted le lleva mis poemas a sor Verónica, y poco a poco dirige su corazón hacia los predios del mío, y alcanzamos el objetivo, puede usted contar con doscientos mil euros *black is black*. Y si no lo alcanzamos, en compensación le daré cien mil euros, la mitad ahora mismo y la otra mitad cuando se pierdan todas mis esperanzas.

—Es muy generoso, señor. Acepto sin dudarlo.

Como intuía esa respuesta a mi oferta, le había prevenido al administrador que tuviera dispuesta la mitad del contrato en efectivo. Para transportar dinero, aunque sea en casa, siempre recurro a Miroslav.

—Miroslav, preséntese en administración. Le darán una maleta. Me la trae al despacho, por favor.

—A sus órdenes, señor.

Al fin, Moranchel Expósito ha elevado la mirada. Sus ojos brillan humedecidos por la emoción y la codicia. Le doy un sobre, que habrá de entregárselo a mi ángel cuando sea de rigor. Guarda un poema de amor. Tampoco es mío, sino adaptado a las circunstancias. Su coautor, Miguel Hernández.

Por tu pie, la blancura infatigable

donde cesa en diez partes tu hermosura.
Una paloma sube a tu cintura,
baja a la tierra un nardo interminable.

Con tu pie vas poniendo lo admirable
del nácar en ridícula estrechura,
y a donde va tu pie, va la blancura,
Paula sembrada de jazmín palpable.

A tu pie, tan espuma como playa,
arena y mar me arrimo y desarrimo,
y al redil de tu claustro, entrar procuro.

Entro y dejo que el alma se me vaya,
por la voz amorosa del racimo.
Pisa mi corazón, que ya es maduro.

Modifiqué algún verso que no venía a cuento y me salió esta obra de arte. Después del soneto, le escribo en prosa:

Amor mío: no quiero ni puedo sustituir a Dios en tus sentimientos. Pero sí recordarte que ha sido Dios el que me ha llevado hasta tu monasterio para decirte que quizá, fuera de sus muros, puedes hacer por Él más que dentro de ellos. No deseo nada que no puedas darme. Solo busco tu felicidad. Te ama. Cristián Sotoancho.

—Moranchel. En esta maletilla conviven sin problemas mil billetes de cincuenta euros. Y aquí tiene usted este sobre. Primer encargo y pago por adelantado. ¿Cuándo calcula usted que tendrá mi ángel esta carta ante sus ojos?

—Esta tarde, señor. Se la daré durante el paseo en el jardín.

—No me falle.

—Cuenta con mi diligencia y habilidad.

—Que Dios le ayude.

CAPÍTULO 4
ADIÓS, ROCÍO

La Guardia Civil se ha presentado. Van a examinar La Jaralera. Según sus cálculos, los asesinos yihadistas dispararon el cañón desde un lugar de casa, preferentemente una loma o un altozano. Son más de cuarenta mil hectáreas. Admiro mucho a la Guardia Civil y me encantaría llevarlos hasta el barranquillo de Olivomuerto, pero se me caería el pelo con la Justicia. Comprar cañones está muy feo. Harán un rastreo por toda la finca, deteniéndose en los planos elevados. Me apena el enorme esfuerzo que conlleva su deber. Desde niño he admirado a la Benemérita. Mi padre consideraba una obligación ayudar a la Guardia Civil en todo. Mamá, en cambio, no era nada cariñosa con los guardias civiles. Según ella, un día, cuando era una jovencita allá en Jerez, un Domecq intentó abusar de ella. Y denunció el hecho en la Guardia Civil. Y a las pocas semanas cerraron el caso por la cantidad de contradicciones de Mamá. En su primera declaración aseguró que se trataba de un Domecq. Posteriormente que podía tener aspecto de Domecq. Finalmente, que no descartaba que fuera un pariente lejano de los Domecq. Que si intentó besarla en un descampado; que, ahora que lo recordaba mejor, sucedió en un guadarnés; que quizá en la playa. En fin, que la Guardia Civil la tomó por el pito del sereno y le advirtió de las consecuencias de una falsa denuncia. El problema de Mamá es que soñaba con casarse con un Domecq, aunque fuera un Domecq medio postizo, y estaba obsesionada con ellos. Llegaba a su casa y le decía a su padre:

—Papá, otro Domecq que me ha intentado violar.

—Pobre Domecq —comentaba el abuelo.

—Ya van siete —remachaba Mamá.

Desde aquellos tiempos, Mamá no se fiaba de la Guardia Civil. Como no pudo pescar a un Domecq, le puso el anzuelo a mi padre y este picó. Papá, que desembocó en hembra de cumbre alta, no sabía mucho de cuestiones de sexo a los dieciocho años. Mamá era un año mayor. Después de una madrugada de feria, con el alcohol navegando por las venas de mi padre, Mamá consiguió que Papá le besara en los labios. En frío jamás lo hubiera intentado, porque Mamá era fea a rabiar. Pero se besaron. Y una semana más tarde le anunció que estaba embarazada. Papá extrañadísimo:

—Solo te he besado.

—Hay besos que preñan.

—Estás equivocada.

—Me has dejado encinta y te quieres quitar de en medio, sinvergüenza. Te vas a enterar de lo que es bueno.

Mi padre, por aquel entonces, era la inocencia personificada. Y se casó con Mamá, que dio el braguetazo del siglo. Después, según me contó Papá poco antes de su muerte, cumplió matrimonialmente una sola vez con mi madre. Y nació yo. Se desquitó más tarde, pero picó como un besugo.

—¿Jamás te gustó Mamá? —le pregunté.

- Tu madre era como un cuervo teñido de rubio.
- Y claro, a ti los cuervos no te convencen.
- Exactamente, hijo.

Veinte guardias civiles, alguno de ellos incorporado desde Madrid, buscarán metro a metro la prueba del delito. He preguntado al capitán por la pobre condesa de Huertapina y me ha tranquilizado.

—Un sobrino se la ha llevado a su casa de San Juan de Luz, en Francia. Pero no ha mejorado. Tuvieron que sedarla para el viaje y al pasar por Sevilla se puso a hablar en inglés porque se creyó en Londres. Merendaron en el Alfonso XIII, y el sobrino tuvo que confirmarle que habían merendado en el Palacio de Buckingham invitados por la reina Isabel.

—Ha estado encantadora con nosotros —comentó la pobre mujer—. Me ha dado la sensación de que el Palacio de Buckingham ha empequeñecido un poco. Y que a la pobre reina le han abandonado sus guardias.

- No, tía, es que los sábados los guardias libran.
- Ya decía yo.

El capitán no es optimista.

—Para mí que la pobre señora no se va a recuperar. Póngase en su lugar. Saca a sus perros a pasear, juega con ellos, les permite correr hasta el jardín asiático que tiene en su casa y, cuando se dispone a ordenarles «¡Hoop, hoop, basta ya!», un proyectil destroza las flores y la onda expansiva le lleva hasta el salón de su casa sentándola en la parte superior de una mesa. Es difícil superar ese rosario de inconvenientes.

—Muy difícil, capitán. Lo que me extraña es que usted haya averiguado que ordenaba a sus perros con un «¡Hoop, hoop, basta ya!».

—Me lo ha referido el guarda mayor. Años atrás lo hacía con un «¡Hep, hep, hip, ha terminado el pipí!».

- Impresionante.
- Le agradecería total discreción y que sus guardas nos acompañen durante el rastreo.
- Tiene a todos a sus órdenes, mi capitán.
- Gracias por su colaboración.

En el despacho, me reúno con Tomás, ya de vuelta.

- La señorita Rocío...
- Tomás, no seas cínico. Si te has encamado con ella, lo de «señorita» sobra.
- Tiene razón. Rocío tiene la fijación de un local en Nervión, junto a El Corte Inglés. Dice que la plaza de la Contratación es preciosa, pero poco comercial. No es necesaria la compra. El arrendamiento se calcula en tres mil euros al mes, las obras en diez mil euros y la adquisición de mercancía en otros tantos. Su razón comercial es como para miccionar y no echar gota, señor marqués. «Abrazos y Sonrisas Sostenibles».
- Asqueroso.
- De alta repugnancia.
- Habla con el administrador y que haga inmediatamente la transferencia.
- Perfecto, señor. Me ha preguntado por usted. Dice que se ha dado cuenta ahora de lo

muchísimo que le quiere.

—Dios Santo.

—Pero le he recordado lo nuestro, y que usted no perdona, y que me ha hecho pagar el balón de reglamento de la primera comunión de mi sobrino, y ahí se puso a llorar.

—Hombre...

—Una mujer de poco fiar. Pero está buena.

—¡Tomás!

—Perdone, señor, la sinceridad manda.

CAPÍTULO 5

EL PLAN EN MARCHA

Después de veinticuatro horas de búsqueda y rastreo, las Fuerzas del Orden no han hallado —a Dios gracias—, el lugar de donde partió el proyectil. El capitán, amable y señor, como corresponde a su condición.

—Nada de nada. Y eso me preocupa más. Sigo creyendo que el zambombazo partió de La Jaralera, y de acuerdo con mis sospechas, intuyo que la pobre condesa de Huertapina no era el objetivo. El objetivo terrorista era usted, don Cristián, y me juego un ojo de la cara a que el malvado Abdul-Al-Samah es el jefe de la banda.

—Intentó entrar en casa de mayordomo.

—Lo detuvimos, pero un juez lo ha dejado en libertad, como hacen siempre en España los jueces con los terroristas islámicos.

—Le ruego, mi capitán, que me tenga al corriente de sus pesquisas.

—No lo dude. Y si me lo permite, montaré un servicio de guardia en La Jaralera.

—Tengo buena gente.

—No lo dudo. Pero mi deber es establecerlo.

Peligro. Una palabra de más y el desastre. Cito en mi despacho a Miroslav y Tine, que fue el encargado de comprar y recoger las piezas artilleras. Tine preocupado.

—Tine, lo que usted me diga es lo que yo voy a defender. Pero necesito algo más de información. ¿Quién fue el receptor del dinero a cambio de los cañones?

—Un señor de Andorra, con banco y todo.

—¿No fue un sirio?

—Eso me dijo el señor de Andorra, con banco y todo, pero, después de lo que ha pasado, dudo mucho de la existencia del sirio.

—¿Le dijo algo el señor de Andorra de la procedencia de los cañones?

—Creo recordar que aludió a una herencia. Deduje que se trataba de una herencia oculta. Se lo comenté al banquero de Andorra, pero despreció mi resquemor.

—¿Qué le dijo?

—Que por muy oculta que sea una herencia, lo de los cañones no encaja. Nadie deja a sus herederos cañones con proyectiles. En mi opinión, esto es cosa de los Pujol, que heredan cosas rarísimas.

—Estoy de acuerdo, Tine. Miroslav, ¿usted está de acuerdo?

—Completamente. No queda duda. Los cañones proceden de la herencia de los Pujol y nos han timado. Como dicen en la parte sur de los Alpes julianos, «*pirovidenia quesí*», es decir, nos la han dado con queso.

—¿Los puede encontrar la Guardia Civil?

—Imposible, si hay unión y prudencia entre nosotros. La parábola del proyectil al ser disparado no concuerda con los pepinos tradicionales. Ese pepino estaba loco. Y hemos enterrado los cañones en un punto casi inaccesible.

—Miroslav, si la cosa se pone fea, que Tine vuelva a Andorra, espere al banquero y le propine una tunda retunda de mi parte. Y si el banquero se escapa, que se presente en Barcelona y le diga a Pujol o a su mujer que conmigo no se juega.

—De acuerdo, señor.

Inaceptable. La gente normal no deja en herencia cañones en mal estado de uso. Pero me ha tranquilizado Miroslav con la inaccesibilidad del escondite.

—Miroslav, ponga a toda la guardería a disposición de la Guardia Civil.

—Ya lo he hecho, señor.

—Bien, mi coronel.

Al fin, tranquilo y solo. *Putting Green*, o mejor dicho, *putting* moqueta. He perdido pulso. Demasiados episodios preocupantes almacenados en mi ánimo. Me disponía a efectuar un buen *putt* con la novena bola, cuando Tomás me interrumpe.

—Señor, abandone el *Open* de momento. Un tal Moranchel Expósito me ha entregado este sobre. Y me ha dicho que usted lo aguarda con frenesí.

—No es cierto. Lo aguardo, pero no con frenesí.

—En tal caso, puede intentar un *birdie* en el hoyo dieciocho y posponer su lectura.

—Renuncio al *Open*, Tomás. El sobre, y ya.



“SEÑOR, ABANDONE EL OPEN DE MOMENTO...”

—Ya me dirá, señor. Tome el sobre.

—Lo tomo, pero no te diré nada. Has traicionado mi confianza. Déjame solo.

Tiemblo. Grafía de mujer. El sobre está dirigido a mi nombre. No hay remitente. Lo abro como la primavera cuando deja aflorar las yemas del renuevo. Con suavidad y dulzura. Leo.

Distinguido señor:

Me siento confundida con sus preciosos versos. Es cierto que entre usted y yo se estableció un recíproco entendimiento visual. Pero no puedo decepcionarlo. Usted me considera una religiosa pura y ejemplar. Nada más lejano, señor. Estoy en el monasterio para expiar mis pecados. Me entregué, con apenas diecinueve años, a un hombre poderoso del que me enamoré profundamente. Me engañó. Solo deseaba el placer que mi cuerpo le regalaba. Me hundió física y moralmente. Y decidí recluírme en un monasterio para no manchar aún más mi cuerpo y mi alma. Todo marchaba bien, dentro de lo que cabe, hasta que nuestras miradas coincidieron. No me torture, señor. Usted pertenece a la más encumbrada nobleza y yo soy una joven alocada que servía los fines de semana copas en un bar de Almendralejo. Soy Paula, no la aparente sor Verónica. No me hallo aquí, pero tampoco me atrevo a volver al mundo de cada día. Ese hombre me dejó destrozada, pulverizada, y estoy ahora mismo recomponiendo el puzle de mi autoestima. Usted tiene algo que no puedo explicarle, algo que me encanta, su sonrisa, su limpieza en la mirada, su picardía en los gestos... Pero yo no puedo ser su ilusión, señor, porque estoy en un monasterio enclaustrada voluntariamente, y engañando a mis maravillosas hermanas en Cristo. Engañándolas, porque a ninguna de ellas, ni a la madre superiora, he confesado mi vida anterior. Tengo veintiséis años y deseo renunciar a los placeres mundanos para entregarle a Dios mi hastío y mi sometimiento. No me escriba poemas tan preciosos, señor, porque me turban, me conmueven y me excitan. Le deseo lo mejor y rezo por usted cada vez que termino de orar por mí y pedirle al Señor perdón por mis pecados. No merezco su amor ni su cariño, señor. Con todo mi respeto y consideración.

Paula

La he leído treinta veces y cada vez que repito su lectura, el corazón se asoma a mi boca. Es imposible amar más con menos tiempo a una mujer, a una novicia retirada del mundo. Pero no lo voy a consentir. Ella está por voluntad propia y un complejo de pecadora. Me encantaría saber la identidad de ese tipo poderoso de Almendralejo para ocuparme de él. Contra mis cañones no podría defenderse. Pero si ella no ha querido desvelarme su identidad, yo debo respetar su bondadosa decisión.

En busca, en afanosa busca de otro poema, acudo a mi biblioteca, que es buena y variada gracias a mi pobre padre. No puedo dejar de escribirle versos, aunque los copie de otros. No puedo renunciar a tenerla a mi lado, aunque fuera de otros, y especialmente, de un canalla que maltrató su inocencia.

Paula, Paula mía, amor sereno, amor torrencial, amor imposible. Soy un marqués de los de antes, un medieval, un jinete de espada al cinto y espuelas de plata repujada.

Voy a buscarte, amor, voy a buscarte...

No hay indicios de instalación de cañones en La Jaralera. Así me ha informado el capitán de la Guardia Civil. Ampliarán la investigación a zonas adyacentes. Se abren nuevas expectativas. Tine, el comprador de las piezas de artillería, ha recordado un detalle que puede resultar definitivo. Que el vendedor de los cañones podía ir disfrazado de musulmán, porque apenas habló durante la operación. Y que al contar el dinero en efectivo de la compra, musitó un «*moltes gracias*» en lugar del típico «*jamalá jamalá*». Sin duda alguna, uno de los hijos de Pujol, que atan las moscas por el

rabo.

Mamá decía que al caer de los brazos de mi ama al suelo el día de mi bautizo me quedé tontito para toda la vida. Lo repetía constantemente y me causaba harto dolor. Días atrás, narrándole a don Riquelme episodios de la vida de mi madre, nos atrevimos a calcular los años de Purgatorio que le quedan por cumplir. Y don Riquelme, que es sensato y medido, apostó por un número escalofriante.

—A su madre le quedan por cumplir, para purificarse del todo, seis millones quinientos sesenta y siete mil cuatrocientos sesenta y seis años de Purgatorio. Como usted sabrá, don Cristián, si en el año que hace los tres millones permanece manchada el alma de su madre en más del cincuenta por ciento de su superficie, pasa inmediatamente a la antesala de los infiernos. Hay muchas almas que le han precedido con semejantes características. Aparte, y para tranquilizarle, debe usted saber que el Purgatorio está dividido en siete partes. La más dolorosa, la que alberga a su madre sin duda alguna, es la «Sección de llamas constantes». La siguiente, «Llamas constantes con intervalos de descanso»; la tercera en nivel de gravedad «Llamas intermitentes»; la cuarta, «Llamas discretas con vacaciones de treinta días al año»; la quinta, «Llamitas molestas»; la sexta, «Sopletes intercalados con chorritos de agua fresca», y la última, reservada a faltas veniales, «Fogonazos y alcandoras de muy escasa intensidad con servicio de duchas». Usted, don Cristián, que ha pecado gravemente contra el Sexto y está poseído por el deseo carnal, tiene en cambio la ventaja de su generosidad para con los suyos y las múltiples obras de caridad que realiza sin publicidad. Puede estar tranquilo, porque no coincidirá con su madre en el Purgatorio. Entre la sección de «Llamas constantes» y la de «Sopletes intercalados con chorritos de agua fresca», la distancia supera los doscientos mil kilómetros, lo que hará imposible a su madre darle la lata durante su purificación.

—Jamás me habían hablado con tanta sabiduría y destreza, don Riquelme.

—Espero que, en compensación, tenga la amabilidad de asistir con más frecuencia a los oficios religiosos de su casa.

—Se lo prometo, don Riquelme. A partir de junio, siempre a los de casa. ¿Me considera un tontito?

—No, don Cristián. No puede decirse, sinceramente, que sea usted una lumbrera, pero de ahí a tontito se establece largo trecho.

—Me cae bien, don Riquelme.

—Considérese correspondido.

Me encierro en mi despacho. Busco un nuevo poema. Lo encuentro. Es del duque de Rivas. Entre nobles nos compenetramos mejor.

Pálida está de amores,
mi dulce niña.
¡Pronto brotarán las rosas
en tus mejillas!

Querida Paula, mi amor. Respeto tu firmeza y tus palabras. Me encantaría conocer la identidad del canalla que abusó de ti y te dejó tirada en el arroyo. Pero no puedo abandonarte. Te amo por encima de todo, y te estoy preparando el paraíso para que lo disfrutes. Amor, amor,

amor.

Tu Cristián

Lo recogerá esta tarde Moranchel Expósito. Gran tipo, Moranchel. Magnífico muchacho, Expósito. Me interrumpe Tomás.

—Ha llamado el capitán de la Guardia Civil para que le informe de que la condesa de Huertapina, por la que usted se preocupa tanto, ha tenido que ser ingresada en el Hospital Psiquiátrico de Bayona, Francia. Según parece, al llegar a San Juan de Luz procedió a quitarse la ropa, pasear en pelotas, ascender a un árbol y amenazar a los viandantes según acostumbran a hacer los monos azules de Gabón. Mordió a un guardia.

—Pobre mujer. Para mí que ya estaba zumbada con anterioridad al ataque terrorista.

—No comparto su opinión, señor. Era una mujer educada y amable, y bastante inteligente, a mi modo de ver.

—Terminar como una mona azul del Gabón tiene que resultar muy triste. Si al menos fuera como un chimpancé...

—Es lógico. La mona azul es un simio aristocrático.

—Visto por ese lado y asumido el matiz, acepto tu veredicto. Ginebrita cargada, Tomás.

—Lleva días sin probar una gota de alcohol, señor, y estaba preocupado.

—Creo que tengo que adelgazar unos kilos.

—Eso se traduce por enamoramiento fulminante.

—Eso se traduce por apreturas desagradables en la cintura cuando me abrocho los pantalones.

—A mí no me la pega, señor.

—Ginebrita cargada, Tomás.

CAPÍTULO 6
CRECE EL AMOR

Tengo complejo de culpa con la pobre condesa de Huertapina. Al fin y al cabo, el cañonazo que ha terminado con su cordura, aunque disparado involuntariamente, provenía de casa. Mucho me lo advirtió mi padre: «Con gente que no sepa de armas, hay que atarse los machos». Y los Pujol saben de muchas cosas, pero no de armas, aunque sean de armas tomar, y ruego ser disculpado por la fácil gracieta. Ir de un lado al otro con un cañón cargado no se le ocurre a nadie. Esta gente es imprevisible.

Las emociones me han dislocado la tranquilidad. De quince golpes con mi *putt*, solo he embocado una bola. Quizá sea mejor pasear por el campo con la escopeta, pero, con la Guardia Civil en situación de máxima alerta, no me atrevo. No es temporada. Ahora están prohibidísimas, pero de joven me divertía mucho en esta época del año con las urracas. Siento una gran animadversión hacia las urracas. Y caen a tierra muy bien. Vuelan con altura interesante, y pegadas, ofrecen hermosos pelotazos. Escribir de estas cosas en los tiempos que corren entraña peligros. Pero los asumo. Intuyo que la Asociación de Amigos de las Urracas me van a poner verde, pero me importa un bledo. Lo que sí puedo cazar es zorros. Hay muchos y tengo un permiso especial. Así que me dispongo a ello. Me aprietan los pantalones de matar zorros. Para que Tomás se ría de mis kilos de más.

Me acompaña Miroslav. Las perdices han criado y las alimañas abundan por los sembrados. Tres horitas de caza y siete zorros al talego. Menos mal que no está Rocío, que me habría propuesto un plan sostenible para confraternizar a los zorros con las perdices, que así son de tontos. Ha llovido bien y el Guadalmeccín baja presuntuoso, ya no huele a peces podridos. Al verme con siete zorros —los lleva Miroslav—, las perdices me miran con infinita gratitud y apenas alzan el vuelo con sus alas de ametralladora. Ya habrá leído mi carta Paula. Dios lo quiera, lo permita y me ayude.

—Éramos pocos y parió la abuela, señor.

—No me asustes y soliviantes, Tomás.

—No es lo peor. Le llama su primo Moby.

¡Moby! Mi querido primo estafador. Tieso como una mojama. Me ha vendido un cuadro de Velázquez con un tren a punto de entrar en un túnel, el violín de Mozart con la etiqueta de una tienda de Sevilla, el manuscrito de Hitler dirigido a una presumible novia española. Le compro todo porque me cae muy bien y Mamá lo aborrecía. Doble motivo. Y porque me divierte.

—¡Hombre, Moby!

—¡Cristián! Mucho tiempo sin hablar contigo.

—¿Has fundido ya la pasta?

—No queda ni el envoltorio.

—Cuéntame, ¿alguna pieza en oferta?

—Una, Cristián, y excepcional. ¿Te interesa el micrófono de mano que usó Julio Iglesias cuando cantó en Eurovisión *Gwendoline*?

—¿El auténtico?

—El único. Tengo un amigo en la editora de nuestro universal cantante y me ofrece la mitad de lo que consiga por él.

—¿En cuanto lo valora?

—Para una persona normal y corriente, en veintitrés mil euros. Si eres tú, admite quince mil y te quedas con la pieza histórica.

—¿Cómo quedó en la clasificación?

—Creo recordar que el quinto o sexto.

—Me parece mucho.

—Pero fue su definitivo lanzamiento internacional. También utilizó el micrófono cuando cantó por primera vez.

—Hombre, eso cambia las cosas. ¿Te parece que lo dejemos en veinte mil?

—Perfecto, Cristián. Te lo deposito mañana en La Jaralera. ¿Me invitas a comer?

—Me encantaría, pero no puedo. Tengo un consejo en Sevilla.

—Bueno, pues te lo dejo y le encargas a Tomás que me facilite el lenguadillo.

—Hecho, Moby. Me encanta ser el dueño de ese micrófono de fama mundial.

—Un chollo, Cristián, un chollo. Vale, venga, ya, un abrazo.

—Un abrazo, vale, venga, ya.

—Tomás.

—¿Qué pretende venderle don Moby?

—El micrófono de mano alámbrico que usó Julio Iglesias en Eurovisión con la canción *Gwendoline*.

—Me muero de risa. Se merece todo. Es el delincuente más simpático de su familia.

—Querrás decir el único delincuente.

—Se olvida de su madre, señor.

—Tiene toda la razón. A cuento viene. Lo traerá mañana. Guarda este talón en un sobre y se lo das en mano.

Comida melancólica. Don Riquelme, callado y discreto. Yo, en mis cosas. He intentado sonsacarle.

—Estoy leyendo *El Tenorio* de Zorrilla, don Riquelme.

—Un pedazo de sinvergüenza. No es lectura recomendable, don Cristián.

—Eso de raptar a doña Inés de un convento tiene mérito.

—Ignominioso. Un pecado mortal imperdonable.

—Pero la habilidad para conseguirlo, fuera de que sea pecado o no, es indiscutible.

—No lo hizo solo. Se valió de la celestina y falaz dueña, Brígida. Y ella, doña Inés, demostró una gran debilidad ante la tentación.

—No tenía vocación, don Riquelme. Su padre, el comendador, la enclaustró con perversidad.

—Conocía el paño.

—Para mí que don Juan actuó con falsedad, pero con gran inteligencia y arrojo.

—Los conventos de clausura no tienen guardia armada. No es excesivamente meritorio.

—Bueno.

Cumplida la siestecita, dos abdominales y al despacho. Sobre el despacho, en una bandeja de plata, un sobre. Letra femenina. Moranchel Expósito ha conseguido una segunda carta.

Cristián, permítame que le llame por su nombre. Cada día que pasa me siento más fuera de aquí y más cerca de usted. Me encantaría, aunque no crucemos palabra alguna, verlo en el monasterio mañana domingo. La misa será a las seis de la mañana, porque nuestro capellán tiene deberes pendientes en el arzobispado de Sevilla. Entiendo que es una faena pedirle que venga a esas horas, pero necesito su cercanía. Gracias, Cristián. Paula.

No me lo creo. Demasiada felicidad en estos tiempos de turbación, cañonazos, condesas locas, pesquisas oficiales y adquisición de micrófonos falsos. Nada importa. Me ha escrito y a las seis en punto de la mañana estaré en Manrique de San Lorenzo. Tendré que salir a las cuatro de la mañana. Bendito madrugón. Tengo que prevenir a Miroslav, que se presenta a los diez minutos de mi llamada.

—¿Señor?

—Miroslav, esta noche, prohibido hacer el amor con María. Lo necesito fresco. Mañana a las cuatro partimos hacia el monasterio. La misa es a las seis. Cosas del capellán.

—A las cuatro en punto estaremos en la carretera, señor.

—Gracias, Miroslav. No informe a nadie.

—¿Tomás?

—Bajo ningún concepto.

—Se enfada conmigo cuando le oculto algo referente a usted.

—Pues que se enfade. Gracias, Miroslav.

Ni un minuto de sueño. Aprovecharé para dormir durante el trayecto; de casa a Sevilla media hora y de Sevilla a Manrique de San Lorenzo una hora larga. Llevo mi capa, sin la cual no puedo acceder al más allá de las rejas, que para mí es el más allá de mi vida. También viajo con un suculento sobre para entregárselo a la superiora con fines benéficos. Hay que dorar la píldora. Con posterioridad a la entrega, osaré rogarle que me permita hablar unos minutos con Paula, que todavía no es monja fetén, sino aspirante. Vamos a ver cómo van las cosas.

Los nervios han desatado mi poliuria. Cada veinte kilómetros Miroslav detiene el coche y yo desciendo a cambiar el agua al canario. Son las seis menos cuarto de la mañana del domingo cuando llegamos al monasterio. Amanecer tibio. Tímidos resplandores.

Me cubro con la capa y llamo. Una monjita muy amable me da los buenos días y me acompaña a la capilla. Me invita a sentarme en un sitial de honor a la derecha del altar. Frente a mí, los bancos de las religiosas, que se acercan cantando por las galerías del convento. El capellán, con unas cejas muy grandes y disparadas, me mira con recelo. Aparece al fin Moranchel Expósito, que, sonriente, me brinda una profunda reverencia.

El canto se oye cada segundo más cercano. Aparece la madre superiora; detrás de ella, once monjas, y finalmente las tres novicias. ¡Cómo destaca Paula! Se sitúa para verme y para que yo la vea. Y no tarda un segundo en hablarme con la mirada.

Se confirma que el capellán tiene prisa. La Santa Misa apenas dura treinta minutos. Le pido, ya con las religiosas desfilando hacia la galería, a Moranchel Expósito si puede avisar a la superiora. Lo hace inmediatamente. A los pocos minutos, la madre superiora, encantadora y feliz, acude hacia mí.

—Qué honor verlo por aquí a estas horas, señor marqués.

—El honor es para mí, querida madre. Le he traído este sobre para agradecerles sus oraciones por mi persona.

—Siempre usted con su generosidad.

—Ustedes se merecen mucho más.

—Sin su ayuda, este monasterio no podría sostenerse. ¿Desea algo más, señor marqués?

—Sí, madre. Conozco a la familia de la novicia Verónica y me gustaría poder hablar con ella para llevarles a sus familiares noticias suyas.

—No está permitido, pero con usted haremos una excepción. No hace frío y el amanecer es precioso. Le diré al monaguillo que le lleve hasta el jardín y en unos minutos la novicia Verónica irá a su encuentro.

—Gracias, madre. Me han contado que el tejado de la capilla está algo deteriorado.

—Muy deteriorado, señor. Pero hay que esperar para arreglarlo. Cuesta mucho dinero.

—¿Podría conocer la cifra, madre?

—Una barbaridad. Los carpinteros y albañiles que han revisado el tejado calculan que no menos de cuarenta mil euros.

—Un momento, madre.

Llevaba un talón dispuesto para cualquier emergencia. Y lo he extendido a nombre de la comunidad por cincuenta mil euros. Todo menos que se caiga el tejado sobre Paula. Y bueno, sobre las monjitas, que son adorables.

Con el talón en las manos, la madre superiora se ha puesto a llorar de la emoción. Y me ha dicho algo maravilloso mientras me abrazaba.

—Dios estará siempre de su lado. Incluso para lo más difícil.

Estoy en el jardín. La luz aumenta. Siento que levito. Ya viene Paula.

Cuando los nervios apuran al máximo la resistencia de quien los padece, surgen de los cuerpos extravagancias físicas. A Mamá se le afilaban los lóbulos de las orejas. A Tomás le tiembla el carrillo izquierdo, lo cual resulta a todas luces ridículo. Y a mí, sin apercibirme de ello, se me abre la boca y parezco completamente tonto. Cuando me ven de esa guisa Tomás o Miroslav, me hacen gestos para que cierre la alcancía, pero Tomás está en casa y Miroslav, en la puerta del convento. Todos los seres que habitan sobre la tierra padecen de un tic nervioso discrecional. A mi tía paterna, la vizcondesa de La Fronda de Urbel, que en paz descansa y Santa Gloria haya, mujer elegantísima y de acrisoladas virtudes, le daba por aliviarse con pedorretas cuando se ponía nerviosa. Yo heredé esa desgracia, pero mi caso estaba más cerca de la alergia que de los nervios. Hace veinte años que no me sucede. Pero antaño, cuando florecían las lantanas, me sonaba el oboe. Dejamos de plantar lantanas, pero el oboe retornaba con sus conciertos en cada primavera. Al fin, un sabio doctor de Madrid me recomendó unas pastillas carísimas y mi oboe o baticola dejó de darme la lata cuando llegan los abejarucos.



“... TIENE Ud. LA BOCA ABIERTA...”

Se acerca Paula. Viene tranquila, mirando a mi cara, sonriente.
—Buenos días, Cristián. Gracias por venir.
—No me salen las palabras.
—Pues le tendrían que salir a chorro porque tiene usted la boca abierta.

—Me pasa cuando me atacan los nervios.

—Soy yo la que tendría que estar nerviosa, y ya me ve. ¿Cómo ha conseguido el permiso para hablar conmigo a solas?

—Mintiendo a la madre superiora al decirle que soy amigo de su familia y entregando a la misma madre superiora un talón para que arregle el tejado. Pensar en usted rezando y cayéndole el tejado encima me torturaba. ¿Sigo con la boca abierta?

—Un poco menos. No sé dónde y cómo va a terminar o empezar todo esto, pero he tomado la decisión de no seguir equivocándome. Me parece que traiciono a mi comunidad. No tengo vocación, Cristián. Estoy aquí por cobardía.

—Pues tiene que ser valiente, hablar con la superiora, abrir su corazón y decírselo todo.

—¿Todo? ¿Y qué hago después?

—Usted se viene a mi casa. No tiene que volver por Almendralejo. Se viene a mi casa y se instala. Está en el campo más maravilloso de Andalucía. No la molestaré. Estoy enamorado de usted, pero no puedo pretender nada que se salga, en principio, de la lógica.

—Sería escandaloso.

—Nada escandaloso. ¿Acaso no se equivocan las novicias?

—No, Cristián. Sería escandaloso que una mujer manchada por un canalla, que calla su pecado para ser admitida en un convento, al cabo de poco tiempo abandone el convento para vivir en la casa de un marqués que le triplica la edad no puede calificarse de ejemplar. Ya se le ha cerrado la boca.

—Gracias. Entonces, Paula, para usted lo correcto es invertir toda su vida, su juventud y su futuro en un convento cuando carece de vocación.

—Por usted siento mucha simpatía, Cristián.

—Yo por usted, amor hasta el infinito del amor.

—Exagerado.

—¿Paseamos? Hablo mejor cuando ando.

—Así sea.

Es casi tan alta como yo. Y parece de mejor familia. Tiene voz grave y pido perdón por la cursilería, aterciopelada. Creo que necesita de un pequeño empujón para tomar la decisión definitiva.

Paula, será la mujer más feliz del mundo. No me lo merezco, pero Dios me ha regalado un paraíso.

—Estoy segura. Pero no me atrevo. Han sido adorables conmigo y no puedo dejarlas.

—No las va a dejar. Tendrá usted un coche y un conductor a su disposición para venir hasta aquí las veces que quiera.

¡Qué mirada, Dios mío! ¡Qué pies! ¡Qué manos! ¡Qué curvas simuladas bajo los desahogos del hábito! Y qué sonrisa.

—¿Me deja meditarlo?

—El tiempo que necesite. Por mi avanzada edad, no espere demasiado.

—Está usted estupendamente bien. Y cuando no se le abre la boca, es guapo.

—Eso no.

—A mí me lo parece.

—Me parezco a mi madre.

—Pues entonces, su madre era guapa.

—Mi madre, Paula, era horrorosa.

—Pobre mujer, no diga usted eso.

—Ya se irá enterando.

—Me quedo tranquila. Me encantaría ser más valiente. Gracias. Cristián, que van a sospechar algo feo. No me acuerdo de lo que es querer a un hombre, pero usted se lo merece.

—Adiós, mi vida.

—Es pronto para eso.

—Adiós, mi amor.

—Demasiado pronto.

—Te comería a besos.

—¡Cristián!

Y me ha dado la espalda para emprender religiosa carrera hacia el interior.

Estoy lleno de esperanza.

Salgo y me dirijo al coche. Miroslav me advierte.

—Señor, la boca.

—Gracias, mi coronel. Gracias.

CAPÍTULO 7

RAPTO EN LA MENTE

Llego a casa. María me prepara el desayuno. Son las once. Siento una elevación con carácter piramidal en mis industrias. Pero rechazo el deseo. Me humilla que mi cuerpo no sepa ajustarse a la belleza del amor verdadero. Tomás me recibe, algo mohíno.

—Hace meses, le habría acompañado.

—No, Tomás. Eres poco creyente. En las misas te vigilo y no te sabes de memoria el Credo. Y cuando llega el santo Evangelio, no te persignas, como mi prima lejana Dolo Mugaznar, muy de Guecho, muy de Neguri, pero sin formación en el rito religioso.

—La señora Dolo y yo no tenemos nada que ver.

—Sí, Tomás. No os persignáis.

—Lo de ella es por timidez. Lo mío, porque me hago un lío con los brazos que me distorsiona los nervios.

—A ver, Tomás. Persígnate.

—No me acuerdo.

—Porque Zebulón está en tus gestos.

—No se va al infierno por no dominar la persignación.

—Pero sí al Purgatorio en su llamear más doloroso. Tú, Tomás, tienes que pasar por la confesión con don Riquelme para mirarme a los ojos.

—Ahuevados y sin interés. Ojos de tonto, señor marqués.

—Te perdono por los muchos años de servicio. Con una objeción: ayer, el agua del baño estaba muy caliente, las esponjas no procuraban cosquillejas y el patito de goma, lleno de agua, no pronunciaba «cuá cuá».

—Señor, siempre tiene salidas. Pero no admito que me oculte las fundamentales. Usted, ayer de madrugada, fue por teta de novicia.

—¡¡¡Tomás!!!

—¿Señor?

—Me duele, me escandaliza... Eres hombre de pícnic con Zebulón.

—Ya me contará. ¿Una ginebrita?

—Soy abstemio. Tengo que adelgazar.

Lo malo de la Guardia Civil es que, cuando es uno el que está inmerso en una irregularidad, no descansa hasta la detención. Cuando el delito lo comete otro, la Guardia Civil es para mí siempre encomiable. Pero en el caso de los cañones de los Pujol, por mucho que disimulo, intuyo que algo sospecha el capitán, que por otra parte es amabilísimo y me tiene informado del estado mental de la condesa de Huertapina, la chiflada. Me ha llamado el capitán para interesarse por una información paralela que ha despertado su curiosidad. Según parece, un banquero de Andorra le ha comentado a su confidente de la Benemérita que un yugoslavo pagó en efectivo a un posible representante de los Pujol un buen dinero a cambio de una pareja de cañones en desuso y en estado catastrófico que los Pujol adquirieron en Siria con el fin de revendérselos a Puigdemont

para defenderse de la Legión. Todo muy enrevesado.

—Mi capitán, nadie de casa ha cometido semejante tontería.

—No le acuso de nada, pero, juntando las piezas, se me ha encendido una luz. El cañonazo que mató a los cuatro perritos de la condesa de Huertapina y destruyó su jardín de rododendros malayos pudo partir de su finca. Hemos buscado palmo a palmo y con la ayuda de su guardería algún indicio o huella por La Jaralera y no lo hemos encontrado. Pero el banquero de Andorra asegura que los cañones partieron en un camión rumbo al sur.

—Nada que ver conmigo, mi capitán.

—No estoy acusándolo de nada, solo pretendo que esté alerta y que si halla alguna pieza de los cañones en su casa, me avise inmediatamente.

—Cuenta con ello, mi capitán. ¿Se sabe algo más de la condesa de Huertapina?

—Se sabe que en el hospital de Bayona han rogado a su sobrino que se la lleve. Que es muy pesada y canta repetidamente, lo cual ha vuelto aún más locos a los que se hallaban ingresados, una canción que dice: *«un chien, deux chiens, trois chiens, quatre chiens, tous puf puf, tous tués, tous tombés, tous acribillés par un bum bum inesperé. Oh, oh, oh, mes quatre chéris chiens»*.

—Es tremendo lo que me cuenta, capitán.

—Dolorosísimo.

—La letra de la canción es triste y certera.

—Como la vida misma.

Sospechan de mí. Creo que lo mejor es hallar los cañones escondidos y comunicárselo a la Guardia Civil. Siempre se podrá argumentar que se colaron unos yihadistas y dispararon para culparme en venganza por no haber contratado a Abdul-Al-Samah. Mejor adelantarse a que te sorprendan sin pantalones y con el pito arrugado como cuello de tortuga.

Moranchel Expósito ha vuelto a dejarme un sobre. El contenido es conciso.

Cristián, he decidido hablar con la madre superiora. Lo haré hoy por la tarde. Más vale ponerse una vez amarilla que cien colorada. Reza por mí. Paula.

Y ni corto ni perezoso me he plantado en la capilla para rezar por mi amor. Para pedirle a Dios que no me la quite y que tenga fuerzas y sinceridad en la charla con la madre superiora.

Don Riquelme ha entrado en la capilla y, al verme orar con tan profunda devoción, ha iniciado un puchero y me ha abrazado con afecto y gratitud.

—Así me gusta, don Cristián. Así me gusta.

Nueva e inesperada llamada del capitán de la Guardia Civil.

—Se enredan las cosas. Hay barullo. Parece ser que alguien de la Iglesia anda metido en esto. El banquero andorrano certifica que los dichosos cañones fueron vendidos, de acuerdo con un presumible párroco, por la madre superiora Marta. Preguntado el banquero, que tiene pocos reñones, ha respondido que el presumible párroco era un tal Pujol Ferrusola y que la madre superiora es la señora legítima del padre de los Pujol. Sabemos que hay más cañones escondidos en espera de ser vendidos al Ejército Libertador de Cataluña, pero que, hasta la fecha, solo se han comercializado dos. La presumible madre superiora es, en nuestra opinión, una mujer de armas tomar.

—Gracias por su información, capitán. Me comentan mi guardia mayor y mi jefe de seguridad

que en la barranquilla de Olivomuerto hay indicios de huellas y movimientos.

—¿Olivomuerto?

—Sí, capitán. En un sopié de La Manchona, muy poco frecuentado por su desagradable situación. Para llegar hasta el punto que le indico hay que redoblar los esfuerzos.

—¿Y las huellas, a quién corresponden?

—De acuerdo con mis pesquisas, capitán, a terroristas islámicos. Son huellas de babuchas y zapatillas de deporte.

—Buen hallazgo.

Soy listo aunque parezca tonto. Cuando ordené enterrar y camuflar los cañones en Olivomuerto, mis palabras fueron tajantes. «Llevad babuchas o zapatillas de deporte. Las huellas son inconfundibles, y nadie en La Jaralera se ha calzado jamás con esas vainas».

Soy sincero. Me importan un bledo los cañones. Mi alma, mi cuerpo y mi inteligencia solo buscan, ahora mismo, volar como un ruiseñor hasta el monasterio y saber de qué hablan Paula y la madre superiora, que, por supuesto, no es la de los cañones.

Tomás irrumpe escamado en mi despacho.

—Señor, le llama una tal Paula.

—No una tal Paula. La señorita Paula.

—Ya me lo figuraba.

—Pues te lo figurabas mal. Cierra la puerta cuando salgas de este despacho.

—Está usted insoportable.

Tiemblo y agarro el teléfono.

—¡¡Paula!!

—Hola, Cristián. Me han dado permiso para llamarte. Todo está dicho y hecho. La madre superiora se ha portado como lo que es: una madre y superiora. Ha comprendido todo. Hay que hacer un papeleo en el obispado y acepta mi marcha. Me da mucha pena. Pero no puedo mentirme.

—¡Paula! No se me ocurre nada.

—Te cuento. Calculan diez días para recibir la venia del obispado. Durante ese periodo, seguiré viviendo al ritmo de mis compañeras. Confío en ti. Le he contado a la madre lo de tu invitación y me ha dicho que no hay señor más señor que tú. Te aviso para que, si no te molesta, vengas a recogerme.

—No voy a ir a recogerte. Voy a raptarte.

—¿Estás loco, Cristián?

—Nada loco. Es mi sueño. Pero no te preocupes. Le voy a pedir a la madre superiora permiso para proceder al rapto.

—Cristián... que me echo atrás.

—Nada, Paula, está decidido. Mañana voy a ver a la madre superiora y te rpto antes de que llegue la venia. No quiero que te vean salir como a María, la de *Sonrisas y lágrimas*, con la maleta y cabizbaja. Te van a raptar mis soldados. Y cuando te traigan al coche, ahí te esperará el jefe de la banda, que soy yo.

—La verdad es que parece más divertido tu plan que el mío.

—Mañana te veo, mi amor.

—Mañana te veo m... Cristián.

He convocado a mi Junta de Estado Mayor. Se trata de planear el secuestro de Paula. Para no humillarlo más, incluyo a Tomás entre los convocados. Nos reuniremos en treinta minutos en el guadarnés, bajo mi presidencia, Miroslav, Tine, Slutar, Novak, Nikola, Serguei, Tramos, Walter,

Tomás y Modesto, que se mueve algo languidecido por falta de amores.

Para no mosquear a don Riquelme, le he encargado a Pepillo que lo entretenga con las flores. Don Riquelme sabe mucho de jardinería. Pepillo también renquea de nostalgias, porque Flora está con los niños y Elena, en lugar secreto. Después de lo de Abdul-Al-Samah, toda precaución es poca.

Mis soldados, por afortunada indicación de Miroslav, lucen sus nuevos uniformes. Son de color caqui con cuellos verdes y botas altas en su versión de gala. Y con Panamá Jack en la indumentaria del día a día. Boina marrón con el escudo de casa bordado en oro, y en la tetilla izquierda la galleta con sus nombres y sus empleos. Coronel Miroslav, capitán Tine, teniente Slutar, teniente Novak, sargento Nikola, sargento Serguei y soldados de primera Tramos y Walter. Modesto luce el uniforme de guarda mayor y Tomás, el de mayordomo y ayuda de cámara jefe del servicio doméstico con la Encomienda de Sotoancho colgada de su cuello. Mis soldados.

Como buenos representantes de la extinta milicia yugoslava, puntuales. Todos excepto Tomás, que no hizo la mili por sus pies planos, se cuadran. Los siento en la Mesa Redonda. A mi derecha, Tomás, a mi izquierda, Miroslav, y el resto chico-chica, como se dice cuando no hay sitios establecidos en las mesas. Ninguno de ellos conoce mis planes. Y Miroslav, que es de Estado Mayor, tendrá que planear con urgencia el dispositivo del rapto de la novicia, al que he decidido denominar «Operación Fraülein María», para simplificar las cosas.

—Siéntense. —Me ha salido voz de general—. Señores: he hablado con la Guardia Civil. Se personarán aquí hoy por la tarde. Les he dicho que en Olivomuerto han aparecido los cañones de los Pujol. No hay problema. Cualquier grupo islamista ha podido entrar en casa, disparar y esconder los cañones. Se conformarán. Esta reunión tiene otro objetivo y cuento con todos ustedes para coronarlo con un éxito rotundo. Pasado mañana, lunes, nos repartiremos en tres coches. Viajaremos al monasterio de Manrique de San Lorenzo, del que soy caballero con capa y benefactor, y procederemos a secuestrar a una novicia. La novicia, previamente, nos dirá en qué lugar del monasterio se hallará para facilitar el rapto. Y con anterioridad a todo, mañana acudiré al monasterio para obtener el permiso de la madre superiora. No hagan preguntas. Será sencillo. Culminado el rapto, la novicia se acomodará a mi lado en el coche y retornaremos a La Jaralera. Se trata de la novicia Verónica, que en realidad se llama Paula. Carece de vocación, ha ingresado en la orden por penitencia, y me he enamorado locamente de ella. Amor platónico, Tomás, que te veo. No habrá denuncia de ningún tipo, pero tenemos que darle a la operación un ambiente romántico. Todos los secuestradores, es decir, la totalidad de los que nos encontramos aquí, llevaremos una capa negra. Slutar, te encargarás de comprar en Sevilla once capas negras y el mismo número de antifaces. El administrador te dará el dinero suficiente. Partiremos de casa a las diez de la noche. Un rapto de novicia a plena luz del día es una acción sin sentido. Miroslav conducirá mi coche. Que sea el Bentley, Miroslav. Y Tramos y Walter, los otros dos. Rasgos de la víctima: alta, flaca, con buenísima facha, manos maravillosas, pies estilizados, ojos verdes, andares de princesa y hábito marrón con el velo blanco. Es novicia. No confundir con otra novicia que tiene muchos granos en la cara, probablemente por ingerir muchos dulces. A la de los granos, ni caso. No interesa. No viene a cuento raptar a una novicia así. Nuestra novicia no opondrá resistencia. Conoce mis planes. El lunes por la mañana os ampliaré la información. Slutar, capas ligeras, con vuelo, no capas de abrigo. Y no olvidéis embozaros al entrar en el monasterio, con el fin de darle más emoción a la aventura. Mañana me llevará Miroslav al monasterio con el fin de ultimar, con la madre superiora y con la víctima, los detalles del rapto. Y ahora a trabajar, que os habéis quedado con expresión de bobos. Modesto y Tine, cuando llegue la Guardia Civil,

acompañad a los agentes hasta Olivomuerto. No importan las huellas dactilares. Lógicamente, si los habéis encontrado, es natural que estén vuestras huellas.

—Señor, lo suyo es muy fuerte.

—¿Qué es lo mío, Tomás?

—Lo de la novicia. Cuando se entere don Riquelme, se va de casa.

—Don Riquelme no se marcha de casa por nada del mundo.

—Señor, necesito una copa. ¿Quiere que le prepare una ginebrita?

—Gracias, Tomás, soy abstemio.

En el despacho, hablo con el capitán.

—Mi capitán, se confirma el hallazgo. Todos mis guardas han colaborado en el descubrimiento del escondite. Estos islamistas son listos, porque en Olivomuerto nadie que conozca la finca es capaz de esconder nada. Se trata de un paraje desagradable.

—A las cinco en punto estaremos ahí. Hay algo que me ronda la cabeza. El vendedor de Andorra asegura que el comprador era eslavo y usted tiene a su servicio a un porrón de ellos.

—En efecto, mi capitán. Pero todos son serbios, antiguos comunistas, nada creyentes. Miroslav, mi jefe de seguridad, me apunta que podría ser bosnio el comprador. Una mayoría aplastante de bosnios son de religión musulmana.

—Es un dato interesante.

—Estoy deseando perder de vista esos cañones. ¿Se sabe algo de la condesa de Huertapina?

—Nada nuevo.

—¿Sigue mochales?

—La última noticia que tengo de ella viene de su sobrino. Situación límite. Se lava los dientes cuarenta veces al día. Gasta dos tubos de Colgate cada veinticuatro horas. El sobrino, desesperado, porque según él, a este ritmo no va a heredar nada de nada.

—¿Me necesitará esta tarde, capitán?

—No es necesario. Con la guardería basta y sobra.

Me quedo tranquilo. Descubrí hace días una joya y quiero leerla. Se trata del *Cuaderno de caza* de mi abuelo, el VI marqués de Sotoancho. Yo vivo bien y no puedo quejarme, pero en aquellos tiempos, finales del XIX, el mahajará de Kapurtala era un pobre comparado con mi abuelo paterno, don Estanislao Ximénez de Andrada y Predios de Campos. Habla mal de Mamá, y tenía un maravilloso cocinero francés que se esmeraba en las monterías, monsieur Gumersinde, que, amén de cocinero con mucho carácter, era *maître chocolatier*.

—Tomás, la Guardia Civil no me necesita. Voy a encerrarme en mi despacho durante unas horas.

—Sigo en *shock* traumático con lo de la novicia.

—Anda, anda, aguafiestas.

CAPÍTULO 8
GUMERSINDE

«Ayer cazamos en La Manchona. Montería de tronío. Se exhibieron en el *tableau* cuarenta y cinco venados, catorce gamos, treinta y dos cochinos, dos lobos y diecisiete zorros. S. A. R. la infanta doña Eulalia es bastante fea, pero no yerra un disparo. Al contrario que S. A. R. la infanta doña Isabel, más taurina que cazadora. Las acompañaron desde Madrid los duques de Igueldo, el duque de Los Valles del Saja, el marqués de Fernamental, el marqués de Frómista, la marquesa viuda de Picciardo-Benetti, los condes de Tarabilla de la Sierra, el conde de Altos Velascos, el vizconde de Fruss y la condesa del Perellonet, que tiene fama de facilona y caliente, y que actuó de acuerdo con su fama. Muy puta.

Me escribió la Infanta Eulalia anticipándome que vendrían «acompañados de unas cuantas personas», que al final sumaron veintitrés, entre los anteriormente referidos, el servicio, la seguridad y el médico de las infantas, el famoso doctor Calabuig, de prestigio internacional. Como soy previsor y me conozco el paño, recomendé a monsieur Gumersinde que se excediera, sin perder la calidad de sus obras de arte culinarias, en la abundancia. Todos se alojaron en casa. Las infantas y los más allegados en la casa principal de La Jaralera y el resto en la Casona de los Cazadores. El vizconde de Fruss y la condesa del Perellonet cohabitaron en la misma habitación, lo cual escandalizó sobremanera a la marquesa viuda de Picciardo-Benetti, que anda detrás de Fruss por su inconmensurable fortuna. Es el único propietario de LYOF S. L., Lozas y Orinales Fruss, de gran aceptación en el mercado.

Les ofrecí en la cena:

Consommé Royal.

Hors d'oeuvre.

Croustades au salpicón.

Soupe à l'anglaise.

Noix de veau à la flamande.

Cotelettes de chevreuil à la sauce poivrade.

Ortolans en caisse.

Poulardes du Mans.

Jambon aux oeufs filés.

Légumes.

Salade Russe.

Cardons à la moelle.

Pouding avec sauce de groseille.

Parfait à la vanille.

Bavarois de chocolat Saint-Souci.

Vins:

Xérès, Graves, Château Lafite, Pommard, Porto et Champagne.

No dejaron ni una miga.

La tertulia se prolongó hasta bien entrado el día siguiente. Felicité al gran Gumersinde y le trasladé la felicitación de SS. AA. RR. Días más tarde supe que la infanta Eulalia le ofreció toda suerte de ventajas a cambio de llevárselo al Palacio Real, pero Gumersinde rechazó la oferta. Su Alteza, una pécora. Viene a casa a cazar invitada y me intenta levantar al cocinero.

A las nueve de la mañana, el desayuno, redactado en español:

Té.

Té con leche.

Café de Colombia.

Café de Colombia con leche.

Migas con huevos escalfados.

Rollitos de jamón serrano con huevo hilado en su interior.

Chocolate Dodin.

Picatostes crujientes.

Churros a la española.

Porras madrileñas.

Vinos:

Oloroso, Cream Sherry, Yquem, Anisette, Armagnac.

Y en la cesta del taco, se llevaron al puesto:



*Omelette à l'espagnole.
Délices de jambon Serrano.
Délices de saucisson de Pampelune.
Délices de pâté de canard.*

Délices de sardines à l'huile d'olive.
Mignardises au chocolat.
Mignardises aux marrons glacés et banane.
Poire.
Salade de chérimoles avec limes.
Vins:
Rioja Alavaise, Fino, Amontillado.

Las cestas llegaron vacías. Y a pesar de ello, los monteros dispararon con gran pericia. Durante el primer paso de las rehalas por los puestos de La Barranquilla, fueron sorprendidos por los perreros varios monteros y monteras en posición acuclillada y con el papel en la mano. Lógica respuesta intestinal a lo mucho que zamparon. Finalizada la montería, Gumersinde les ofreció:

Consommé parisien.
Petites bouchées à la reine.
Turbot avec sauce aux crevettes.
Perdreaux à la diplomate.
Pâte de Strasbourg à la gelée.
Punt à l'Imperiale.
Faisans flanqués de cailles.
Galantine de volailles aux truffes.
Asperges en sauce hollandaise.
Croûte au madère.
Bombe pralinée.
Feuilles de chocolat avec toffee.
Vins:
Xérès, Yquem, Château Margaux, Romanée, Champagne.

Y a las seis, carretera y manta, que bastante les había dado a esa pandilla de tragones, escrito siempre con el respeto que me merecen SS. AA. RR.

Me siento profundamente orgulloso del abuelo. He decidido buscar en el mercado laboral francés a un chef como Gumersinde. Complicada papeleta. Sintetiza muchas monterías, y a partir de 1920 —el abuelo falleció con noventa y nueve años—, más que de caza escribe de sus cosas. En sus apuntes de 1936, año de la guerra de Liberación —sí, sí, de liberación—, un año antes de fallecer a consecuencia de un empacho de «*Éclairs à la groseille avec pompons de chocolat de les cacaotiers de Rio Muni*», se recrea en el conocimiento de Mamá.

Hoy me he llevado un disgusto grande. La guerra va bastante bien y vamos ganando terreno poco a poco a los rusos. Mi hijo, el que será el VII marqués de Sotoancho, joven cabal, cristiano y caballeroso, me ha presentado a la que dice ser su novia. Una chica de Jerez con buena facha y rostro de pájaro que dice llamarse María Cristina Belvís de los Gazules y

Hendings. Me ha parecido muy chocante y simula una elegancia falsa. Por ejemplo, añade a la «ch» una «t» previa. Pronuncia «cotche», «tchófer» y «mutcho». Su padre, Jaime Belvís de los Gazules, es de buena familia, aunque más tiesa que una caña de lomo. Y he averiguado que Hendings, que parece apellido de «Mayfair», nada tiene de victoriano. El tal Belvís de los Gazules casó en secreto con la hija de Robert Hendings, el jefe de máquinas de un mercante inglés que se quedó en Jerez amparado por los Byass. Sucede que Hendings era bastante guapo y terminó engañando a todo el mundo. No obstante, mi principal preocupación es el futuro de mi hijo, al que pregunté de sopetón:

—¿Te gusta tu novia?

—No, Papá, me horroriza.

—En tal caso, ¿por qué es tu novia?

—Porque recuerdo haberme comportado con lujurioso proceder.

—Dale aire a la urraca.

—No puedo, Papá. Está embarazada.

—¿De ti?

—De mí, Papá. Después de una noche de mala feria, me la llevé a unos descampados de Pozoalbero y la hice mía. Unos besos.

—¿Te gustó?

—Papá, si me das a elegir entre repetir besos con ella o compartir lecho con una mona de Gibraltar, me veo en la cama con la mona de Gibraltar. Pero no es eso. La culpa ha sido mía, y un español se casa si el hecho del dudoso gozo conlleva la creación de un nuevo ser.

—Me complace tu señorío, pero vas a ser muy desgraciado. Te la ha metido doblada.

—Lo sé, Papá. Ya me aliviaré con los revuelos de los capotillos, pero mi dignidad me obliga. Si he dejado embarazada a Cristina, tengo que casarme con ella.

Mi hijo es un señor. Muchas copas hay que llevar en la sangre para cumplir con semejante ejemplar ornitológico. Pero me cansa hasta el descanso, y estoy seguro de mi muerte cercana. Le he dado mi consentimiento, a pesar de mi seguridad de que se casa con una mala mujer, y lo que es peor, con una impostora. Hendings es un apellido atroz.

Buen repaso a Mamá. Pero no me cuadran las fechas. Yo nací en febrero de 1938 y Papá le dice al abuelo que Mamá estaba embarazada en 1936. Mamá engañó a Papá con un falso embarazo. Posteriormente, y según me confesó mi padre, solo una vez fornicó con mi madre, y de aquel ajuntamiento conejil nací yo. Pero me alegra ser hijo de un señor español que hipoteca su felicidad por salvar el honor de una trepadora. Hoy me he enterado de todo este lío y me siento avergonzado. Va a resultar que Tomás es de mejor familia que yo.

CAPÍTULO 9
NEGOCIACIÓN

- Tomás, pregunta en la cocina si puedo cenar *perdreaux á la diplomate*.
- Me temo que no, señor.
- En tal caso, indaga si es posible que me condimenten unos *faisans flanqués de cailles* o una *galantine de volailles aux truffes*.
- Creo, señor, que es muy tarde para culminar esos platos.
- Bueno, lo entiendo. Pero me encantaría de postre una *bombe pralinée*.
- De postre, señor, tiene macedonia de frutas.
- Te encomiendo una empresa de muy difícil consecución. Si triunfas, cuenta con seis mil del ala. Los cocineros están bien, y se quedarían en casa de ayudantes. Pero quiero un chef francés, con bigote, mal carácter y que sepa satisfacer mis caprichos.
- Intentaré agradarle, señor, pero no tengo puñetera idea de cómo encontrarlo.
- Inténtalo, Tomás, mi querido amigo. Y mañana, desayuno a las ocho y media. Frugal. Salgo de viaje a Manrique de San Lorenzo. Creo que llegaré a comer.
- Bon voyage, monsieur le marquis*.
- Así me gusta, Tomás, así me gusta.

Me espera la madre superiora a las diez y cuarto. Le llevo un regalito, claro está. Me he adelantado por teléfono y esbozado muy superficialmente mis planes de rapto, y creo que ha sonreído.

—Qué cosas tiene usted, señor marqués.

Todo lo que no sea un rugido o un bufido, positivo.

Rezo. Pijama. Orfidal. Mortadelo y Filemón. Y un pensamiento en el alma.

—Buenas noches, Paula, mi amor.

La hermana portera me confirma que la madre superiora me aguarda en su despacho. Como caballero de la Orden con derecho a capa, paso a las dependencias prohibidas. La comunidad se halla en la capilla y se oye el runrún de los rezos. Paredes encaladas de blanco y las puertas de las celdas, de madera de roble con cuarterones. Al fin, el despacho de la madre, que me recibe con la más abierta de sus sonrisas.

—Don Cristián, bienvenido, pase, por favor.

Me sienta en una silla de madera, como la suya. La hermana portera nos abandona. Soy directo.

—Madre, ya sabe a lo que vengo. Siento un profundo cariño por la novicia Verónica. Desde el primer momento supe que algo le atormentaba y que estaba aquí más por penitencia que por vocación.

—Así es, don Cristián. Y también se ha ganado el corazón de todas las que formamos la comunidad. Nos duele sobremanera su marcha, de la que usted está enterado.

—Sí, madre. Se alojará en mi casa y no le faltará nada. Es más, tengo allí, a la vera del jardín,

una preciosa capilla del siglo XVIII.

—Cuando pronunció su nombre, me tranquilicé. La aspirante Verónica, que volverá a ser Paula, se merece todo lo bueno, y usted entra en ese todo.

—Gracias, madre. Pero no me gusta que tenga que esperar ese escrito del obispado. De ahí que haya decidido raptarla el lunes por la noche.

—¡¡¡Don Cristián!!! Algo me dijo, pero yo creí que era broma.

—Ninguna broma, madre. Abandonar un convento de acuerdo con las normas es muy triste y aburrido. Le recuerdo a la pobre Fraülein María en *Sonrisas y lágrimas*. Creo que lo más bravo y español es raptarla, como hizo don Juan Tenorio con doña Inés. Usted no se va a enterar de nada. Lo único que le pido es que no me denuncie. Aguarde la llegada del papelito y, cuando esté en sus manos, me hace llamar, vengo a recogerlo y todo arreglado.

—Es usted tan bueno con nosotras...

—Y más que voy a serlo. En la noche del lunes hará usted que la comunidad adelante sus horarios habituales. Vísperas, refectorio y descanso con dos horas de antelación. Permitirá a la novicia Verónica que haga su maleta. Para no mancillar la clausura, recomíendele un paseo por el jardín de las visitas. Ya noche cerrada, ocho espadachines embozados y con capa la raptarán, y con suavísimos empujones la llevarán hasta mi coche. A partir de ahí, madre, termina su responsabilidad para con Paula.

—¿Y qué les digo a mis monjitas?

—Que por un asunto familiar, la novicia Verónica tuvo que adelantar su marcha.

—Creo, don Cristián, que en la larga historia de las órdenes de clausura y contemplación jamás una madre superiora se había visto envuelta en un disparate como el que usted me propone.

—Yo no le propongo, madre. Usted se olvida y deja seguir su maravillosa vida contemplativa. Yo seré el responsable de los hechos.

—No sé, don Cristián.

—Madre, ella se va. ¿Qué le importa que lo haga como una novicia fracasada o como consecuencia de un trepidante rapto medieval? Con objeto de remozar el monasterio, con la mayor humildad le ruego que acepte este pequeño obsequio. Nada tiene que ver con su permiso. Se lo entrego de corazón. Un sobre con un lenguado de trescientos mil euros.

—Gracias, don Cristián. Pero no tiene mi permiso. Un rapto con permiso no es un rapto. Eso sí, cambiaré los horarios y aconsejaré a Paula un paseo nocturno por el jardín de las visitas. Con el calor que hace, me lo agradecerá. ¿Desea verla?

—No, madre. La veré el lunes, ya raptadita.

—Yo no sé nada de sus planes.

—No se preocupe.

—Que Dios le bendiga, don Cristián. Y a mí, que me perdone.

El fin de semana se presenta tranquilo. La Guardia Civil se ha llevado los cañones para examinarlos. Para mí que en el Ministerio del Interior no desean dar excesiva publicidad al asunto. Quedarían mal. Por muy Pujoles que sean los anteriores tenedores de las piezas de artillería, no parece serio que una familia les haya metido de matute dos cañones en España, vía Andorra. Por otra parte, la única afectada, la condesa de Huertapina, no está en condiciones de reclamar nada. Está como una regadera. Por ese lado, tranquilidad absoluta.

Tomás anda chismoso y desagradable. Y más aún después de haberle encomendado la

contratación inmediata de un chef francés con bigotes en punta de mosquetero y muy mal carácter. El hombre no sabe por dónde empezar.

—Para mí, señor, que me ha encargado lo del francés para retirarme de la operación del secuestro.

—No es así, Tomás. Pero lo he pensado mejor. Estás mayor, como yo, y un secuestro precisa de unas piernas y una cintura gráciles y muelles. Además, volveremos tarde y tú ya no trasnochas. Lo del cocinero francés con malísimo carácter es fundamental. Figúrate la grandeza del momento. Invito a una montería a mis amigos, y entre ellos a Luis de la Peña, que ya sabes cómo recibe en El Horcajuelo. ¿Cómo superarlo? Muy sencillo. Te hago llamar cuando estemos tomando la copa, y te suelto de sopetón: «Tomás, ordena de mi parte a Jean Ferdinand (nombre muy habitual entre los cocineros franceses), que mañana prepare para comer, terminada la montería, un menú ligero y sin importancia. Por ejemplo:

»*Tortues à l'anglaise.*

»*Consommé printanier à la Tsarine.*

»*Bouchées à la Monglas.*

»*Saumon avec sauce genoise.*

»*Roastbeef garni à la Pondale.*

»*Becasses sur canapé.*

»*Haricots verts liés.*

»*Charlotte aux pommes.*

»*Gâteaux cussi.*

»*Glace à la vanille Sotoanche.*

»*Et de vins, Pétrus, Hermitage Blanc, Vega Sicilia, Riscal, Porto et aussi liqueurs variés et que chaque invité sollicite lo que le salgue de les couillons o de le chichi.*

»¿Entiendes mi interés, Tomás? Después de esto dejarán de invitarme a las monterías, que, a la edad que tengo, me aburren cada día más. A mí lo que me gusta es que Emilio, un guarda mayor excepcional que no he conseguido quitarle a Luis, me acompañe en una torretita aguardando cochinos.

—Señor, los tiempos han cambiado desde su abuelo. Usted les da de comer todo eso a sus invitados y le retiran el saludo para siempre.

—No tienes mundo, Tomás. Ahora déjame, que voy a seguir leyendo al abuelo, precisamente.

—Le dejo, señor. Se me había olvidado. Llamó Rocío. Que está embarazada.

—Será de ti. Yo no le toqué ni un pelo.

—A eso se le llama puntería, señor.

—Esta Rocío nos ha salido rana. Que vaya al ginecólogo y que nos deje en paz.

Caray con la niña. De buena me he librado. Que Tomás apechugue con sus responsabilidades, si bien sospecho que el semental es uno de los rojos esos de las explotaciones sostenibles y las miradas de amor a los ojos de los islamistas.

Lo he pensado mejor. Visita a la capilla y oración para pedir un feliz desenlace en el secuestro. De paso, le doy gusto a don Riquelme, con el que tendré que contar en el futuro.

CAPÍTULO 10

RAPTO

Confundido con el abuelo y Papá. Vamos a ver. Papá besó a Mamá en Pozoalbero. Y Mamá le dijo que estaba embarazada. De ser así, mi gestación se prolongó hasta los veinticuatro meses, y para colmo, nací esmirriado y feo, cuando un poco más y nazco con pelitos en las piernas. Pero más que la absurda aceptación de mi padre, me extraña la dejadez de mi abuelo, que no indagó lo suficiente. Lo cierto es que Papá me contó que sí, que se casó obligado por las circunstancias, y que solo una vez, durante el año 1937, procedió a hacer uso de sus deberes matrimoniales, y que de aquel uso, nací yo. Un lío lo del beso en la Feria de Jerez.

Pero agua pasada no mueve molino. Lo que urge es el rapto y la contratación del chef francés. Voy a dejar a mis amigos patidifusos. A Luis de la Peña, al conde de Llobregat, al conde de Labarces... En España se ha pasado de los menús de Gumersinde al potaje. Migas de desayuno y potaje. Mi deber es hacer lo posible por recuperar las viejas costumbres de nuestra nobleza, empezando por los cazadores. En tiempos de Alfonso XII y Alfonso XIII solo cazaban los nobles; los políticos destacados y los millonarios con buena facha. Millonario feo no entraba en el Tomenló.

Tomás se mueve por Madrid buscando un chef francés de tronío, alcurnia y alto copete gastronómico, pero no lo encuentra. Me han soplado que Marcel de Champagnois tiene un gran cocinero en su casa de París. Marcel es multimillonario y bastante asno. Lo conozco desde que soy niño, porque su padre, Robert de Champagnois, era accionista de la Alcoholera del Guadiamar, de la que era presidente Papá. Por ahí tengo que apuntar.

Y mañana por la noche, el rapto de la novicia. Mi Paula. Capas y embozos dispuestos. Con los cañones se ha ausentado también la Guardia Civil y puedo dar algún tirito a las urracas. Me conviene adquirir fuerza y gracia en las piernas, aunque el riesgo físico del rapto lo protagonicen mis soldados. He ordenado a Tomás que vuelva. En unos días me desplazaré hasta París para robarle al memo de Champagnois a su chef. Así le podré ofrecer a mi amor cualquier noche que no haya nada que celebrar:

Potge à la tortue lié.

Saumon du Rhin garni d'écrevisses.

Jambonneau de Biarritz avec melon de Canteloupe.

Foie-Gras de Bellevue.

Walesky au moka.

Notará una leve diferencia entre este menú y el del monasterio, sin duda alguna.

Así que paseíto con la «Purdey» de Papá, la siempre sosegada compañía de Miroslav y Modesto, y a tumbar urracas, que me caen fatal.

—¿Me ha mandado llamar, madre?

—Sí, hija mía.

—¿Han llegado los papeles del obispado?

—No. Y no se trata de eso. Hoy es lunes, hermana Verónica. Y han llegado a mis oídos rumores, o chismes, o bulos, de que esta noche unos mosqueteros muy raros te van a raptar.

—Las locuras del marqués, madre.

—He accedido a liberarte de algunas oraciones y deberes. Con el calor que hace, esta noche pasearás por el jardín de los invitados. Y cuando menos te lo esperes, te capturarán.

—Madre, estoy empezando a sentir miedo.

—Ya no hay vuelta de hoja, hija mía. Moranchel Expósito abrirá la puerta a las diez. Procura esperar sentada en el banco de piedra, a la vera de la fuente. No lloves nada. Recogerán tus cosas el martes. Y sobre todo, no grites. El jardín no dista mucho de las primeras casas del pueblo y la noche es muy traidora con los sonidos.

—Madre, ¿puedo arrepentirme y quedarme?

—No, Verónica. Te quedarías a disgusto. No puedes perder esta oportunidad que te da la vida. Todas te adoramos y te echaremos de menos, pero sabiendo que vives a la sombra del marqués, nuestra tristeza se aliviará.

—¿Puedo abrazarla, madre?

—Por supuesto que sí, Verónica. Y muy fuerte.

—¿Me daría la bendición?

—Estás bendecida desde el día que naciste.

—Siempre la llevaré en mi corazón.

—Como yo a ti. Y ahora, anda y desaparece de mi vista, que no veo bien y las lágrimas no ayudan.

—Soldados míos. He decidido, para no comprometer el resultado de la operación proyectada, aguardar aquí en casa vuestra vuelta. Julio el Rastrojero esperará despierto para abrir la cancela principal. Y pulsará tres timbrazos de aviso. Miroslav, aunque yo no acuda, llevarás el Bentley para que la ya señorita Paula viaje con todas las comodidades. Tomás y Modesto tampoco intervendrán. Miroslav en la puerta del monasterio con el coche en marcha. Al volante de las dos camionetas de apoyo, Tramos y Walter. Novak, Nicola y Serguei tomarán posiciones en el camino que lleva al pueblo, para evitar intrusos y curiosos, y Tine y Slutar accederán al jardín, cuya puerta estará sin candado y capturarán, con muchísimo cuidado y sin brusquedades, a la señorita novicia. Todavía lo es. Ella estará pendiente y no se asustará. Es fundamental que, llevado a cabo el rapto y antes de emprender el regreso a casa, os quitéis las capas y los embozos. Ante todo y sobre todo, muchísimo cuidado con ella. Que no sufra y, menos aún, se asuste. Mucha suerte a todos.

—Señor, ¿podemos iniciar la operación?

—Permiso concedido, Miroslav. Mucha suerte.

—Gracias, señor. Oficiales, suboficiales y soldados. Por la antigua Yugoslavia. ¡Viva España!
¡Viva Yugoslavia!

—¡¡¡Viva!!!

Un momento emocionante. Tomás no volverá hasta mañana. Recorro a María.

—María, necesito un whisky. Si eres tan amable, me llenas el cubo de hielos, y puedes

desentenderte de mi persona. Estoy muy nervioso. Prepara de dulce de membrillo el cuarto azul. Hoy va a dormir ahí, y espero que durante mucho tiempo, un ángel bueno.

- Qué emocionante, señor.
- Sin alas, pero ángel.
- Lástima de falta de alas.
- Los ángeles no tienen alas, María.
- Me lo figuraba, señor.
- Y no vuelan.
- Sin alas, es lógico que no vuelen.
- Y no tocan las trompetas.
- Menos mal, señor.
- Gracias, María.
- Si necesita algo, me llama.

Diez minutos lleva la novicia Verónica sentada en el banco de piedra a la vera de la fuente. Se inquieta por el retraso. Al fin unos pasos. Es su compañera y amiga, la novicia Estefanía, que es muy simpática e inoportuna.

- Eres una fresca, Verónica. Te has escaqueado del refectorio.
- No, Estefanía. He pedido permiso a la madre superiora porque me encuentro algo mareada.
- No te preocupes. Yo te acompaño y, cuando estés bien, subimos a la celda.
- No, Estefanía. Déjame sola, que ando también tarumba de los nervios.
- Tarumba, tarumba. Yo a ti no te dejo.

Tine y Slutar, como buenos oficiales del extinto Ejército de Yugoslavia, fueron formados en la Academia Militar y no han olvidado que, en caso de contratiempos en los planes, los oficiales están obligados a tener iniciativa. Eso pensó Tine cuando Slutar, con voz pianísima, le informó:

- No hay una novicia. Hay dos. ¿Qué hacemos?
- Todo menos volver de vacío. Yo me ocupo de la flaca y tú, de la redondita.

Ante la visión de dos embozados vestidos con capas negras, la novicia Estefanía abrió los ojos horrorizada e inició la emisión de un alarido. La fuerte mano izquierda de Slutar canceló su boca, mientras la aupaba en volandas camino de la puerta. Paula se limitó a mirar a Tine, que le indicó el camino a seguir.

Slutar forcejeaba con la gorda para introducirla en el coche. Paula intervino:

- Es a mí, no a ella. Dejadla inmediatamente.

Slutar soltó a la gordita, la cual corrió hacia el jardín comiéndose las lágrimas y el silencio. Previamente, Miroslav le había advertido:

- Si grita, le rompo el pescuezo.

Los tres coches partieron a toda pastilla hacia La Jaralera. La novicia Estefanía irrumpió en el refectorio. Lloraba amargamente.

- ¡Madre, madre, han secuestrado a Verónica!

Calculo que en una hora estarán de vuelta. No puedo cenar. Tengo el estómago cerrado. Los

nervios me traicionan. Don Riquelme entra en el salón.

—¿No cenamos esta noche, don Cristián?

—Usted sí, don Riquelme. Yo no puedo. Ando subido de nervios. ¡¡María!!

—¿Me llamaba, señor marqués?

—Sí, María. Don Riquelme está sin cenar.



"... MIENTRAS LE AUTABA EN VOLANDEAS..."

—Ahora mismo le sirvo lo que le apetezca.

—En unos meses, va a flipar, don Riquelme. Estoy en tratos con un chef francés, que en una noche como la que estamos viviendo le podrá ofrecer en quince minutos unos *médallons de foie-gras truffe au sauce de framboises de la forêt d'Avignon*.

- Yo, con una tortilla francesa, voy que chuto.
- María, una *omelette à la française pour notre chéri* Père Riquelme.
- Esta casa está enloqueciendo, señor.
- Por eso es diferente.

Llamada urgente de la madre superiora. Me tiemblan las canillas.

- ¿Madre?
 - Don Cristián. Hay problemas.
 - ¿Con Paula?
 - No, con la novicia Estefanía. Ha presenciado el rapto y han intentado secuestrarla también.
 - ¿Y qué hacía allí la novicia Estefanía?
 - Según ella, consolar a Paula.
 - ¿Vienen con ella?
 - No, dejaron que escapara, pero uno de sus hombres la amenazó con romperle el pescuezo. Ya la hemos tranquilizado. He puesto en conocimiento de la comunidad que Paula se ha marchado voluntariamente. Pero Estefanía lo está embrollando todo. Que si espadachines con capa y embozo, que si tal, que si cual. Le he ordenado silencio total y le he dicho que ya me encargaré yo de hablar con la Guardia Civil.
 - ¿Y Paula?
 - Nada. Como era de esperar no opuso resistencia y va hacia su casa. Creo que en unos días sería conveniente que nos visitara y calmara a Estefanía.
 - Por supuesto, madre, y siento lo que ha ocurrido.
 - Lo más grave ha sido la amenaza de romperle el pescuezo a Estefanía.
 - Averiguaré quién ha sido y tendrá su merecido.
 - Gracias, don Cristián.
- Lo había advertido. Nada de raptar a la novicia gorda y granulada que come dulces. Las incursiones bélicas no siempre salen de acuerdo al proyecto. Si esta novicia Estefanía no se hubiera presentado donde nadie le había pedido que se presentara, no se habría armado este pifostio. No me ha gustado que uno de mis hombres haya amenazado a una novicia asustada con romperle el pescuezo. No son maneras.
- Tres timbrazos. Me avisan de la puerta principal. Salgo a recibirla.

Viene vestida de monja. Pero me abraza. Está pálida.

- Cristián, ha sido un desastre.
- Ya me lo ha contado la madre superiora, por teléfono.
- Estefanía es muy buena, pero muy pesada, y se empeñó en acompañarme.
- Lo sé.
- Gritó asustadísima. Y uno de los tuyos la amenazó con romperle el pescuezo.
- Todo se arreglará, mi vida.
- Eso espero.
- ¿Quieres darte un baño en tu nuevo cuarto?
- Antes tengo que conocerlo.
- Yo te guío.

No ha traído muda. Mañana recogerán sus pertenencias. Cuando ha entrado en su cuarto, ha suspirado. Ahí tiene todo para estar cómoda. Y el cuarto de baño le ha parecido esplendoroso.

—¡Con agua caliente!

—Mientras te bañas, o te duchas, hablaré con el comando chapuza que te ha raptado. Le diré a María que prepare un aperitivo. ¿Estás contenta, Paula?

—A pesar de todo, estoy muy bien, Cristián.

Y me ha besado la mejilla derecha.

Miroslav me informa.

—Señor, ha habido un contratiempo. Junto a la novicia señorita Paula se hallaba otra novicia, llamada Estefanía. Slutar decidió no interrumpir la operación. Ella gritaba. La señorita Paula ha demostrado una serenidad admirable. La otra no se calmaba, y me he visto en la triste obligación de advertirle que si seguía en plan histérico, no tendría más remedio que romperle el pescuezo.

—¿Has sido tú, Miroslav?

—Experiencia de la guerra yugoslava. Ocupamos la aldea croata de Viriadnik sin resistencia por parte croata. La gente estaba tranquila y sin miedo. Pero una mujer joven empezó a gritar. Para evitar el contagio del histerismo, me acerqué hasta ella y le dije:

»“*Pirodvia shuniak, ti valakum staele*”. Más o menos, “si no te callas, te corto una oreja”. Mano de santo, señor. Se calló, se calmó y terminamos, al cabo de los días, siendo muy buenos amigos. Creí conveniente callar a la novicia intrusa con una amenaza medida.

—Hiciste bien, Miroslav. Pero lo del pescuezo sobraba.

—Tuve que elegir la advertencia en un segundo. Pude decirle que de no callarse le daría una patada en el culo, pero no me convenció. Pude decirle que, de seguir gritando, le daría un puñetazo, pero no me pareció correcto con una novicia. Y recordé a mi María, una noche que llegué a nuestro cuarto algo bebido, que me dijo: «Mi coronel, otra tajada así y te corto el pescuezo». Me gustó lo del pescuezo. Y como habrá usted confirmado, acerté plenamente.

—Pensaba arrestar al autor de la amenaza, pero creo que sería injusto. ¡Bravo, Miroslav!

—Gracias, señor.

—Mañana recoges las pertenencias de la señorita Paula. Y si puedes hablar con la superiora, le dices que visitará a la novicia Estefanía. ¿Te vio el rostro?

—No, señor. Iba embozado.

—Bravo y bravo, mi coronel.

CAPÍTULO 11

MI AMOR, EN CASA

He dormido como los ángeles. Es lógico, por cuanto uno de ellos lo ha hecho muy cerca de mí. Estoy deseando llevar en el *jeep* a Paula para que conozca la finca. Son las siete de la mañana. Bajo a prepararme un café —Tomás está llegando de Madrid y María se levanta a las ocho— y me topo con Paula, vestida de novicia, en el *office*. No lleva el velo y su pelo corto embellece aún más sus facciones. Cuello de cisne.

—Hola, mi amor. Te creía dormida.

—Mis horarios son duros, Cristián.

Y me ha besado en el carrillo derecho, que parece ser que le gusta más que el izquierdo.

—A las ocho, Miroslav parte hacia el monasterio. Recogerá tus cosas y se disculpará con la madre superiora.

—Me tranquiliza. No creo que recoja mucho porque no tengo nada.

—Vamos a Sevilla. Y compramos todo El Corte Inglés.

—Exagerado. Pero antes te tomas el café que te he preparado y me das una vuelta por La Jaralera.

—Te va a sonar muy raro lo que voy a decirte. Te hice una promesa y no pienso romperla. Jamás te agobiaré. Pero quiero que sepas que todo lo que vas a ver, las dehesas, los sembrados, las sierras, los sotos y las reses, todo, absolutamente todo, es tuyo.

—¡Cristián, no me digas esas cosas!

—Todo. Y más aún. No vamos a Sevilla. María, tu doncella, tiene un gusto estupendo. Mucho mejor que el de mi madre, que en paz no descansa. Es también costurera. Le doy dinero y Pepillo la lleva a Sevilla. Lo que te guste te lo quedas y lo que no te guste, lo cambiamos. Necesitas vaqueros ajustados...

—¿Ajustados?

—Muy ajustados, mi amor. Y pantalones, y camisas, polos, zapatos, botas y claro está... cuquis.

—¿Cuquis, Cristián?

—Sí, mi amor, bragas. ¿Prefieres bragas o tangas?

—Por favor, Cristián, que me muero de agobios y fatigas.

—Yaj, yaj, yaj. Tenemos que hablar de todo, mi vida.

—Pero tan de golpe...

—No vas a pasarte la vida con ese hábito.

—Es verdad. ¿Qué son los o las tangas?

—Te lo explico someramente. Unas braguitas que, en lugar de cubrir la mitad de cada glúteo, dejan el culo al aire y se comunican con la parte delantera mediante un hilito de tela que pasa por la zona del pecado.

—¡Cristián, que me muero de vergüenza!

—Yaj, yaj, yaj. Así que María te medirá todo y te comprará braguitas y un tanga.

—No puedo ponerme eso.

—Ahora lo llevan todas las chicas de tu edad.

—¿Me das la vuelta por el campo?

—Te la doy, mi amor. Y a las nueve estamos aquí, María te mide y sale para Sevilla.

Un inconveniente imprevisto. Don Riquelme, al ver a Paula, se ha detenido.

—¿Qué hace una religiosa a estas horas y en esta casa, don Cristián?

—Era religiosa. Más bien, aspirante. No tiene vocación. Ingresó por unos pecadillos de juventud. Como caballero de la Orden de San Lorenzo con derecho a capa, como los de San Huberto y la Orden Constantiniana de San Jorge, los de Santiago, Calatrava, Alcántara, Montesa, Santo Sepulcro de Jerusalén, Orden de Malta, Nobleza de Asturias, y demás órdenes de caballería cruzadas, mi obligación es velar por mis monjas de Manrique de San Lorenzo. Y Paula vivirá con nosotros en la más estricta virtud.

—Me preocupa. ¿Y ha venido en taxi o andando?

—La rapté ayer por la noche con la venia de la madre superiora.

—Ohhh, ohhh, ahhh.

—Don Riquelme, decídase entre el ohhh o el ahhh.

—Ohhh.

—Bien de acuerdo. No piense mal.

—Ahora entiendo su lectura de *Don Juan Tenorio*.

—Una casualidad.

—Y tú, hija. ¿Cómo has podido proceder así?

—La madre superiora me recomendó que, sin la vocación precisa, lo mejor que podía hacer es abandonar el convento y secularizarme.

—Tendremos tiempo para aclarar esto. ¿Y la raptó?

—Sí, don Riquelme.

—Ohhh.

—Y ahora con su permiso, mientras usted desayuna, voy a enseñar a Paula La Jaralera. Cuando vea a María, que esté preparando nuestro desayuno a las nueve en punto. Y que se pertreche de elementos de medición corporal.

—Ufghh.

—Padre, prefiero el «ohhh» al «ufghh». Doloroso para glotis.

—Ohhh.

En el *jeep*. Paula con los ojos iluminados. Tiene reaños. Lo ha demostrado con don Riquelme. La dehesa. Las reses aún no han decidido encamarse y se mueven por todo el campo. Una cochina con sus rayones. La Albariza, el Guadalmeccín, el Puente de los Plumbagos, el lago, la Casa de los Cazadores, La Manchona, el Cerrillo de la Infanta y, de vuelta, el Soto de las Oropéndolas.

—Aquí, Paula, te lo confieso, he hecho el amor en alguna ocasión.

—No tengo ningún derecho a juzgar tu pasado. Y entiendo que lo hayas hecho. Este lugar es maravilloso, excitante.

—¿Estás contenta?

—Había prometido moderar mis reacciones. Pero, sí, Cristián, creo que voy a ser muy feliz aquí.

Es la vida rara y caprichosa. Lo malo llama a lo peor y lo bueno, a lo formidable. Paula está en casa. Tomás ha vuelto de Madrid, fracasado pero feliz al saber que he tomado las riendas del caso del cocinero francés. Ha llamado al capitán de la Guardia Civil. Han detenido en Londres al canalla de Abdul-Al-Samah, con toda suerte de explosivos. Y aprovechando que el Canal de La Mancha ha ensanchado con el Brexit, por intereses políticos y para no alamar a la ciudadanía, el capitán ha recibido la orden de dar por cerrado el asunto de los cañones. Dada la confusión creada, el juez ha concluido que se ha tratado de un atentado fallido de Abdul-Al-Samah y ha solicitado a las autoridades británicas el permiso para viajar a Londres e interrogarle allí, pero el capitán calcula que, de acceder a la petición, transcurrirán más de diez años, lo cual tranquiliza sobremanera. Me he interesado por la salud de la condesa de Huertapina y el capitán se ha mostrado poco optimista:

—Su sobrino, el que va a heredar a la condesa, me informa de que está completamente loca. Se encuentra en fase de pato. Se pasa el día en el agua y solo se acuerda de decir «cuá-cuá». Por su larga permanencia en el agua tiene la piel arrugada y se espera un pronto fallecimiento de la condesa, lo cual sería lo mejor para todos.

Así que las circunstancias y casualidades me conceden el sosiego suficiente para viajar a Francia en pos del cocinero de Marcel de Champagnois.

—Tomás, todo en orden. La señorita Paula ha caído como los ángeles. Habla mucho con don Riquelme, que parece dispuesto a comprender su fuga. Los cañones hay que olvidarlos. Y viajo mañana a Colombey-les-Cinq-Églises, a visitar a mi querido amigo Marcel de Champagnois. Vigila que María se ocupe personalmente de la señorita Paula. Ella no me acompaña porque no quiere dar escándalo.

—Me parece una medida muy acertada, señor.

—A las doce y media despega de San Pablo el Sevilla-París, y me manda Marcel un coche para recogerme.

—Señor, va a cometer una traición.

—Él haría lo mismo. Menudos son los franceses...

—Creo que comete un error. Nuestra cocina está muy bien trabajada.

—Y seguirá igual. Pero hay que volver a los tiempos del abuelo, y *les oeufs avec galantine et petit pois à la beurre d'Avignon*.

—Es usted, querido señor, y se lo digo con todo respeto, más cursi que un repollo.

—*Repouillet*, Tomás, *repouillet*.

Cena armónica. Gazpacho sin ajo —en casa está prohibido el ajo— y filetitos de merluza rebozada con patatas fritas en cuadraditos y guisantes. De postre, tarta de manzana.

—Qué bien se come en esta casa, Cristián.

—Qué bien se come si estás tú en la mesa, Paula.

Le he concedido a Paula la cabecera de Sevilla. Se la merece. De esa forma elimina los fantasmas de Mamá, acumulados durante tantos años.

—Mañana te dejo sola por unos días.

—Que sean pocos, Cristián.

—María se ocupará de todo.

—No me falta nada. Me sobra. Me faltarás tú.

—Será un abrir y cerrar de ojos.

—Ojalá, Cristián.

—Ahora que se ha retirado don Riquelme, puedo decirte que te quiero.

—Yo, todavía, no.

—¿No puedes decirme que me quieres?

—Puedo quererte, pero no decírtelo.

—Me gusta la prudencia.

—A mí, la verdad, empieza a cansarme.

—¿La prudencia?

—Sí, Cristián, la prudencia.

CAPÍTULO 12
PIPET DE LAGARDE

No embarcaba en un avión desde mi última visita a Londres para hacerme camisas. No temo volar, pero prefiero pisar la tierra. Vuelo agradable y placentero y a las dos horas y una propina de minutos, París. La sensación de aterrizar en el viejo Orly es la misma que hacerlo en un aeropuerto de Nigeria. Está lleno de negros que van y vienen. Me miran como si fuera un extraño. Al fin, un chófer, también negro, me aguarda después de recoger las maletas.

—*¿Monsieur le marquis de Sotoanche?*

—*Moi même.*

Me toma la maleta y me acompaña hasta el coche, un Citroën de alta gama.

Como no domino el francés, simulo sueño y cierro los ojos.

—Tagdaguemos una hoga, señor.

—¿Habla español? ¿Cómo se llama?

—Mi nombre es Ngonzi, y hablo español, pego no sé pronunciar la «e».

—¿Dónde aprendió a hablar en español?

—En Algeciras. Cuando nos guescató un bagco de la patega, estuvimos confinados en Algeciras un año entero. Y aprendí español. Y no solo eso. Me casé con una española muy gorda paga que me diegan el permiso rápidamente. Me diegan el permiso y me escapé de la gorda.

—¡Hombre, Ngonzi!... Eso no está bien.

—La gorda era teguible. A todas hogas del día queguía candela y Ngonzi no daba abasto.

—¿Era muy gorda?

—Gordísima. Se llama Gosagio.

—¿Vive en Algeciras?

—Con todo guespeto, señor, ahoga mismo no tengo puñetega idea dónde vive la gorda. Si desea dogmig, duegma tganquilo. Yo le despague al llegar.

—*Monsieur le marquis*, estamos a punto de entgar pag la puegta principal de Chateaux Champangois.

—Gracias, Ngonzi.

—Y si no me equivoco, el señor le está espegando paga recibiglo a pie de coche.

—Lo veo, lo veo. Gran amigo, mi querido Marcel. El señor habla mejor el español que usted. Pronuncia las erres.

—Paga mí, las «egues» son imposibles.

—*Bienvenu*, Cristián.

—*Bienhallé*, Marcel.

—Si te parece, hablamos en español porque tu francés no ha progresado.

—Hasta que rompa. Si rompe, hablo como Voltaire.

—¿Qué te trae por Colombey-les-Cinq-Églises?

—Los deseos de visitar a un buen amigo.

—¿Te gustaría cazar un corzo?

—No, querido Marcel, muchas gracias. He tenido muchos problemas en casa y he pensado en el maravilloso bosque que tienes para pasear. Estoy enamorado.

—¿A tus años, Cristián?

—A mis años.

—¿Qué edad tiene?

—No llega a los veinticinco.

—¡Caray! ¡*Sapristi!*

—Y era novicia.

—¡Oh, *mon Dieu!*

—Y la secuestré de su convento.

—Olalá, olalá.

—Y necesito reflexionar. ¿Sigues teniendo al gran cocinero?

—Bueno, tampoco es para tanto. Además, por advertencias médicas, como muy poco. Carne a la plancha, pescado hervido y, por la noche, una tortilla francesa y una pera. No doy fiestas y el cocinero se quiere marchar. Y lo estoy deseando, porque su sueldo es altísimo. Pero no hay ningún idiota dispuesto a hacerle una oferta.

—¿No te ofrece *consommé printanier à la Tsarine*?

—Jamás, Cristián. No se lo permitiría.

—¿Y *perdreaux à la diplomate*?

—Lo expulsaría instantáneamente.

—¿Y *bombe pralinée*?

—¿Qué tontería, Cristián! Además tiene un carácter horrible y no es francés.

—¿Cómo se llama?

—Leonardo Pérez Bru. Es de Huesca.

—¿De Huesca?

—De la capital. Huesca capital. Aquí se hace llamar monsieur Pipet de Lagarde, pero se llama Leonardo Pérez Bru, y es de Huesca.

—Qué decepción.

—¿Por qué te interesa tanto mi cocinero?

—Me habían contado maravillas de su magisterio culinario.

—Se referían a su antecesor, Ferdinand. Aquel era un genio. Por su culpa tengo el hígado excesivamente poblado de transaminasas. Si alguien hubiera intentado levantarme a Ferdinand, lo habría asesinado con mis propias manos. Pero me faltó valor para el magnicidio. Se marchó con los príncipes de Mónaco. Vino a cazar el príncipe Alberto un corzo y se llevó al corzo y a Ferdinand. «*¡Fils de la grande putain!*», le grité cuando me despedí de él.

—¿Y cómo reaccionó?

—Me sacó un dedo por la ventana del coche. ¿Qué te apetece comer? Yo tengo que consolarme con un mero hervido y espinacas. Pero tengo latas de todo tipo. Haré llamar a monsieur Pipet. ¡Zgongi! Avisa a Pipet de Lagarde. Le esperamos en la pergolilla de Marie Antoinette.

—*Inmediatement, monsieur.*

Por los suelos. La moral por los suelos. Ni buen cocinero, ni francés, ni Pipet de Lagarde. Leonardo López Bru, de Huesca capital.

La pergolilla de Marie Antoinette no tiene gracia alguna. El bosque donde se ubica es

grandioso, pero he estado en pergolillas mejores, sin ir más lejos, la de casa, donde a Mamá le dio el definitivo pipirlete.

Marcel me habla con afecto. Siempre hemos simpatizado. Marcel es elegante de ropa gastada, que es la más elegante de todas. Su cuerpo guarda las mismas medidas que las de su padre, y le sirven los trajes, las chaquetas, los pantalones, los zapatos y las camisas de su hacedor, que, a su vez, llevaba la ropa del abuelo de Marcel. Es mi envidia. Yo no pude heredar la ropa de Papá, porque mi padre medía menos que yo, y al final de su vida, engordó bastante. Hablamos de Macron y esas cosas, y está contento, aunque en el fondo, Marcel es partidario del padre de Jean-Marie Le Pen. Pero la política hay que dejarla de lado entre amigos.

Se acerca una especie de hámster a toda pastilla. Es monsieur Pipet. Marcel, desde un principio, le quita la máscara.

—Leonardo, le presento a su compatriota, el marqués de Sotoancho, mi invitado.



—Hmmm —emite mientras me ofrece su mano.

—Encantado, Leonardo.

—El señor marqués desea saber qué puede comer que no sea el mero hervido con espinacas.

—Yo le ofrecería unos buenos *hors d'oeuvre*. Atún en aceite, aceitunas rellenas de pimiento,

rollos de jamón de York con salsa *catsup* en su interior, almendras de Alsacia, avellanas de Normandía, sardinas en escabeche y mejillones en su jugo.

—¿Te parece bien, Cristián?

—Me parece estupendo. ¿Dónde estudió usted gastronomía, Leonardo?

—Fui tercer ayudante en Le Grand Véfour de París.

—Se nota.

Personaje antipático y un farsante de cuidado. Renuncio a dejar sin cocinero a Marcel. Y si renuncio al único objetivo de mi viaje, lo lógico es que me vaya cuanto antes a abrazar a Paula.

—Marcel, ahora que lo recuerdo. Tengo que estar en Sevilla esta noche. ¿Me llevaría Ngonzi al aeropuerto inmediatamente después de comer?

—Por supuesto, Cristián. Siento que tu visita haya sido tan breve.

—Es que tengo una cabeza...

Lo mejor de los entremeses, sin duda, las almendras de Alsacia y las avellanas de Normandía. Estaban en su punto. Los mejillones olían a enlatados en el siglo anterior y las dos sardinas tenían un colorcito, que vaya, vaya. Eso sí, estupendas las aceitunas rellenas de pimiento. Verdes y con los pimientos rojos. De postre, una pera y café cortado. Sin deshacer la maleta, me he despedido de Marcel.

—Marcel. Cuida a monsieur Pipet. Gran cocinero. Y una garantía contra la cirrosis. A propósito, he echado de menos un buen vino.

—No tengo. Como yo no puedo beber, aquí no bebe nadie.

—Muy francés.

—Muy, efectivamente.

—Gracias por acogerme, Marcel. Espero verte muy pronto.

—Te devolveré la visita. Ya tienes ahí a Ngonzi dispuesto a devolvete al aeropuerto.

Un abrazo medido y hacia el coche. Ngonzi me comenta:

—Señog, paga lo que usted ha hecho, lo mejog habgía sido que se citagan en Ogly. La visita ha sido muy cogta. Le llevo a toda leche al aegopuegto.

—¿En una hora estaremos allí?

—Un poco más. ¿A qué hoga sale su vuelo?

—El primero que despegue lo hará conmigo.

—Pues abgóchese el cintugón. ¡A Ogly!

Las cinco menos veinte y en Orly. Durante el trayecto, con el volante a una sola mano, Ngonzi ha confirmado un vuelo a las cinco y media a Sevilla, ha reservado la plaza, y aquí estoy, en la cola de embarque.

—Ngonzi, si algún día quiere volver a España, tiene trabajo asegurado en mi casa.

—Muchas gjacias, señog. Pego deduzco que usted vive en Sevilla, cegca de la gogda asquegosa.

—Si se atreviera a entrar en mi casa, mi ejército yugoslavo se lo impediría.

—De todas manegas, me ha encantado segvigle y conoceglo. Si algún día vuelvo, mi pgimeg lugag segá su casa.

Le he dado una propina a la española. La propina a la española consiste en dejar una gratificación que equivalga, como poco, a la cuarta parte del sueldo que percibe el receptor durante un año. Y como Marcel es tacaño, creo que me he pasado. Al mirar los billetes, Ngonzi ha sido expresivo hasta el límite del júbilo.

—Señog, esto es impgesionante. No me había pasado nada igual en la vida. Con estos eugos soy

gico. Es usted un cgack. Nunca lo olvidagué. ¡¡Jodeg!!

Y Sevilla. Para dar una sorpresa a Paula, no he avisado. Taxi y a casa. El Rastrojero me abre la cancela de entrada.

—Creíamos que llegaría pasado mañana, señor.

—Viaje relámpago, Julio. ¿Se sabe algo de Carmelilla?

—Ahí está, ha salido de cuentas. Voy a ser abuelo en muy pocas horas, señor.

—Te mando a Walter para que vigile la entrada y te vas a toda pastilla al hospital. Y sea la hora que sea, me llamas cuando nazca.

—Gracias, señor.

Julio era de Gordillo y Cañamero. Un tipo que abrió los ojos a tiempo. Y es el padre de Carmela, mi Carmelilla, que me puso los cuernos con Stanislav, el primo de Miroslav, que canta canciones eslavas.

—Tomás.

—¡¡Señor!!! ¿Ya de vuelta?

—De triunfante retorno, Tomás. El cocinero francés no era francés ni cocinero.

—Me alegro. En esta casa se come muy bien.

—¿La señorita Paula?

—Cenó pronto y se ha recogido en su cuarto.

Acudo al cuarto azul. Golpeo la puerta.

—¿Quién es?

—Yo.

—¿Tú?

—Yo.

Abre. María le ha ajustado un pijama, creo recordar que de Marsa. Está guapísima.

—No podía estar más horas sin verte y he comprado un avión para darte las buenas noches.

Y ha pasado. No lo que la gente sin imaginación se figura. Ha pasado que Paula se ha abrazado a mí, me ha besado dulce y largamente en los labios y ha roto a llorar de alegría.

—Y ahora déjame, mi amor. Sí, mi amor. Ahora déjame y mañana desayuno contigo. María ya me ha tomado todas las medidas. Déjame ahora, Cristián.

—Solo quería darte las buenas noches.

—Me las has dado, mi amor, me las has dado.

Para levantarse pronto, además de un despertador, es imprescindible cambiar la rutina nocturna. He señalado las seis de la mañana para que suene el chisme. Y me he acostado al revés. Por otro lado, en lugar de pijama azul celeste me he puesto uno rosa que me compré en Madrid. Tomás aguarda mis órdenes.

—Mañana, Tomás, me levanto a las seis.

—No cuente conmigo, señor.

—No pensaba contar contigo. Siempre has sido un gandul. Es más, un holgazán.

—No me afecta su opinión. A las seis de la mañana estoy en mi mejor sueño.

—No te lo interrumpiré. Pero avisa a Miroslav, que me preparé el Range y lo aparque junto a la puerta. A María, que mañana irá a Sevilla; y a Pepillo, que esté dispuesto a las once para llevar a

María a El Corte Inglés de Nervión. ¿Entendido?

—Perfectamente. Buenas noches, señor.

—Buenas noches, gandul.

Me he reprimido al pasar por la puerta del cuarto azul. Las promesas no se rompen.

Salto de la cama. Son las seis. Pijama rosa, bata de hilo. Zapatillas George & Button. Bajo disparado hacia el *office* para preparar el café a Paula. Pero Paula ya está preparándolo para mí.

—Hola, mi amor.

—Cristián, perdona por lo de ayer noche. Me hizo tanta ilusión verte que se me desenredaron las defensas.

—Lo de ayer fue maravilloso.

—Te he preparado unas lonchitas de jamón y unas tostadas.

—Desayuno de emperadores.

—¿Vamos a dar una vuelta por el campo?

—Inmediatamente después del desayuno. María irá a Sevilla por la mañana para comprarte todo lo que necesitas.

—¿El tanga o la tanga?

—También, mi amor.

—María me preparó para hoy ropa de campo más o menos ajustada a mi cuerpo. Creo que era de Marsa.

—Marsa fue mi segunda mujer. La primera con la que hice el amor. Colombiana. Casi tan alta como tú. La primera, Marisol, hija del guarda mayor de entonces, era un tapón. Lo que vino más tarde han sido caprichos que no me han dejado huella.

—Agua pasada, Cristián. Como lo mío con aquel canalla. No pude denunciarlo. Era primo de mi padre y mi padre se puso de su lado. Además de primos son socios. No quiero saber nada de ellos.

—¿Y tu madre?

—Mi madre era maravillosa. Empezó a morir cuando lo supo. Pero se fue perdonándome y abrazada a mí.

—¿Desayunada?

—Desayunada, amor. Voy a ducharme y a vestirme.

—Lo mismo. A ver quién gana.

—Ganaré yo.

No controlo la ducha. Acostumbro a bañarme con mi patito de goma y la esponjita de los masajes. Grito de agua helada. Grito de agua hirviente. Al fin he hallado la temperatura adecuada. Me mantengo en forma y acepto mi desnudo. Sorprendente a mi edad. Me visto en medio minuto. Bajo corriendo. Está ella.

—He ganado.

—En tal caso, tengo que entregarte el premio.

Y he besado su boca.

—Buen premio —ha comentado.

A las seis y media de la mañana hemos iniciado el periplo. Modesto ya está recorriendo los carriles. Walter me informa de los acontecimientos parturientos.

—Acabo de hablar con Julio, señor. La señora Carmela está a punto, pero todavía, nada.

Y le he contado a Paula mi historia con Carmela y su afición a desnudarse. Paula tiene una ventaja sobre todas las demás. No se escandaliza. No comenta. Sonríe y comprende. Solo ha levantado las cejas y abierto la boca cuando hemos pasado junto al árbol que guarda bajo tierra los restos de Kalatami, la zulú. Le he explicado que la enterramos con el culo en pompa, según el rito zulú, que estaba como un cencerro y que murió corneada por un toro cuando lo intentaba lancear para ofrecérmelo.

—¡Qué vida la tuya, Cristián!

—Había cumplido cincuenta y seis años cuando tuve en mis brazos por vez primera a una mujer.

—Hablas poco de tu madre.

—Para no envenenar el aire, mi amor. Era un bicho. Entre don Riquelme y yo hemos calculado que le quedan muchos millones de días en el Purgatorio. Para colmo, en la zona menos agradable del Purgatorio. La sección de llamas continuas, reservada para las almas menos recomendables.

—Pero era tu madre. Tienes que hablar de ella con respeto.

—Ya te contaré, mi vida, ya te contaré.

Al pasar por el Soto de las Oropéndolas, Paula me ha ordenado detener el coche.

—Aquí es donde me dijiste que hacías el amor.

—Aquí, mi vida. Lo hice con Marisol, Marsa, Adi, Manuela, Kalatami y Carmela.

—Aquí lo haremos tú y yo cuando me sacuda la timidez. Aquí lo haremos.

Nueve de la mañana. Antes del redesayuno, misa en la capilla. Don Riquelme, feliz. Paula tiene una naturalidad y profundidad cuando reza que el capellán, a su lado, parece un aficionado al fútbol reclamando un penalti. Asisten también María y Pepillo, que espera en pocos días la vuelta de Flora. Y de los yugoslavos, Slutar. No obstante, Miroslav siempre hace guardia a la entrada del recinto con el arma preparada por si las moscas y aparece uno del Estado Islámico por el jardín de los setos. Predica breve y misa de veintisiete minutos. Le doy la enhorabuena a don Riquelme.

—Ha estado usted inmenso, don Riquelme.

—Apenas he hablado.

—Por eso.

Y un desayuno relajado y completo. Huevos fritos con *bacon*, ensaimadas, cruasanes y sobrasada de Mallorca, que he mandado comprar por si viene a casa a pasar alguna noche Luis de la Peña, que ve la sobrasada y le bailan las tarabillas.

María tiene todas las medidas de Paula, y con ojillos pícaros me ha comentado:

—Es perfecta.

Le he soltado un gran fajo de billetes. Además de colonias —los perfumes, como el ajo, aunque sea el Chanel número cinco están también prohibidos— y toda suerte de complementos embellecedores, que Paula no necesita, se lleva María una lista más que completa. Como estamos en verano:

Dos biquinis.

Un biquini con tanga.

Un monoquini.

Seis braguitas «*au mitié de le cul*».

Tres tangas.

Pañuelos.
Diez blusas.
Cinco camisetas.
Diez polos Ralph Lauren o Lacoste.
Zapatos planos —es muy alta—.
Zapatos de medio tacón.
Zapatillas de deporte.
Zapatos de campo.
Tres vaqueros.
Tres pantalones de campo.
Un vestido de noche.
Medias.
Calcetines de deporte.
Toallas para la piscina.
Tres sujetadores de media cazuelilla.
Tres sujetadores de pulcritud total.
El libro *No al sujetador*.
Unos *shorts* medios.
Unos *shorts* mínimos.
Dos bermudas.
Chales.
Chaquetas de tarde.
Chaquetas de noche.
Faldas más bien cortas y ligeritas.
Y sombreros. Pijamas. Picardías.
Cintas para sujetar el pelo.
Bolsos de Vuitton, Hermès y Loewe.

Y al final le he escrito a mano:

Y lo que se te ocurra.

A las diez ha partido María con Pepillo. Y a las once he recibido al Subdelegado del Gobierno, portador de una maravillosa y justa noticia.

—Por su discreción en el caso de los cañones y su plena colaboración con la Guardia Civil en la resolución de este, el Consejo de Ministros le concederá en su próxima reunión la Gran Cruz de la recientemente instituida Orden de San Piterre del Alto Campoo. Como usted sabe, señor marqués, y permítame que le llame Cristián y haga uso del tuteo, San Piterre dio su vida al intentar impedir que una batería roja, instalada en las cercanías de Reinosa, hiciera fuego contra las fuerzas nacionales, falleciendo en el acto. La condecoración conlleva el derecho a usar capa, que es de color amarillo vivo, lo que en Francia llaman «*jaune vif*» (estudié en el Liceo Francés), ribeteada de verde oscuro «*vert foncé*», y su Gran Maestro es el duque de Calabria. Me complace comunicarle la grata noticia.

—Para mí, querido subdelegado, es un honor recibir la Gran Cruz de San Piterre del Alto Campoo, muy venerado en esta casa, y le ruego traslade al presidente del Gobierno mi más

profundo agradecimiento.

—No, el presidente no sabe lo de su Gran Cruz de San Piterre.

—Como me ha dicho que se aprobará en el Consejo de Ministros...

—Sí, pero no se entera de nada. Se la ha concedido doña Soraya, que me encarga de paso que le diga que a su marido le gustaría cazar un venado en la próxima berrea.

—En tal caso, y vuelvo al usted, señor subdelegado, renuncio a la Gran Cruz de San Piterre, porque a mi casa solo vienen mis amigos.

—Cuidadito con ella, señor marqués, y retomo el tratamiento. Cuidadito con ella.

—Me importa un bledo. Ya tengo capa. Así que por donde ha venido, pero en dirección contraria, puede usted marcharse.

¡A mí con esas vainas!

Comida animada. Les he contado a Paula y don Riquelme, con Tomás por testigo, mi charla con el subdelegado y mi renuncia a la condecoración y la capa. Y he sido muy agasajado por todos. Pero al final don Riquelme ha dejado caer un comentario inquietante.

—La pequeñita es muy mala y manda sobre Montoro.

—En esta casa jamás se ha ocultado nada. Y siempre se ha cumplido con los impuestos.

—De cualquier manera, mejor prevenir, don Cristián.

Colitis.

Entrada triunfal de María con Pepillo en la camioneta. He llevado de la mano a Paula y, cuando han abierto las puertas traseras, ha reaccionado con júbilo.

—¡Dios Santo, qué cantidad de cosas!

—Las imprescindibles, mi amor. María, ¿todo?

—Y alguna cosa más, señor marqués. Ahora nos vamos a encerrar la señorita Paula y yo, y a probarnos todo.

—Me da un poco de cosa que tanto sea para mí.

—Olvídese, señorita. Señor, no cuente con la señorita Paula hasta la cena.

—Aguardaré impaciente. Acompaña a María, mi amor.

—No tengo palabras, Cristián.

—Mejor. Pepillo, ayuda a llevar El Corte Inglés al cuarto de la señorita Paula.

—Dicho y hecho. Qué sofoco. ¡Cuánta caló!

He mandado llamar al administrador, que es nuevo y un tanto inexperto. Es un valenciano de muy buena familia, con muchos másteres de esos, y un tanto venido a menos. El día que ingresó me pidió que lo tuteara y le llamara por su mote familiar, Chente. Le dije que ni lo uno ni lo otro. Al administrador de la casa se le llama por su nombre y su apellido. Vicente Colombís de Colombás. Se ha presentado a los cinco minutos, asustado y nervioso. Se nota que es de mejor familia que Alcoceba porque apenas suda con la que está cayendo. Algo cursi hablando.

—Colombís de Colombás, tenemos que estar alerta.

—Usted dirá, señor marqués.

—He renunciado a una alta condecoración que me había concedido la vicepresidenta del Gobierno a cambio de un venado en la berrea para su marido.

—Heroica acción, señor.

—Yo añadiría que épica.

—Épica acción, en efecto.

—Colombís de Colombás, ¿cómo tenemos los papeles?

—En perfecto orden de pago y de revista.

—Vaya reuniendo datos. Estos del PP, cuando no consiguen lo que buscan, responden con las inspecciones paralelas.

—Tardarán en reaccionar.

—Tengo noticias que no coinciden con su punto de vista, Colombís de Colombás. Creo que si la pequeña se enfada, descuelga el teléfono, llama al sapito calvo y le ordena: «A por este, Cristóbal».

—De cualquier manera, yo no me pondría nervioso. Pagamos más impuestos de los que tendríamos que ingresar. Es más, si nos pusiéramos chulitos, se verían obligados a devolvernos un dineral, lo cual afectaría a los Presupuestos Generales del Estado. No pasarán, don Cristián.

—Así me gusta, Colombís de Colombás. Un día me contará el motivo de su extraño apellido. ¿Es uno, o casualmente el segundo y el primero se asemejan por capricho?

—Es uno. El primero. Mi nombre completo es Vicente Colombís de Colombás y Peroll del Perollet. Amparo Peroll del Perollet, mi abuela materna, era marquesa de las Islas Columbretes.

—Muy interesante. A partir de hoy le llamaré Vicente Columbretes. ¿Quién lleva el título en la actualidad?

—Mi primo Chimo Mascletó de Mascletás y Peroll del Perollet.

—Joé, qué familia.

—¿Decía?

—Nada, nada, Columbretes. Prepare la documentación.

María no ha permitido a Paula bajar a comer. Les han subido al cuarto la comida. Llevan horas de pruebas de modelos y complementos. He golpeado la puerta.

—¿Puedo pasar?

—Ni se te ocurra —ha respondido Paula.

Con las orejas gachas, he descendido por la escalera hasta la zona superbién o megabién.

Una buena noticia. Carmela ha tenido una niña. Sin problemas, por el conducto reglamentado por la naturaleza, conducto, por otra parte, hondamente conocido por mí. A la maternidad. Allí abrazo al nuevo abuelo, Julio el Rastrojero, que llora como un bebé. Y a la abuela, que no se lo cree. A Stanislav, un cariñoso apretón de manos pero nada más, que fue él quien me puso la cornamenta con mi Carmelilla. Y allí está ella, feliz y sonriente, a la que abrazo sin respirar, porque está dando el pecho a su niña, y a mí las mamancias posmaternales me dan bastante asco. Stanislav reprende a Carmela.

—Por pudor, tápate el pecho.

—No seas tonto, Stanislav. El marqués me los vio, me los tocó y los disfrutó mucho antes que tú.

Stanislav ha encajado el golpe con sonrojada serenidad. Carmela no cambia. Mujer apoteósica.

—Cristián —me dice mientras la niña emite sonidos de succión láctea bastante desagradables—, aunque Stanislav desea que el padrino de Wanda —así va a ser bautizada— sea su primo Miroslav, entre papá, mamá y yo, que soy la madre de la criatura, hemos decidido pedirte que lo seas tú. Sin ti, nada de esto hubiera sucedido.

—Por supuesto, Carmelilla. Lo seré. Y un gran padrino. Ahora mismo le abro una cuenta a su nombre a plazo fijo de la que solo se podrá disponer con tu firma y la mía.

—¿Y yo?

—Usted, Stanislav, a callar y obedecer. Bastante tiene con haber sobrevivido. De haber ocurrido los hechos en el siglo XVI, habría sido usted ajusticiado con la espada de los Sotoancho, que tiene en su punta una ruedecilla de púas para hacer más dolorosa su penetración en el hígado del reo.

—Bueno, bueno, me callo y acepto lo que usted indique.

—Lo ha indicado Carmela, y ella es la que manda.

Me mira Carmela con cierta sorna en sus ojos.

—Me han contado que últimamente intimas mucho con la Iglesia.

—Te han contado bien. Es maravillosa. Te llevarás con ella a las mil maravillas.

—Estoy deseando conocerla.

—Y ella a ti. Le he contado todo, más que todo y todísimo más.

—Yo a Stanislav le he contado poquísimo. Así está de mosqueado.

—Todo pecado lleva su penitencia. Toma, mi niña, esto es para que pagues lo que no financia la Seguridad Social. De lo otro, ya hablamos cuando vuelvas a La Jaralera. Y usted, Stanislav, puede reincorporarse. No por sus méritos, sino por ser el padre de mi ahijada. Se lo diré a Miroslav.

—Eso lo agradezco mucho.

—Pero si un día me entero de que le canta usted a Paula canciones esclavas, le pego un tiro.

—Juramento eslavo. Jamás lo haré.

Maravillosa noticia. Al llegar soy informado de que me ha llamado la madre superiora. Devuelvo la llamada inmediatamente.

—Señor marqués, ¡qué alegría hablar con usted! ¿Cómo está nuestra Paula?

—Feliz, madre. Ahora mismo probándose ropa. Vino aquí con lo puesto. ¿Ha recibido el talón correspondiente al arreglo del tejado sur?

—No sé cómo agradecerse. Tengo un problema.

—Por mi parte, ya está solucionado.

—Sospecho que por buena voluntad que usted ponga en solucionarlo, depende de otros.

—¿Qué ha pasado?

—¿Se acuerda de la novicia Estefanía, la gordita con mala piel?

—Perfectamente.

—Me ha confesado que se ha enamorado locamente del soldado que intentó raptarla.

—Tremendo.

—Que, al sentirse sujeta por sus brazos, sintió un gustirrinín nuevo y desconocido para ella.

—Creo que fue Slutar.

—Algo así, don Cristián. Y está todo el día dándome la tabarra. Todo lo discreta que es Paula lo tiene de pelmaza Estefanía. Pero no puedo permitir que se me vaya otra novicia, porque este monasterio va a parecer la casa de tócame Roque o de Manolita Chen.

—Hablaré con Paula, y seguimos en contacto, madre. A propósito. Si es tan amable, le dice de mi parte a Expósito Moranchel que puede pasarse por aquí. Le debo una propina.

—Se lo diré inmediatamente. No me olvide, don Cristián.

—Nunca la olvidaré, madre.

Menudo lío. La gordezuela granulada se ha enamorado de Slutar, que es más seco que una caña de mojama caducada. Siempre, cuando sale el sol, abruma la nube.

CAPÍTULO 13
LO DE SIEMPRE

Para celebrar el nuevo vestuario de Paula, cena romántica. He preferido que don Riquelme cene en soledad. Y Tomás también se ha sentido algo herido cuando le he dicho que la cena la servirá María.

—No sé por qué decide usted semejante bobada. Soy el mayordomo en jefe.

—Lo eres y lo seguirás siendo. Pero no quiero ojitos ratos, cotillas y chismosos esta noche.

—La señorita Paula tendrá que acostumbrarse a mi presencia.

—De acuerdo. Pero a partir de mañana. Llama a Miroslav, por favor.

Este hombre parece que siempre espera detrás de la puerta. Al instante se ha presentado.

—A sus órdenes, señor.

—Descanso, Miroslav.

—Gracias.

—De nada. He pedido a María, tu mujer, que nos sirva el aperitivo y la cena.

—Un honor para ella y para mí.

—Pero te quería comentar otro problema. Gordo.

—¿Problema gordo?

—Tremendo. He hablado con la madre superiora del monasterio de San Lorenzo. Me ha revelado que la novicia Estefanía, la que raptó por error Slutar, la que gritaba como una descosida y a la que tú amenazaste con justa dureza de romperle el pescuezo si no atenuaba sus berridos, le ha confesado a la superiora estar enamorada de Slutar.

—Catastrófico, señor.

—Puede ser un capricho pasajero, pero hay que tener a Slutar preparado. Esta noche se lo contaré a la señorita Paula, a ver si nos puede ayudar.

—Se lo diré inmediatamente.

—Miroslav, y la cena romántica. Dile a María que en el guadarnés. Luz de velas. Candelabros.

—María sigue con la señorita Paula.

—Estarán a punto de terminar.

—Yo prepararé la mesa romántica, señor. En Vrodovic, donde nació mi madre, llaman a este tipo de cenas «*agorodna suviá sholi*».

—¿Tiene traducción?

—La cena donde la cena es lo menos importante.

—Sabia Serbia.

—Sabia.

—Gracias, Miroslav.

Tomás, ese intruso, mi querido amigo, ha sabido lo del guadarnés y ha ayudado a Miroslav a preparar la *agorodna suviá sholi*. Lo cierto es que han puesto el guadarnés de dulce de membrillo.

En un rincón, un sofá con una mesa para charlar durante el aperitivo; ha rescatado Tomás del olvido el mantel de Flufhenstaffen que compró mi abuela en el viaje de novios; dos candelabros de ocho velas; y en el centro de la pequeña mesa, una porcelana de Brewsky con motivos bucólicos, una campesina caminando entre ocas. Acierto total.

Me he servido, ya en la soledad de la espera, un whisky de los de antes. El primero, siempre cargadito, con muchos hielos y agua. Blinis de caviar iraní, lo único decente que hay en Irán. Y vodka helado, preparado para el tradicional *nazdarovie*.

Me sirvo el segundo whisky. Aparece María, adecentada.

—No quiero perderme su expresión, señor.

—¿Viene ya?

—Se acerca.

—¿Guapa?

—Es impresionante, señor. Quédese con ella.

—Es mi sueño.

—No la pierda, señor, no la pierda.

El ser que ha entrado por la puerta del guadarnés no tiene descripción posible. Un junco alto, maravilloso, firme, bellissimo. He acertado con María. Conoce mis gustos, y Paula parece no rechazarlos. Lleva una camisa de seda abierta y los pechos libres. Y unos pantalones claros. Para darle más modernidad a la cosa, unos zapatos de deporte de esos que cuestan más que unos de Mogrovejo hechos a la medida. No puedo hablar.

—Cristián, estoy cortadísima. Tengo la sensación de ir desnuda. Espero que no cene don Riquelme con nosotros.

—Esta cena es solo para ti y para mí. María, enhorabuena.

—Vestir a la señorita Paula es lo más sencillo del mundo. Todo le sienta bien.

—María, no me llames «señorita Paula». Eres mi amiga en esta casa.

—Son las normas, señorita.

Intervengo.

—María, a partir de ahora puedes tutear a Paula a tu antojo y con plena libertad.

—Gracias, Cristián. Me gustaría abrocharme el último botón desabrochado.

—Prohibido terminantemente. ¿Verdad, María?

—Paula, si Dios te ha hecho así, así hay que enseñarte. No vas a cenar con un desconocido. Lo vas a hacer con quien, Dios lo quiera, vas a vivir hasta que la muerte os separe, y mucho me temo, señor, que el primero va a ser usted.

—Hombre, María, muchas gracias.

Esta sabia impresión de María ha hecho reír a Paula y quitarle la timidez. Blinis y vaso de vodka.

—María, tome un vaso y brinde con nosotros.

He dejado el whisky para compartir el vodka. Paula no está asustada. La presiento feliz. Alzo la copa.

—Brindo por Paula, mi amor. Brindo por su futuro en casa. Brindo por mí, que he tenido las narices de raptarla del convento. Brindo por el día en el que me atreva a pedirle que sea la marquesa de Sotoancho. Y brindo por María, que ha hecho un milagro del milagro. ¡*Nazdarovie!*

Vodka al colete de golpe. María nos ha dejado todo preparado. Y nos abandona.

—Buena suerte, señor marqués. Paula, no seas tonta. La vida ha sido formidable contigo y te ha traído hasta el paraíso. Buenas noches.

—Gracias, María, te quiero mucho.

Cuando se tienen ganas de hablar de un asunto y lo prudente es esperar al segundo vodka de ella, hay que disimular.

—Cristián, no quitas ojo a mi escote.

—No es escote, mi amor. Es una camisa abierta. Y voy a mejorar la obra de arte. —He llegado hasta ella, le he dado un beso en los labios y, con una agilidad dedil de muy complicada superación, he abierto su blusa un botón más.

—Pero bueno...

—Ni pero bueno ni pero malo. ¿Un vodka?

—Me quieres emborrachar.

—Sí.

—Pues un vodka.

Con mi whisky y su vodka nos hemos sentado el uno junto al otro. Sus pechos ya son míos desde la mirada. María ha calculado de cine. Paula me mira, espera, no se defiende, mide, calcula.

—Paula, me ha llamado la superiora preguntando por ti. Le he dicho que estás muy bien.

—Le has dicho lo que debías. Mañana me gustaría ir a visitarla.

—Yo te llevo. Pero hay un borrón.

—¿Pasa algo malo?

—A ti y a mí, no. A Slutar.

—¿Qué tiene que ver Slutar con la madre superiora?

—Nada. Sí con tu excompañera Estefanía. Le ha confesado Estefanía a la madre que se ha enamorado del hombre que la intentó secuestrar.

—¡Estefanía! ¡No te puedes figurar lo pelma que es Estefanía! Me copia en todo. Mañana hablaré con ella. Es insufrible.

—Le ha dicho que, al ser agarrada por Slutar, sintió algo nuevo y placentero.

—Pobre mujer. Me da mucha pena.

—Y Slutar ya ha sido informado. Es posible que a estas horas esté haciendo su maleta para volver a Serbia.

—Si yo fuera Slutar, Cristián, las haría. En fin...

Su «en fin...» me ha gustado. Ha sido como un «vamos a lo nuestro».

—¿Vodka?

—¿Otroooo?

—No he preguntado ¿otroooo? Sino ¿vodka?

—Vodka. Y una cosita de esas con perdigones.

El hombre se distingue del fresco en que no busca artimañas. Directo.

—Paula, ¿me quieres?

—El vodka y yo te adoramos.

—Quiero casarme contigo.

—A pesar de la precipitación, el vodka y yo, en principio, aceptamos.

—¿Crees en mí?

—Creo. También creo que eres muy rápido, pero no pienso en ello. Y como te presiento tímido, voy a ser yo la que tome la iniciativa. Oye bien, Cristián, amor mío.

—Oigo.

—Estaba muy cómoda en el monasterio. Me querían. Y Dios me había perdonado. Pero, con toda claridad, no estaba entre las elegidas. Conocía mi vida y sus circunstancias. Apareciste tú. Y

a partir de ese momento, no hacía otra cosa que rezar para tener noticias de ti. Y ahora estoy aquí, medio desnuda, mano a mano contigo, con una medio moña de vodka y el hombre al que amo para mí. No intento nada. Me sale de muy adentro. Si la media cogorza rusa se pasa, es posible que seamos unos novios a la antigua. Pero yo quiero ser una novia de hoy. O yo, o el vodka. Y lo voy a ser ahora mismo.

Paula se ha quitado la camisa y me ha abrazado. El beso ha durado todo lo que el amor permite, es decir, una barbaridad. Mis manos han paseado por sus cimas. Sus pezones se han endurecido. Pequeños, maravillosos, lo contrario que los pezones modelo chapela vasca. Y poco a poco nos hemos desnudado. En el suelo, con algún almohadón de apoyo, el amor y la pasión han cumplido. Un sueño ronco nos ha adormecido. Al despertar hemos vuelto a amarnos. No doy detalles. Son las seis y media de la mañana. Ni caviar ni porras, ella. Con mucho sigilo, hemos abandonado el guarnés para alcanzar cada uno nuestros cuartos de casa. Creíamos que no habíamos sido vistos por nadie, cuando, al llegar a la puerta de casa, una voz nos ha vitoreado.

—¡Bravo, bravo y bravo!

María, desde el balconcillo de su cuarto, aplaudía emocionada.

Paula le ha tirado un beso de esos que vuelan y María ha repetido.

—¡Bravo y bravo!

Cada uno a su cuarto para disimular.

—Te amo, Cristián.

—Te amo, Paula.

—Desayuno, tardío.

—Te estaré esperando.

Todo muy rápido. El beso inmenso del desayuno. El desayuno. El trayecto hasta el monasterio. Paula, vestida con decencia posnovicial. La madre superiora, el abrazo largo y rotundo de Paula con ella. El anuncio de nuestra boda.

—Madre, me encantaría que fuera aquí.

—Si no te casas aquí, no dejo que te vayas.

Le he entregado al sacristán el talonazo, hay que cumplir con la palabra. Y me he quedado con la monja mientras Paula habla con Estefanía. Ahí están las dos, en el jardín de la clausura, Estefanía en un banco de piedra y Paula de pie, moviendo mucho los brazos. Una bronca. Al fin Estefanía se ha incorporado y se ha abrazado a Paula.

De vuelta.

—¿Qué le has dicho a Estefanía?

—Que si está enamorada de un hombre y quiere colgar el hábito, que lo haga. Nadie la obliga. Pero ella insistía en que no quiere irse del monasterio. Que quiere ser raptada como yo. Y hasta ahí podíamos llegar. Se ha llevado un chorro de padre y muy señor mío. Al final, cuando le he contado que vamos a casarnos aquí, se ha alegrado mucho y nos hemos abrazado. Siento mucho cariño por ella, pero es *borderline*, es decir, que está al borde de ser tontita.

Susurrando, para que no oiga Miroslav.

—¿Esta noche?

—Síiii.

—¿En tu cuarto?

—En el tuyo.

Al llegar a casa, una pésima noticia. Papel sobre mi mesa. «Señor marqués. Se han recibido noticias de Hacienda. Cinco paralelas. Estoy a su disposición. Respetuosamente: Vicente Colombís de Colombás».

Nada he dicho a Paula, a la que quiero feliz y desinhibida. Colombís de Colombás entra en el despacho.

—Don Cristián, la señora de limitada estatura y mano muy larga ha actuado. El lunes tengo que presentarme en la Delegación de Hacienda con los papeles de los cinco últimos años.

—Hará falta una camioneta. ¿Peligros?

—Ninguno. Su costumbre de pagar más impuestos de los que tendría que abonar va a sorprender a esos tarugos.

—Bien, Columbretes.

—Gracias, señor.

—Cuando me dirija a ti como Columbretes puedes responderme sin tratamiento. La Clase se tutea. Solo me tratarás con el respeto de la distancia cuando te llame Colombís de Colombás. ¿Entendido?

—Me honras con tu confianza, Cristián.

—Me alegro mucho de haber admitido la recomendación de mi amigo Rafael Trénor, que se interesó por ti.

—Rafa es muy amigo desde la infancia, Cristián.

—¿Por Colombís de Colombás?

—En efecto, Cristián.

—Señor marqués.

—Es cierto, perdón, señor marqués, ha dicho Colombís de Colombás.

—Usted no atiende. Usted no entiende, Colombís de Colombás.

—Perdón de nuevo, señor marqués.

—Perdonado, Columbretes.

—No volverá a ocurrir.

—¡Te he llamado Columbretes! Puedes tutearme.

—Gracias, Cristián.

—De nada, Colombís de Colombás.

—Me siento cómodo con el tuteo, Cristián.

—¡Te he llamado Colombís de Colombás!

—¡Joé, qué agobio, señor marqués!

—Nada de agobios, Columbretes. Te puedes ir.

—Gracias, señor.

—¡Que te he llamado Columbretes, merluzo, que eres un merluzo!

—Y tú un bromista, Cristián.

—Me divierten las bromas, Colombís de Colombás.

—Son muy graciosas, Cristián.

—Señor marqués. He dicho Colombís de Colombás.

—Le voy a pedir un favor, señor marqués. Me tengo que concentrar en las cinco paralelas. Así no hay manera.

—Perdón, tienes razón, Columbretes.

—Buenas tardes, señor marqués.

—¡Columbretes!



—Ah, bueno, que te den por retambufá, Cristián.
—Colombís de Colombás.

—Que le den muy mucho, señor marqués.

Tomás ha entrado en mi despacho y me ha encontrado de la siguiente guisa: en el suelo, retorcido de risa y dando palmotadas en la alfombra.

—Señor, creo que su final está próximo.

—No, Tomás, sucede que le he gastado una broma muy divertida al administrador.

—Iba por el pasillo hecho un basilisco.

—¿Qué decía?

—Cosas raras. «Que te den, que le den, que te den y que le den».

—Tomás, ayúdame a levantarme.

—Claro, los esfuercitos amorosos.

—¿Cómo has dicho?

—Que un señor decente y una exnovicia no se acuestan a las siete de la mañana.

—¡Tomás!

—Una exnovicia, señor. Una santa. Al Infierno va a ir.

—Me caso con ella, Tomás. Serás el padrino.

—Retiro todo lo dicho. Le ayudo a levantarse, señor.

—Don Riquelme, una noticia mala y una buena nueva.

—La mala primero, don Cristián.

—Tenía usted razón. La jirafa ha actuado. Cinco paralelas de Hacienda.

—Se lo advertí. Hubiera sido más prudente invitar al esposo a cazar un venado en la berrea.

—A eso se le llama caer en la indignidad. No te preocupes. Lo malo y engorroso es el papeleo.

En esta casa, no por solidaridad, sino por comodidad, siempre pagamos más impuestos de los exigidos.

—¿Y no les devuelven?

—Jamás lo han hecho. Pero ahora, declarada la guerra, tendrán que hacerlo, o monto un escándalo en los periódicos.

—¿Y la buena?

—Me caso. Usted nos casará a Paula y a mí.

—¿Qué celeridad!

—No estoy en condiciones de perder el tiempo. Ya tengo muchos años, don Riquelme.

—Eso suaviza mi impresión. Enhorabuena. Me honra ser el oficiante de su matrimonio. ¿Será en la catedral de Sevilla?

—No. En el monasterio de San Lorenzo.

—Eso me recuerda a la película de la familia Trapp, *Sonrisas y lágrimas*, creo recordar que se titulaba.

—En efecto, don Riquelme.

—Es de esperar que las monjitas no canten durante la ceremonia del enlace el *Do Re Mi* o *Edelweiss*.

—No lo harán. Aunque *Edelweiss* me gusta.

—Impóngase a sus gustos.

—Lo haré, padre.

—¿Cuándo?

—En septiembre. Y sin invitados. Solo las monjas, mi gente de casa, ella y yo.

—¿Familiares de ella?

—No le quedan. Y los que le quedan, descartados.

—Pues hay que darse prisa con las amonestaciones.

—Y con todo. De San Lorenzo vendremos a casa a celebrarlo.

—Me congratula, don Cristián, me congratula.

Paula, cuando comemos con don Riquelme, se viste de madrileña pudorosa. Pero está de prodigio, divertida, segura y tiene mucha más clase que Mamá. Hemos hablado de los detalles de la boda. Ya ha llegado el papel de la Iglesia y queremos adelantar la burocracia. Don Riquelme interviene.

—Están obligados a hacer un cursillo prematrimonial.

—No, don Riquelme. Estuve casado por la Iglesia con mi primera mujer, que Santa Gloria haya. Por lo civil con la segunda, que Santa Gloria haya también. Y por el rito zulú con Kalatami, que también Santa Gloria haya.

—A mí no me mates, mi amor.

—La verdad, don Cristián, es que usted las ha despachado a todas.

—Fueron accidentes. Y la zulú, por intentar matar a un toro bravo con una lanza.

—Pero doña Paula no ha estado casada.

—Sé perfectamente lo que hago. Me caso por amor y con Dios por testigo.

—Vale, vale. Intentaremos subsanar ese requisito. Solo les pido una cosa. Hasta que no sean ante Dios y los hombres marido y mujer, les rogaría mantuvieran la castidad, como hasta ahora. Sé que la vida moderna ha flexibilizado mucho los límites de las relaciones, pero este caso es diferente. Se casa usted, don Cristián, con una novicia. Y el sacrificio de la relación limpia impera.

—Prometido.

—Prometido, padre.

—Así me gusta, hijos míos. Y ahora, si me lo permitís, voy a dormir una breve siesta. No he conciliado bien el sueño esta noche.

—Nosotros haremos lo mismo.

—Por separado, espero.

—Por supuesto, don Riquelme.

He mirado a Tomás. Se ha llevado las manos a la cabeza.

Duermo con mi amor, y a las seis suena el despertador y me instalo en mi cuarto. Tomás me lleva el primer café a las ocho y no es cosa de darle satisfacciones excesivas. Y en el comedor, cuando desayunamos en presencia de don Riquelme, Paula y yo nos saludamos con la norma matutina.

—Buenos días, mi amor.

—Buenos días, Cristián.

Colombís de Colombás ha partido hacia Sevilla con muy pocos papeles. En ellos se demuestra que Hacienda nos adeuda millones de euros, sin contar con los intereses. Esta chica y este ministro reprobado no han calculado bien su prevaricación. Están atolondrados. Colombís de Colombás tiene carácter y me lo demostró cuando le hice la broma. Si la cosa sale bien, le llamaré siempre Columbretes y le invitaré a comer con nosotros, lo que Alcoceba jamás

consiguió.

Me ha llamado Rocío para invitarme de nuevo a visitar su tienda, ya que se la he puesto yo.

—Hay objetos preciosos hechos con materiales reciclados y maderas de bosques sostenibles.

—De acuerdo, Rocío. Iré a verte después del verano, cuando vuelva de mi viaje de novios.

—¿Te casas?

—Me caso. La mujer más atractiva, divertida, guapa e inteligente que he conocido en mi vida.

Además, no se acuesta con mi mayordomo.

Y me ha colgado. Una pesada que juega a «progre» y se deja financiar por un rico. A olvidar.

A Paula le ha extrañado que no tenga perro.

—Mi amor, un hombre como tú, que vive en el campo, que pasea por él, que caza y que valora todo lo bueno, tiene que tener un perro. Y como ahora puedo hablar en plural, te pido que me regales un perro para que podamos disfrutarlo juntos.

—Tuve uno, Gus, y me lo mató la camioneta de los ultramarinos. Me sentí tan triste que no he querido volver a pasar por la angustia. Además, vivía mi madre. Cada vez que se cruzaba Gus con Mamá, gruñía.

—¿Gus?

—No, Mamá.

—Pues tenemos que arreglarlo.

—¿Tienes alguna preferencia?

—Me encantan los labradores negros. De niña tuve uno en mi casa, y mi padre se lo llevaba a cazar. Como no te tenía a ti, dormía abrazada a él.

Dicho y hecho. He sabido que el conde de Fresnada Quemada tiene los mejores labradores de España. Y que una de sus perras acaba de parir. Me lo ha confirmado el conde de Osborne, que me ha dado sus datos. Llamada inmediata.

—¿El conde de Fresnada Quemada?

—Soy yo, uh.

—Te llamo porque Tomás Osborne me ha dicho que tienes unos labradores formidables.

—¿Y tú quién eres, uh?

—Soy el marqués de Sotoancho.

—Pues sí, uh. Tengo los mejores. Y una de mis perras favoritas acaba de parir, uh.

—¿Entre los cachorros hay algún macho de pelo negro?

—Uno maravilloso, uh.

—¿Por qué cuando acabas de hablar dices «uh»?

—Yo no digo uh, uh.

—Será mi teléfono.

—Será, uh.

—¿Dónde tienes los perros?

—En mi campo, La Malvarrota. Está a diez kilómetros de Palma del Río, uh.

—¿Podría visitarte?

—Mañana me voy a Madrid. Si quieres venir esta tarde, no tengo inconveniente, uh. No estamos tan lejos, uh.

—¿Te parece a las ocho de la tarde?

—Perfecto. En la carretera de Palma del Río a Écija, te encontrarás con un olivar inmenso, ahí no es, uh. Pasas el olivar, y verás a la izquierda una casa enorme, bastante cursi. Tampoco es ahí. Y a doscientos metros, una cancela que dice con toda claridad: «La Malvarrota». Te detienes,

abres la cancela, pasas el coche, cierras la cancela, y después de tres kilómetros de carril, te topará con mi casa, uh.

—A las ocho en punto. Un abrazo.

—Otro, uh.

A las ocho estábamos ahí. Miroslav nos ha llevado en el Bentley, porque no viene mal pasarle por las narices al prójimo un Bentley. Fresnada Quemada, que he sabido por el Elenco que se llama Antonio Castellar del Palacio, es poca cosa físicamente. Ya le he advertido a Paula, para que no le entre la risa, que al terminar cada frase dice «uh». Saludos y presentaciones. Nos lleva a la perrera, que parece el Ritz de los perros. Los cachorros ya están destetados y juegan en un mismo habitáculo. Hay tres hembras, todas de pelo canela, y dos machos, uno negro y el otro marrón. Paula toma al negro con sus manos, se lo acerca al pecho y se lo come a besos.

—Es maravilloso, Cristián.

—En todos los sentidos. Su árbol genealógico es mucho más puro que el de muchos Grandes de España, uh. Si os lo lleváis, ahí tenéis los papeles. Su nombre es King of Chanooka, pero solo a efectos del pedigrí, uh.

—Si me dejas, Cristián, me gustaría que se llamara Plof.

—Si tú quieres que se llame Plof, se llama Plof.

—Nos lo llevamos, Antonio.

—Previo pago, claro, ja, ja, ja, uh.

—¿Cuánto?

—Por ser para ti y por esta mujer impresionante, tres mil euros, uh.

—*White or black?*

—*Black*, uh.

—Ahí van. Y nuevecitos.

—Y os regalo un saquito de pienso, uh.

—Eres un roña, uh.

—Yo no digo «uh».

—Que es una broma, hombre, que es una broma.

Plof se ha manifestado muy partidario del sonido y el movimiento del Bentley. A los diez kilómetros se ha dormido sobre Paula. Entre Paula y Plof, una toalla para que impida el paso de las humedades. Miroslav, contento.

—Precioso cachorro, doña Paula.

—Gracias, Miroslav. Lo quiero tanto que empieza a preocuparme el señor marqués.

—En Yugoslavia decimos «*pivorodnia smasic nieta homicidic lioublec*». Se lo traduzco: «El amor al perro no mata el amor humano».

—Me gusta.

—Me temo lo peor, Paula.

—¿Qué temes, mi amor?

—Que lo nuestro va a ser un trío.

—Tu temor está fundado.

No sabía que en casa gustaran tanto los perros. Gritos de alegría de María y de Tomás. Mi fiel mayordomo ha aparecido en pocos minutos con la cama de Gus, que jamás tiró a la basura como le ordenó Mamá. Y sus juguetes. El hueso de goma, el pato... Cuando Plof ha reparado en el pato,

la secuencia de sus reacciones ha sido la siguiente: se ha detenido, ha reulado, ha ladrado, ha mordido al pato por el cuello y, finalmente, se ha hecho pis sobre el pato.

—Pato a la basura, Tomás.

—Inmediatamente, señor.

—Y la cena pronto, que hemos viajado mucho y estamos cansados.

—La cena está preparada.

—*¿Canard sauvage à l'orange avec de petit pois de Perpignan et des autres légumes variés?*

—*Non, monsieur.* Tortilla, jamón de York y arroz blanco del bueno.

Don Riquelme también ha celebrado la presencia de Plof, que ha comido en el regazo de Paula. Segunda micción. Por el olorcillo, micción acompañada de caquitas. No importa. Todo se le perdona al cachorrillo. Y me parece bien.

Una copa para entonar el cuerpo y a la cama. Paula se ha despedido de mí con un besín comisural y del resto con la fórmula acostumbrada.

—Hasta mañana, mi amor. Buenas noches a todos y muchas gracias por recibir con tanto cariño a Plof.

Su salida del comedor hubiera matado de envidia a Sissi.

Hemos dormido los tres muy juntos. Cuando Paula me ha sentido dentro de ella y ha gemido, Plof me ha mirado de mala manera. Se tendrá que acostumbrar. A la izquierda de la cama, yo. Paula en el medio y Plof a la derecha. A las seis, mi cuerpo rumbo a su cama, y Paula y Plof roncando. El trío ha funcionado de maravilla. Y a las ocho en punto, como siempre, Tomás.

—Buenos días, señor, ¿qué tal?

—¿Qué tal qué?

—La noche, el sueño, todas esas cosas.

—Todo bien.

—¿Y el perrito?

—Ha dormido con doña Paula.

—Ah. Claro, lo supongo.

—Tomás, hemos prometido castidad a don Riquelme.

—¿Le preparo el baño?

—Sí, pero hoy sin patito de goma.

—Perfecto, señor. Doña Paula está en el jardín con el perro.

—Me baño, bajo y juego con ellos.

—Así me gusta. Un marqués juguetón.

—El baño, Tomás.

Plof ha tomado posesión de su jardín. Persigue a Paula, que va libre debajo de una camisa atada por encima de su ombligo. Fantástica su evolución de novicia a mujer. Sus pechos, del tamaño perfecto, respetan el sentido del conocido dicho «teta de novicia» para referirse a todo lo que se acerca a la armonía y el gusto. Lleva unos vaqueros rotos. Los vaqueros rotos se distinguen de los vaqueros intactos en que los primeros son mucho más caros. Se paga por los agujeros en las rodillas, no por la tela y la confección. Pero está de toma pan y moja.

He jugado un poquitín con ellos y he acudido a cumplir con mis deberes. Colombis de

Colombás me aguarda en el despacho.

—Buenos días, Colombís de Colombás.

—Buenos días, don Cristián. Precioso cachorro.

—Gracias. Lo compró ayer doña Paula.

—Será la alegría de esta casa.

—¿Qué tal la reunión de ayer?

—Un principio muy malo. Al verme llegar con unos pocos papeles, la inspectora, ya entradita en años y de temperamento explosivo, me preguntó si pretendía tomarle el pelo. Le solicité paciencia. Y a medida que iba exponiendo la realidad tributaria de esta casa, ella parecía disminuir de tamaño paulatinamente.

—Bien, Colombís de Colombás.

—Le extrañó sobremanera, al cotejar las declaraciones con los ingresos efectuados a la hacienda pública, que nadie hubiera advertido al señor de sus saldos positivos con el fin de proceder a las pertinentes devoluciones. Le hice saber que usted es un generoso mecenas al que nunca se le pasó por la cabeza reclamar nada. Pero que, ante la agresión de las cinco paralelas, usted había estallado de iracundia y reclamaba lo que ellos se habían quedado sin dar explicaciones a nadie, durante los últimos años. La inspectora, en ese momento, había perdido la color completamente.

—Bien, Colombís de Colombás.

—Llamó a alguien de superior rango y le susurró más o menos lo que le digo: «Imposible meterle mano. Nos la va a meter él a nosotros». Suavizó su tono y me quiso endilgar una historietita que sonaba a auroras boreales. Finalmente, le llamó un tal don Cristóbal, al que ella trataba de «señor ministro». Y repetía una y otra vez: «Imposible, señor ministro, nos tiene agarrados por los huevos». Me pareció muy ordinaria, porque así no se le habla ni al ministro de Hacienda. Le exigí que me adelantara la cantidad a devolver. Colgó con don Cristóbal y le llamó una mujer que gritaba mucho. La misma historia. Finalmente, y a punto de romper en llanto, hicimos juntos las cuentas y acordamos que la cantidad que el tesoro nos tiene que devolver, sin calcular los intereses, es de siete millones ochocientos noventa mil trescientos veintiún euros. La pobre mujer estaba a punto del desmayo. Me habló del tres por ciento de intereses y le dije que tarará que te vi, que ellos cargan intereses de usura a los ciudadanos y que en la querrela criminal se exigiría, como mínimo, el catorce por ciento anual. Hoy, señor, a las ocho y cuarenta y tres, cuando usted observaba el juego divertido de doña Paula y el cachorrillo, me ha llamado la inspectora para pedirme árnica. «Ni árnica ni leches. O mañana tenemos un talón del Banco de España por diez millones seiscientos setenta y siete mil novecientos cincuenta y dos euros, o el tal don Cristóbal, o la señora que grita o usted misma, van a tener que explicarse ante Su Señoría». Y ha colgado en pleno sollozo.

—¡Bravo y mil veces bravo, Columbretes!

—¿Puedo tutearle?

—A partir de ahora siempre serás Columbretes y yo para ti, Cristián.

—Los tienen de corbata, Cristián. Y al don Cristóbal no le conviene otro escándalo. Ya lo han reprobado, le han cogido en cuclillas y con el papel en la mano en eso de su despacho, y este tercer golpe sería el definitivo. Creo que hemos ganado por goleada, Cristián.

—De esos millones, uno te lo quedas tú.

—¿Es posible?

—Es seguro. ¡Bravo, Columbretes!

Columbretes se ha incorporado hoy a la mesa del comedor. Ocupa el lugar enfrentado al de don Riquelme. En confianza es divertido, ingenioso y ameno. Hemos comido los cinco. Paula, don Riquelme, Columbretes, Plof y yo. Columbretes sabe escoger los cubiertos, come con la boca cerrada y se le nota un más que aceptable origen familiar. Nos disponíamos a disfrutar del segundo plato, que, por el calor, consistía en fiambre de pavo con ensaladilla rusa, cuando María ha irrumpido muy agitada en el comedor.

—Señor, señor, que le llama el presidente del Gobierno.

—Pues le dice que me llame en treinta minutos, que estoy comiendo.

—¿No se va a poner?

—En media hora me pongo. Ahora, no.

Paula me ha mirado con sonriente admiración. Columbretes ha aplaudido. Don Riquelme se ha persignado. Plof ha movido el rabo y Tomás, preso de una gran excitación, ha gritado: «¡Viva mi marqués!». Magnífico el fiambre de pavo. Postre ligero, café y digestivo. A los treinta minutos, llamada del presidente.

—¿Síiii?

—¿El marqués de Sotoancho? —Voz de secretaria.

—Soy yo.

—Un momento, que le va a hablar el presidente del Gobierno.

—Señorita, dígame de mi parte al presidente del Gobierno que mi tiempo es tan valioso como el suyo y que si quiere hablar conmigo, me llame directamente.

—Perdón, perdón.

Paula me ha mirado con pasión, don Riquelme ha principiado una oración, Columbretes ha roto en vítores, Plof ha soltado una pedorrea y Tomás ha vuelto a gritar: «¡Viva mi marqués!». Apenas dos minutos. Ring ring.

—¿El marqués de Shotoancho?

—Al habla.



" A SU DISPOSICION. SEÑOR PRESIDENTE "

- Shotoancho, shoy el preshidente del Gobierno.
- A su disposición, señor presidente.
- Podemosh tutearnosh.
- Bajo ningún concepto. No nos conocemos y usted es el presidente.

—De acuerdo. Eshtoy preocupado, Shotoancho.

—Yo estoy en la gloria, presidente.

—Me han contado que ha habido un vergonzoso malentendido con ushted.

—De malentendido nada. Una venganza personal y el tiro les ha salido por la culata.

—Shotoancho, le pido mil dishculpash. Como ushted sabe, nosotros siempre hemosh moleshtado a la clase media. Pero a los ricos y rentishtash los hemosh reshpetado hashta lo inaudito. Me he enterado de lo ocurrido y vuelvo a dishculparme. Pero le agradecería que, por patriotishmo, tuviera a bien renunciar a la devolución de la deuda que Hacienda tiene contraída con ushted.

—Ni de broma, señor presidente.

—Le voy a sher franco. Neceshitamos eshe dinero. Crishtóbal, que lash eshtá pashando putash por la reprobación y lo de shu deshpacho, precisha de esha cantidad para cumplir con la promesha que ha hecho a Puigdemont de enviarle unosh milloncejosh a cambio de no convocar la conshulta ilegal. Y por otra parte, tenemosh que pagar losh dosh millonesh de fianza que exige el juez para sholtar al hijo mayor de losh Pujol. Nosh conviene, Shotoancho, porque eshtos Pujol shaben latín y nosh pueden meter en un lío de losh gordosh. Yo le prometo que en el próximo ejercicio le devolvemosh la pashta, pero ahora mishmo, no puede sher.

—Señor presidente, si en tres días no tengo en mi poder el dinero que Hacienda me debe, usted, la vicepresidenta, el ministro de Hacienda y Moragas se van a enterar de lo que vale un peine.

—No eshtoy acoshtumbrado a que me hablen así.

—Ni yo. Están ustedes apropiándose del dinero de un ciudadano. Ya lo han hecho arruinando a muchos e incumpliendo sus promesas. Pero resulta que el ciudadano en cuestión soy yo, señor presidente, Cristián Ildfonso Laus Deo María de la Regla Ximénez de Andrada y Belvís de los Gazules, marqués de Sotoancho, y no hay nadie en el mundo con capacidad de chantajearme o atemorizarme. La pasta gansa, señor presidente, o el escándalo.

Me ha colgado.

Nos hemos abrazado en el salón como si el Real Madrid hubiera metido un gol. Y Plof, que ha interpretado a su manera la alegría reinante, se ha hecho pipí sobre la alfombra de la Real Fábrica de Tapices de la familia Stuyck fechada en 1927.

Y lo más sorprendente. Ante la expresión de estupor de don Riquelme, Paula me ha dicho:

—Esta noche, premio doble.

Cuando se ha cumplido con el deber enfrentándose al poder casi omnímodo y se ha vencido a esos mentirosos —los otros son peores, por igual de mentirosos o más, y para colmo comunistas—, se adoptan decisiones fundamentales.

—Columbretes, contacta con algún decorador. Quiero cambiar completamente el salón de los rezos de mi madre; colores vivos, optimistas, y que no quede ni un vestigio de la mujer que ha ocupado esa estancia durante años.

—Cristián, que era tú madre —ha protestado Paula.

—Mira el rabo de Plof. Está contento con mi decisión.

—En ese caso, lo que tu mandes, mi amor.

—¡Raudo, Columbretes!

—Inmediatamente, Cristián.

Miroslav con Slutar. Viene a despedirse.

—Señor, me ha contado Miroslav lo de la novicia Estefanía. Tengo novia en Belgrado. Y aunque aquí me han tratado maravillosamente, he decidido volver. Me ha dicho Miroslav que Stanislav ocupará mi lugar. Gracias por todo.

—Gracias a ti, Slutar. Has sido un gran soldado de La Jaralera. Permíteme que premie tu lealtad. Un momento. Columbretes, Slutar se marcha. Pasará por tu despacho. Le das de la Caja B setenta y cinco mil euros, de la Caja C otros setenta y cinco mil y en A, cincuenta mil.

—Como ordenes, Sotoancho.

—Y que solo firme el recibo de los cincuenta mil.

—Jamás le olvidaré, señor marqués.

—Cuando pase el peligro, si quieres volver a casa, tienes las puertas abiertas.

—Para mí ha sido un honor servir en esta casa.

—Y para mí que lo hayas hecho. Gracias Slutar. Un abrazo, hombre.

Emocionado. Miroslav, no obstante, recela de su primo.

—¿Está seguro de Stanislav, señor?

—Lo estoy. Si intenta alguna cochinado, Carmelilla lo despluma.

—Doña Carmela es una garantía.

Unos van y otros vuelven. Ley de vida. El bautizo de Wanda, que ha salido más esclava que andaluza, resultó de cine. Ya están instalados en casa de sus padres. Pero voy a habilitarles la casa del Mirador del Lobo, para que tengan independencia. Con el poder moral que he adquirido desde mi charla con Rajoy, me atrevo a todo. Y en la merienda posterior al bautizo, delante de Carmela, que ha hecho muy buenas migas con Paula, le solté a don Riquelme.

—Padre, todavía falta un mes y medio para mi boda con doña Paula. De tal modo que hemos decidido invertir la prioridad de los festejos. Este verano, en agosto, nos iremos de viaje de novios, y a la vuelta, nos casaremos.

—Eso es pecado, y pecado grave, don Cristián.

—Me confesaré a la vuelta. Y también ella.

—Los tiempos han cambiado mucho, pero no tanto.

—Don Riquelme, está decidido.

—En tal tesitura, a la vuelta los absolveré.

Y Paula, con la boca abierta.

Aquella noche, cuando nos acostamos los tres en la cama de Paula, después del fuego intercambiado, Paula sacó un cuadernito y un bolígrafo de su mesilla, con el permiso de Plof como es de suponer.

—A ver, mi amor. ¿Qué hacemos en agosto?

—Viajar. Quiero llevarte al sitio que más te apetezca.

—En el convento soñaba con San Petersburgo. Y además, prefiero un agosto de mucho norte que un agosto de bastante sur.

—Pues a San Petersburgo. Está hecho.

—Tendríamos que dejar a Plof aquí.

—Sí, eso me temo.

—Entonces, mejor una semana que quince días.

—Nos adaptamos para una semana.

—No puedo pensar en el pobre Plof.

—Aquí lo adoran. Y lo cuidarán todos.

—Pero no como tú y yo.

- Eso es imposible.
—¿Y si buscamos un hotel que admita perros?
—Lo buscamos.
—¿Sabes que te adoro, Cristián?
—Yo más.
—No.
—Sí.
—¿Otra vez?
—Otra. Y una más después. Sin despertar a Plof.

Fuera el paripé. A las seis ha sonado el despertador. Lo he apagado. Y en lugar de escapar hacia mi cuarto, Paula y yo hemos procedido a un fornicio espectacular. Plof, al fin, ha comprendido que sus amos se aman y apenas nos ha hecho caso. A las ocho y tres minutos, alguien ha golpeado la puerta.

- ¿Se puede?
—Un momento, Tomás.

Paula no es como Carmela, que gustaba de mostrar su desnudo. Se ha puesto un pijamilla antes de la aparición del mayordomo en jefe.

—Se puede, Tomás.

—Buenos días, señor. Buenos días, doña Paula. Le traigo al señor el café, pero si doña Paula desea otro, *ipso facto* desciendo y posteriormente asciendo con el café de marras.

- Pues no digo que no —ha comentado Paula.
—Pues desciendo y asciendo. ¿Con un poco de leche?
—Leche fría, Tomás, por favor.

—Cuando he entrado en la habitación del señor marqués, he intuido, al ver la cama intacta, que el señor marqués ha dormido aquí acuciado por el amor canino que siente por Plof.

- Tomás, tu impertinencia es rayana a tu desvergüenza.
—A mí me hace gracia —ha remachado Paula.
—Entonces a mí también. Tomás, eres muy gracioso, ja, ja y ja.
—Desciendo para ascender con el café de doña Paula, señor.

Sucede con Tomás que cae bien a todo el mundo, exceptuando a Mamá, que lo aborrecía. Claro que el aborrecimiento era totalmente correspondido. Algún día, Tomás se pasaba de rosca.

—He ayudado a María a meter la ropa en la lavadora y las bragas de la señora marquesa viuda tenían palometas.

Aquel día le rebajé el sueldo un euro durante dos meses. Esas confidencias no pueden ser de dominio público.

—Usted no es el dominio público, señor. Usted es el hijo de la marquesa viuda, y le juro por mi madre, que en gloria esté, que sus bragas tenían palometas.

- De acuerdo, Tomás. Te perdono la sanción económica, pero no insistas en el caso.
Paula se ha muerto de risa cuando le he contado el episodio. Al fin Tomás, con el café.

- Gracias, Tomás. ¿Me haría un gran favor?
—Por supuesto, doña Paula.
—No ayudes a María a meter mi ropa en la lavadora. Lo digo por las palometas.
—Doña Paula, una mujer como usted es incapaz de eso.

—Basta de palometas. Tomás, prepara el desayuno grande. Y hoy no me pongas el baño. Me ducharé aquí.

Durante la ducha, que ha dado lugar a un último galope, le he formulado a Paula unas preguntas que la han dejado presa del desconcierto.

—Mi amor, ¿te divierte visitar el Hermitage?

—Esos museos tan grandes me abruman.

—¿Y el Palacio de Verano, en Tsarkoie Seló?

—Hay libros preciosos con unas fotografías increíbles y la historia muy bien contada.

—¿Cuál es, por ende, el motivo de nuestra escapada a Rusia?

—Claramente, y por ende, disfrutar de la cama.

—Vamos bien. Si lo que vamos es a disfrutar de la cama, ¿qué importa que la cama esté en Rusia o en Sanlúcar la Mayor?

—Absolutamente nada.

—Pues en Sanlúcar la Mayor hay un hotel precioso, con una piscina estupenda y jardín esplendoroso en el que se permiten los perros.

—En tal caso, decimos que nos vamos a Rusia y nos quedamos en Sanlúcar la Mayor. Lo malo, Cristián, es que el color nos delate. En San Petersburgo el sol no pega como lo hace aquí.

—Compramos *matrioshkas* en Sevilla para todos, que hay una tienda que las tiene, y aquí paz y después gloria. Miroslav nos deja en Santa Justa y de Santa Justa nos vamos a Sanlúcar la Mayor. No me fío de Putin.

—Yo tampoco.

—Es arrogante.

—Y tiene una mirada lasciva.

—Hecho, mi amor. Sanlúcar y con Plof.

—Te amo, Cristián.

Levito. Cada vez que veo a Paula, levito. Siento que la tierra se desvanece a mis pies. No hay mujer como ella. Es muy complicado, por no decir imposible, superar su belleza, su atractivo, su serenidad y su humor. De pronto ha estallado en ella el deseo de vivir y ser feliz, y aquí ha encontrado todo lo que necesitaba. Por las mañanas, en misa, vuelve a recuperar su expresión de novicia y el corazón se me sale por la boca.

Columbretes está en Sevilla. Ha sido citado por la Delegación de la Agencia Tributaria. Y don Riquelme, en la homilía, ha dicho que «más vale esperar que gozar anticipadamente». Ha sido castigado a no probar las ensaimadas de Mallorca, que le encantan.

—No lo tome así, don Cristián.

—Ni usted, don Riquelme.

Maravillosa e inolvidable nuestra estancia en la ciudad rusa de Sanlúcar la Mayor. Creo que el hotel fue casa de los Pablo Romero. Desde ahí, he llamado al director de El Corte Inglés de Nervión.

—Necesito para el próximo viernes veinticinco *matrioshkas* rusas, un libro del Hermitage, otro del Palacio de Verano de los zares, una biografía del zar Nicolás II y una decena de collares de ámbar.

—Lo tenemos todo, señor marqués.

—Por favor, sin el precio ni etiquetas de El Corte Inglés.

—Así será.

—Lo recogeré el viernes por la mañana.

—Aquí lo tendrá preparado.

Plof ha extrañado los primeros días su nueva cama. Paula y yo, no. Me he quedado en los huesos. Lo mío, modestia aparte, es milagroso. Claro, que, en el fondo, el milagro es Paula. Se ha hecho a la idea de pasear desnuda por el cuarto, y he conseguido que baje a la piscina con un tanga y haga *topless*. El resto de los huéspedes divididos. Los hombres sonrían al saludarla y las mujeres gruñen. Es lógico.

—Jamás pensé que podía ser tan feliz, Cristián.

—Me pasa lo mismo. Todo gracias a ti.

—¡Qué pena que se termine nuestra estancia en Rusia!

—Estaremos siempre juntos, mi niña.

En el taxi a Sevilla. El Corte Inglés ha preparado unos paquetes convincentes. De ahí a Santa Justa, donde nos recogerá Miroslav a la una del mediodía. Como si llegáramos de Madrid. Y a las doce y cuarenta y siete, ahí estaba Miroslav en el Bentley. Equipajes y vuelta a casa. Plof duerme.

—¿Les ha gustado San Petersburgo?

—Mucho, Miroslav.

—Un poco cursi.

—¿Han visitado Tsarkoié Seló?

—Sí, Miroslav, precioso. Ese palacio tiene un encanto especial.

—Cursilón, a mi modo de ver. ¿Y dónde han comido y cenado?

—Normalmente en Tsar, aunque también en El Nido de los Nobles, que era de los Yusupov.

—Creía que lo habían cerrado.

—Pues no, Miroslav. Estaba abierto y muy abierto. Y además, hemos navegado por el Neva.

—¿Llegaron en el barco a Tchapaiev Domá?

—No, desembarcamos antes.

—¿En Kurilikov?

—Ahí exactamente. Estábamos deseando volver a casa.

—Y nosotros que lo hicieran.

Al llegar, jolgorio. Reparto de regalos.

—¿Y han venido así de cargados desde Rusia? —ha preguntado Tomás.

—Desde Rusia, Tomás.

Miroslav, del que desconocíamos su conocimiento de San Petersburgo, ha estado a punto de desenmascarnos. Todos rodean a Plof. Y abren sus regalos. La casa se va a llenar de *matrioshkas*, pero sin ellas parece que no se viene de Rusia.

Miroslav insiste.

—¿Seguro que desembarcaron el Kurilikov?

—Seguro, Miroslav. Es precioso.

—Bueno... Precioso no es del todo. Es un puerto donde se embarca el cemento de la explotación Morodovna.

—¿Por qué conoces tan bien aquella zona?

—Mi primera mujer, Natacha, era de San Petersburgo. Viví allí dos años, hasta que estalló nuestra guerra en Yugoslavia. Ella se había fugado con un domador de tigres, Goudunov, al que

finalmente, y como suele suceder con los domadores de tigres, se lo comieron los tigres.

—Bueno, la verdad es que no nos pareció bonito Kurilikov. Pero sí los bosques que rodean el embarcadero.

—Sí, quizá, señor. Es posible. Pero hay mucho polvo.

—Mucho polvo, Miroslav, pero limpio.

Este sospecha. Tengo que hablar con él. Hago un aparte.

—Miroslav, no digas nada. Hemos estado en Sanlúcar la Mayor y no es San Petersburgo. Los regalos los encargamos en El Corte Inglés, y como vuelvas a preguntarme por Kurilikov, es muy probable que pierda la paciencia.

—No se lo diré a nadie, señor.

Pero ahí no acabaron los problemas. Tomás, con expresión de sorna:

—Muy bonito San Petersburgo. Y mucho calor. Y una piscina preciosa. Y el jardín, con palmeras.

—¿Qué tonterías dices, Tomás?

—Nada, señor. Mi primo Nicolás, recepcionista de un hotel de Sanlúcar la Mayor, me llamó para informarme de que usted estaba allí con doña Paula.

—La verdad es que esta casa está llena de cotillas.

—Me dijo que doña Paula es maravillosa.

Paula, extrañada.

—Nada, mi amor, que nos han descubierto. Miroslav ha vivido en San Petersburgo y el recepcionista del hotel de Sanlúcar la Mayor es primo de Tomás.

—Mucho más divertido.

—¿No hemos hecho el ridículo?

—Tú y yo no sabemos qué es eso.

Colombís de Colombás me cuenta mientras paseamos su encuentro con la inspectora de mal carácter y sollozo pronto.

—Entregados, Cristián.

—¿Lo ha reconocido?

—Creo que el propio Rajoy ha ordenado el pago de la deuda.

—Si así es, Columbretes, ya sabes que un millón entra en tu bolsillo. Te lo mereces.

—Vamos a ver la liquidación. Yo le exigí los diez millones seiscientos setenta y siete mil novecientos cincuenta y dos euros. Y ella, calladita como una mosca.

—Hasta que no tenga el talón o la orden de transferencia delante de mis nupcias, no estaré satisfecho.

—Intuyo rapidez.

Intuición sabia la del bueno de Colombís de Colombás. Un mensajero se ha presentado con un sobre de la Agencia Tributaria. Nos han birlado un euro. La liquidación, con intereses de demora y esas cosas que tanto les gustan, asciende a diez millones seiscientos setenta y siete mil novecientos cincuenta y un euros. Estallido de júbilo, aunque lo del euro me ha molestado.

Inmediatas órdenes a Columbretes.

—Columbretes. Lo ingresas todo en mi cuenta. Extiendes un talón de un millón de euros para ti. Abres una cuenta a doña Paula. Le pides los datos y le ingresas en la cuenta seis millones de euros. No contaba con ese dinero, es decir, que como vino se va a marchar. Llevamos siete

millones. Le envías un cheque por quinientos mil a la madre superiora de San Lorenzo. Aportación de ciento cincuenta mil euros al Club de Fútbol de Guadalmazán del marqués. A ver si al fin contratan a un negro que meta goles. Y el resto, a dividir entre todos los que trabajan en casa. Desde Tomás y Miroslav hasta el último mono. Sin olvidar, claro está, a mi ahijada Wanda, a la que vas a beneficiar con quinientos mil euros en su cartilla de ahorros. Vigila que la firma de la cartilla sea la de Carmela con mi visto bueno.

—Lo tendré todo preparado mañana a primera hora.

—Y si no te importa, le dices a Miroslav que reúna al personal en el guadarnés.

Todos ahí. También Carmela y Wanda. Carmela ha ensanchado un poco con el parto, pero está guapa y adorable.

—Mis queridos amigos, hemos derrotado a la Agencia Tributaria. Mañana recibiréis cada uno un suculento talón. Ese dinero lo tenía perdido, y gracias a mi resistencia con el poder político y económico y a las hábiles gestiones del señor Colombís de Colombás, el dinero ha vuelto a casa. Pero creo que, para celebrar mi boda con doña Paula, lo mejor que puedo hacer es repartirlo entre vosotros, que sois los míos, que sois los de mi casa, que sois los que me ayudáis a mantener este paraíso. Mañana al mediodía, seréis todos bastante más ricos.

Nunca había experimentado lo que deben de sentir los jugadores de rugby en una *melée*. Pues bien, ahora lo comprendo todo. He sido abrazado, besado, pisoteado, apretujado, zancadilleado, elevado, y entre brazos, vítores y toda suerte de saltos y cabriolas, he conseguido al fin salvar mi vida.

Lo primero que he visto al salir de la *melée* ha sido la mirada de Paula, y después sus brazos abiertos, y más tarde sus labios en busca de los míos.

—Eres el ser más generoso y bueno del mundo.

—Gracias a ti, mi amor.

Tomás nos ha entrado los cafés matutinos. Paula está abrazada a mí. Plof ha recibido a mi mayordomo con un alarde de rabo vivo. Ayer, ya muy de noche, Paula supo que era, de repente, millonaria.

—¿Qué hago con ese dinero, mi amor?

—Lo que siempre has hecho, el bien. Pero también lo que no has hecho jamás, tu bien.

—Es una barbaridad, Cristián. Y además, lo que has dejado a mi convento.

—Fue tu casa y por tu antigua casa, hago lo que sea preciso.

No hemos reparado en Tomás. Ha depositado, con permiso de Plof, el café en la mesilla de Paula, que me abraza y le muestra toda su espalda desnuda. Posteriormente, ha dejado sobre mi mesilla el café que me corresponde. Y cuando nadie esperaba reacción mayordomil tan cariñosa, se ha acercado hasta mí y me ha dado un beso.

—Gracias, señor marqués.

—De nada, mi buen Tomás. No sabía que eras maricón.

—No lo soy, y usted lo sabe. El señor Colombís de Colombás me ha adelantado el importe de mi talón. Y si me lo permite, voy a darle un segundo beso.

—No te lo permito bajo ningún concepto.

Entonces me ha sujetado la mano libre —la otra pasea por la espalda de mi amor— y con

lágrimas en los ojos me ha dicho:

—Es usted el tipo más cojonudo del mundo. Gracias de corazón.

Reconozco que, al oír esto de Tomás, una lagrimilla ha estado a punto de correr, nariz hacia abajo, por mi rostro. Paula sonrío.

Todos, absolutamente todos, me han agradecido el gesto. Don Riquelme me ha abrazado.

—Don Cristián, que Dios se lo pague. Con ese dinero haré todo lo posible para ayudar a la buena gente necesitada, pero, si usted me lo permite, y Dios me lo perdona, quiero satisfacer la mayor ilusión de mi vida.

—¿Cuál es, don Riquelme?

—Un deportivo descapotable.

—Tiene para una decena.

—Un Ferrari Testarossa.

—Es muy bajo de chasis.

—Pues lo rompo y me compro otro.

—Su dinero es suyo, y solo suyo, don Riquelme.

No entro ni salgo en sus inversiones.

—Con todos los complementos.

—Me encantará verlo al volante de su buga.

—Y también, un aparato de televisión *mega magnum*. Para mi cuarto.

—Por supuesto.

—Y una sotana a la medida.

—Diez sotanas, don Riquelme.

—Me parece que tengo que absolverlos.

—Me parece bien.

—El amor no es pecado.

—No.

—Y más si está próxima la boda.

—Inmediata.

—Le absuelvo de sus pecados, don Cristián.

—Me consuela asegurarme el Cielo. ¿No me toparé con mi madre?

—Imposible. Usted irá al Purgatorio de llamas con servicio de duchas frías.

—Me emociona. ¿Y Paula?

—Directamente al cielo. Directamente.

—Pues rece para que no nos separemos. Donde ella vaya, iré yo.

—Así se lo rogaré al Señor.

Septiembre tórrido. No ha llovido y la berrea se retrasa. En La Manchona, toda cerrada de jaras, madroños y encinas, la sequía se disimula. Abajo en las dehesas, la piel de la tierra está seca, dorada, y las encinas han adquirido el color azulado del agotamiento. Las ciervas se ofrecen, pero los venados no están seguros de sus obligaciones.

Mañana me caso con Paula. La madre superiora no cabe en sí de gozo. Las noticias son tan buenas que son capaces de alegrar el carácter de un cuervo. La novicia Estefanía ha abandonado

el convento en pos de otras sensaciones.

Oficiará don Riquelme. Yo me casaré con el uniforme y la capa de la Orden de San Lorenzo. Y Paula irá vestida de novia de tarde. De blanco, pero sin cola. Mañana será mía para siempre, porque mi siempre está cercano.

De padrino, Tomás. La madrina, María. Testigos por mi parte, Miroslav, Modesto y Pepillo. Por el lado de Paula, Carmela, Tine y uno de Almendralejo que fue su compañero de pupitre.

Hemos guardado respeto a nuestra última noche de soltería. Cada uno en su cuarto. Y a las diez en punto, partida hacia el monasterio. Mi uniforme impresiona. Me estiro, para impresionar aún más. Entra Paula en la capilla del brazo de Tomás. Se oye el coro de las monjitas. Cantan, emocionadas, el *Do, Re Mi* de *Sonrisas y lágrimas*. Dios en lo alto. A un pie de mi paso, lo que me queda de futuro. Miro a Paula y me convengo de que nadie es comparable a ella.

Nada puede destrozar mi futuro. Ni los cañones de los Pujol.

The End



BARCA.
(2018.)

Este libro, el decimocuarto de la saga del marqués de Sotoancho, se terminó de escribir el día 8 de junio de 2017, festividad de San Piterre del Alto Campoo, protagonista fundamental de las presentes aventuras.

Madrid, El Cerro del Moro, Ruilobuca

El rapto de la novicia, los cañones de los Pujol y monsieur Pipet de Lagarde
Alfonso Ussía

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a edro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de las imágenes de portada e interior: Barca, 2018

© Alfonso Ussía, 2018

© Editorial Planeta, S.A., 2018
Temas de Hoy, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2018

ISBN: 978-84-9998-669-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.
www.mtcolor.es